



KAILAS

DAVID JIMÉNEZ

EL  
LUGAR  
MÁS  
FELIZ  
DEL  
MUNDO



Un extraordinario viaje a los confines de la condición humana del autor del éxito internacional *Hijos del monzón*



DAVID JIMÉNEZ

EL  
LUGAR  
MÁS  
FELIZ  
DEL  
MUNDO



Un extraordinario viaje a los confines de la condición humana del autor del éxito internacional *Hijos del monzón*

# *Sinopsis*

*David Jiménez nos traslada a paraísos por descubrir, reinos perdidos, guerras olvidadas, héroes improbables y lugares donde se cruzan los extremos de la condición humana.*

*El lugar más feliz del mundo es como la propaganda de Corea del Norte describe un país secuestrado por la peor tiranía de nuestro tiempo. También es una de las paradas del corresponsal de El Mundo en un recorrido en el que se adentra en la prisión camboyana donde cumplen condena los pederastas más peligrosos, asiste a la llegada de la televisión al reino de Bután, acompaña a un grupo de mafiosos yakuza en su intento de abandonar el hampa o permanece en la desierta ciudad de Fukushima tras el accidente nuclear que mantuvo al mundo en vilo.*

*Es a partir de estas experiencias, a menudo en lugares tomados por la desesperanza, donde el autor encuentra a los personajes más fascinantes, las situaciones más humanas y los actos de coraje capaces de hacernos creer en un mundo mejor.*

*Considerado por muchos el «Kapusinski español», David Jiménez reúne en este libro el manual definitivo sobre el periodismo de reportajes, una excepcional radiografía sobre la naturaleza del individuo y un viaje vital de quince años en busca de un destino que a menudo está más cerca de lo que pensamos.*

# El lugar más feliz del mundo

David Jiménez



*Título: El lugar más feliz del mundo*

*© 2013, David Jiménez*

*© 2013 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.*

*Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid*

*Diseño de portada: Xavi Comas*

*Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals*

*ISBN mobi: 978-84-16023-16-5*

*ISBN papel: 978-84-941391-6-1*

*Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.*

*kailas@kailas.es*

*www.kailas.es*

*www.twitter.com/kailaseditorial*

*www.facebook.com/KailasEditorial*

*Para Alejandro, Rodrigo y Diego*

# Lugares

## Donde las princesas no saben bailar

Quizá hay lugares a los que no se debería volver. Los visitaste tiempo atrás, guardas un recuerdo de cómo eran, de cómo eras tú cuando estuviste en ellos, y al regresar te das cuenta de que todo ha cambiado. El lugar. Tú. La nostalgia es una pésima compañera de viaje. Te distrae de lo nuevo. Te arrastra a lo conocido. Y una vez allí te susurra con malicia: «¿Te das cuenta? Nada permanece».

Mientras el avión de la compañía Druk Air inicia el descenso al aeropuerto de Paro, esquivando los picos eternamente nevados del Himalaya, me pregunto si el Bután que visité años atrás todavía existe. Viajar a la Tierra del Dragón del Trueno era tan poco común entonces que Teresa, una de las secretarias de redacción del periódico, rechazó mi primera llamada a cobro revertido. Cuando lo volví a intentar se disculpó:

—¿Dónde dices que estás? Oí que alguien decía «*puta-n*» y pensé que era uno de esos lectores que llaman insultando por algo que hemos publicado.

Era junio de 1999 y había llegado al país para cubrir la llegada de la televisión a uno de los últimos rincones donde permanecía prohibida. El rey Jigme Singye Wangchuck cumplía 25 años en el trono y lo conmemoraba regalándole a sus súbditos una ventana a un mundo del que lo desconocían casi todo. La gente corría por las calles llevando auestas televisores importados de la India, tipos vestidos en el tradicional batín local trataban de instalar antenas en los tejados y monjes budistas aguardaban impacientes en sus monasterios el momento de una *Iluminación* que nada tenía que ver con la que prometía Buda. La víspera del gran estreno me encontré al director de lo que iba a convertirse en la Bhutan Broadcasting Service

(BBS), Sonam Tshewang, completamente ebrio en el único bar de Timbu. Era evidente que la ginebra no le estaba ayudando a aligerar el peso de la responsabilidad.

—Si algo sale mal tendré que exiliarme —balbuceaba Sonam mientras le dábamos palmas de ánimo en la espalda y brindábamos por que todo saliera bien.

Nos bebimos todo el alcohol de aquel pequeño bar clandestino y esa noche mi guía estrelló su coche al cruzar a toda velocidad por la única capital del mundo que carecía de semáforos. Namgay conocía Bután como nadie porque durante años había formado parte de los cartógrafos nacionales que recorrían la patria para elaborar, a pie, los mapas oficiales de Bután. Podía escalar un glaciar sin despeinarse, pero tenía dificultades para llegar a casa con dos litros de cerveza en el cuerpo. A la mañana siguiente vino a recogerme en un coche prestado y fuimos a su casa para ver el programa inaugural de la BBS. Antes de entrar, me llevó a un apartado y me pidió entre susurros que por favor no le mencionara a su mujer lo ocurrido la noche anterior, en especial su flirteo con un viejo amor del instituto.

—Mis labios están sellados —prometí—, si me llevas otra vez al bar de anoche.

Dejé Bután unos días después convencido de que todo estaba en orden. Sonam Tshewang no había tenido que exiliarse, el estreno de la BBS había sido un éxito, el país se abría al fin al mundo y el matrimonio de Namgay quedaba a resguardo de indiscreciones. El último día asistí a las celebraciones del 25 aniversario de la coronación del rey, que observaba desde la tribuna del Estadio Nacional mientras sus cuatro esposas, todas ellas hermanas, se mezclaban con el gentío y bailaban la danza tradicional. Mientras daba vueltas y más vueltas, tratando de seguir su ritmo, pensé que tenía que volver a Bután, aunque solo fuera porque era el único lugar del mundo donde uno podía pisar los pies de una princesa al bailar.

Y recibir disculpas por ello.

Namgay me espera, como la primera vez, en el aeropuerto de Paro. Han pasado siete años desde la última vez que nos vimos. Me pone al día de las novedades. Timbu ya cuenta con los semáforos que habrían evitado su

accidente de coche. Tal vez. El único bar clandestino de la ciudad compite ahora con media docena de tugurios. Los jóvenes entran enfundados en los trajes tradicionales de obligada vestimenta —el batín (*gho*) de los hombres, la falda larga (*kira*) de las mujeres— y una vez en la pista de baile se los quitan para lucir pantalones vaqueros y minifaldas. El crimen, el alcoholismo, la violencia y los embarazos no deseados entre adolescentes han aumentado, a pesar de seguir lejos de cifras occidentales. Los amigos que dejé en mi primer viaje hablan de padres avergonzados de haber tenido que ir a buscar a sus hijos a la comisaría local porque han sido sorprendidos robando cosas que la televisión ha convertido en indispensables. Profesores aseguran que las peleas en los colegios han aumentado porque los niños se han aficionado a seguir la lucha libre americana. Hombres que antes se giraban al ver pasar a una mujer grande y fuerte, tradicionalmente las más atractivas por representar a la madre protectora y trabajadora que toda familia necesita, ahora solo tienen ojos para las más delgadas. Nuevos salones de belleza prometen a las mujeres la figura y el aspecto de una actriz de Hollywood. Los mayores se quejan de que los amigos ya no se reúnen para tomar té por las tardes. Todo el mundo tiene algún programa favorito que no pueden perderse.

—¿Sabes? —dice Namgay—. Los butaneses siempre hemos alimentado a los cerdos con marihuana porque les abría el apetito y ayudaba a engordarlos.

—¿En serio?

—Sí, pero los jóvenes han descubierto viendo la televisión que además se puede fumar... ¿Te ríes, eh?

—No, no. Es que...

—Nada es como antes, ¿te das cuenta?

Namgay deja para el final la última novedad:

—Me he divorciado.

—Vaya, lo siento. No tendrá que ver con aquella noche...

—No, no. Conocí a otra mujer, una compañera de la oficina de turismo.

Ahora vivo con ella y con mis cuatro hijos. He dejado el trabajo en la oficina de turismo y tengo mi propia agencia de viajes.

—Un hombre de negocios.

—Así es. Cada vez viene más gente a Bután. Es una gran oportunidad.

Empiezo a asumir que esta vez no habrá baile con princesas. Probablemente tampoco el tratamiento genuinamente cordial de las gentes que no han sido agasajadas por turistas y tratan a los pocos que reciben como si no lo fueran. El Bután en el que la mujer de Namgay le mandaba a dormir al suelo en sus días fértiles, convencida de que no había mejor método anticonceptivo, ha dejado de existir. Podía olvidarme de la repetición de anécdotas nacidas de la encantadora inocencia de los butaneses, como en aquella ocasión en que olvidé mi llave en la habitación del hotel y la recepcionista me dijo que me enviaría una «llave de repuesto». Poco después se presentó un enano, dio un brinco, se aupó al ventanuco que daba al pasillo y abrió la puerta desde dentro, asomándose con una sonrisa:

—Llave de repuesto, para servirle —dijo—. No dude en llamar si vuelve a ocurrir.

Queda la belleza de un país empeñado como ningún otro en mantener la tradición de sus construcciones; las montañas inamovibles y los valles sin nombrar que Namgay había dibujado en sus expediciones cartográficas; los templos centenarios, levantados en lugares remotos e inalcanzables para los nuevos tiempos; las aldeas medievales y la amable aspereza de sus gentes, curtidas por la inclemencia del Himalaya. Que a mí me gustara más el Bután de mi primera visita era irrelevante. No podía esperar que no cambiara para que el puñado de extranjeros que venía cada año abriera la boca de asombro y se llevara estupendas historias que contar a su regreso. La modernidad se lleva parte de la inocencia de los lugares pero, a cambio, ¿no trae más desarrollo, mejores hospitales, gente más educada y nuevas oportunidades? Los jóvenes butaneses ya no quieren vestir ropas medievales, pero tampoco están dispuestos a seguir la tradición que llevaba a sus padres a asaltar el cuarto de la chica pretendida, forzándola en mitad de la noche para hacer inevitable el matrimonio. La televisión ha llenado de fantasías a los adolescentes, pero también ha convencido a sus mayores de que un buen doctor puede hacer más por salvar la vida del enfermo que las pócimas ancestrales que lo enviaban al cementerio. Para la población de un reino pequeño y remoto, encerrado en sí mismo durante siglos, había llegado el momento de abrazar los cambios. Y la mayoría parecían dispuestos a aceptarlos, todos menos el que afectaba al hombre que los había puesto en marcha.

Muchos butaneses se echan a llorar desconsoladamente cada vez que se les menciona a su rey. El esposo de cuatro hermanas y padre de una nación,

el monarca que decretó que el éxito de sus súbditos debía medirse de acuerdo a la Felicidad Bruta Interna (FBI), no el Producto Interior Bruto (PIB), el protector del ayer que imponía vestimentas medievales y construcciones tradicionales a sus ciudadanos, Jigme Singye Wangchuck, ha decidido ponerse al frente de la transformación. Semanas atrás ha anunciado su abdicación y la cesión del trono, ya despojado de poderes absolutos, a su hijo Jigme Khesar Namgyal Wangchuck. El monarca cree que ha llegado la hora de que su pueblo se emancipe y democratice.

—¿Por qué nos abandona? —dice Namgay, sintiéndose tan huérfano como el resto de sus compatriotas—. Le necesitamos ahora más que nunca.

Habría cambiado aquel baile con sus cuatro esposas, que cada noche aguardaban en sus respectivos palacios su turno de recibir al rey, por tener la ocasión de preguntárselo en persona. ¿Por qué abandona, aún joven, su posición por encima del resto de los hombres en la Tierra del Dragón del Trueno? Pero su alteza ha declinado mi petición de entrevista. Quizá cree que está todo dicho. Ha llegado a la conclusión de que ni siquiera los glaciares del Himalaya pueden proteger sus dominios de la llegada del progreso. Convencido de que vendría de todas formas, había decidido mostrárselo primero a sus gentes por televisión, para que fueran los butaneses quienes decidieran qué cambios adoptar y cuáles desechar. Qué debía permanecer. Y qué quedar en el recuerdo de los viajeros nostálgicos.

# El fin del mundo

El viajero ha pasado a ser una especie en extinción en un mundo tomado por turistas. Como les tiene aversión, se pasa la vida huyendo de ellos. Les observa con condescendencia, repitiéndose que no es como ellos y forzándose a marchar cada vez más lejos para no encontrárselos. Quiere ir allí donde todavía le reciben con sorpresa. O mejor aún: donde no le recibe nadie. Busca, sin terminar de encontrarlo, el fin del mundo. Pero ¿dónde queda?

Una primera condición del fin del mundo sería que no aparezca en las guías de viajes. No debería tener tiendas de recuerdos ni hoteles. Una casa de viajeros, a lo más. Un lugar en el que, una vez has llegado, sientas que no tendría sentido continuar. Donde no exista el riesgo de que tu pequeña conquista viajera quede deslucida por la silueta de un autobús acercándose en la distancia, lleno de turistas. Nada de esto es fácil porque las carreteras llegan estos días a los lugares más remotos e inaccesibles. Países que no solían tener infraestructuras, como China o la India, construyen aeropuertos, puentes y autopistas en mitad de la nada, esperando que todo lo demás crezca a su alrededor. Al viajero no le gustan las carreteras asfaltadas, las visitas guiadas o los aeropuertos con perfumerías libres de impuestos. Poco a poco sus opciones se van reduciendo hasta que se da cuenta de que encontrar el fin del mundo requiere buscar alternativas que quizá sí aparecen en las guías, e incluso en las recomendaciones de las embajadas, pero en la sección de alertas de viaje. Lugares azotados por la guerra, el desastre o la tiranía, allí donde nadie quiere ir.

Al salir por la puerta de la terminal del aeropuerto de Srinagar me pregunto si he sido confundido con un actor de Bollywood. Tipos a los que no

conozco de nada me reciben eufóricos y me llevan hasta la sala VIP de una abandonada oficina de turismo. El malentendido se aclara: me creen un turista. No vienen muchos a Jammu y Cachemira desde el comienzo del alzamiento contra el control indio de la región en 1989 y el posterior secuestro en 1995 de seis extranjeros. Un americano logró escapar, un holandés fue decapitado y de los restantes cuatro nunca se ha vuelto a saber.

—Oigan —quiere gritar mi ego aventurero—, ¡que yo soy un viajero!

—Ah, sí, seguro. Entendemos. Todos dicen lo mismo. ¿Postales? ¿Un guía? ¿Coche? ¿Mapas?

Ramzan Guru me rescata de la muchedumbre para llevarme al New Gulistan Palace, uno de los barcos pensión del lago Dal. «Un camarote en el paraíso», según lo describe en su tarjeta de visita. El doctor Guru me cuenta que realmente estamos en la antesala del nirvana, una última parada donde acostumbrarse a los placeres que aguardan en la próxima vida a quienes han hecho méritos en esta. La bruma matinal todavía cubre el lago mientras lo atravesamos a remo en una pequeña canoa de madera, abriéndonos paso entre los jardines flotantes. Una corriente de viento disipa la niebla y es como si alguien descorriera lentamente una cortina, desvelando una belleza que hasta entonces te envolvía sin que lo supieras. La quietud del marjal, la majestuosidad de los barqueros introduciendo sus palas en el agua como si su destino no fuera otro que remar eternamente, el paisaje de los picos nevados en el horizonte, todo hace que te contagie una gran sensación de paz.

Solo que estamos en la guerra.

La India y Pakistán, dos potencias nucleares e irreconciliables, se disputan Cachemira desde la partición del subcontinente en 1947. La Línea de Control establece a lo largo de 740 kilómetros qué metro cuadrado pertenece a cada uno. En qué vera del río pueden beber aquellos o estos aldeanos. Qué ladera de la montaña es nuestra o suya. La distancia entre los contendientes es tan pequeña que en algunos puntos los soldados pueden ver qué está desayunando el enemigo. Y se dan cuenta de que es lo mismo. Porque aunque no quieran reconocerlo, son hermanos. Con similares tradiciones y una historia común. A menudo, con familia a ambos lados de esa línea invisible e inviolable, la frontera.

Dos aldeas, una en la parte india de Cachemira y la otra en la pakistaní. Las separan 300 metros. Bastaría caminar cinco minutos para recorrer la distancia a pie. Pero si quisiera ir de una a otra tendría que volver sobre mis pasos, coger un avión de Srinagar a Delhi, ir a un tercer país, volar desde allí a Pakistán y recorrer cientos de kilómetros a través de remotas montañas para llegar a mi destino. Aunque todavía no lo sé, dentro de unos años voy a volver a Cachemira, al lado pakistaní, para cubrir el terremoto que en 2005 matará a decenas de miles de personas, destruirá aldeas y cortará carreteras, impidiendo la distribución de ayuda a lugares de difícil acceso. Algunos pueblos reducidos a escombros junto a la Línea de Control no podrán ser alcanzados por los servicios de emergencia de su propio Gobierno y, sin embargo, bastaría caminar esos cientos de metros para llegar desde el otro lado. ¿Qué lo impedirá? La frontera. No puede ser traspasada, solo defendida. Incapaces de recorrer la corta distancia que podría alejarles de su propia estupidez, los enemigos permanecerán cada uno en su lado de la Línea y dejarán pasar la oportunidad de salvarse unos a otros.

El ejército indio ha accedido a llevarme a la Línea de Control. Me uno a un convoy militar que conduce por una estrecha carretera de arena con precipicios de vértigo. Subimos. Subimos. Y seguimos subiendo hasta alcanzar el remoto puesto de Nava, donde me espera el comandante Prasad. Es un hombre de piel morena, bigote recortado y ojos saltones. La vida debe ser aburrida aquí arriba, así que parece sincero en su cordialidad y me invita a almorzar. A esta hora, asegura, normalmente ya ha enviado unas cuantas piezas de artillería a los «pakis». No se trata tanto de matar al enemigo como de recordarle que él y sus hombres siguen aquí.

—Nosotros apuntamos a objetivos militares, ellos a civiles —dice el comandante indio.

—Nosotros apuntamos a objetivos militares, ellos a civiles —dirá el comandante pakistaní del otro lado.

El comandante Prasad es un hombre educado, conocedor de la historia de su país y relativamente consciente del sinsentido de un conflicto en el que el mayor número de bajas se produce por congelamiento en los glaciares y a causa de accidentes de carretera, no por las balas. Conversamos sobre la

futilidad de la guerra, la aberración de que una nación fuera dividida por motivos religiosos, que los países resultantes se hayan armado con bombas nucleares y la posibilidad de que vuelvan a enfrentarse a una guerra total y definitiva sobre Cachemira.

—Las armas nucleares evitan precisamente eso: como los dos nos podemos aniquilar, ninguno dará el primer paso. Si hay guerra, será como las de siempre. Convencional.

—Y el que se viera a punto de perder, ¿no tendría la tentación de utilizarlas?

—Imaginemos que Hitler hubiera obtenido la bomba antes que los americanos y la hubiera lanzado sobre Nueva York —dice el comandante—. Es probable que los americanos se hubieran rendido y ahora todos hablarían alemán. Pero si los dos hubieran tenido la bomba nuclear a la vez, como es el caso que nos ocupa, ninguno la habría lanzado sobre el otro. Los dos habrían llegado a la conclusión de que no podían ganar y habrían firmado la paz.

—Que es como terminan todas las guerras.

—Así es.

—Ninguna merece la pena, ¿no cree?

El comandante levanta la mirada para otear el trozo del fin del mundo que le ha tocado defender, permanece unos segundos en silencio y dice:

—Tal vez no, pero si hubiera un lugar por el que mereciera la pena hacer la guerra, ¿no cree que sería este?

El doctor Guru me pregunta qué tal me ha ido en las montañas desde cuyas cimas se puede tocar el cielo con los dedos de la mano. Se disculpa, al igual que la primera vez, por la ausencia de más huéspedes en su hotel flotante. Le digo que lo que es malo para su negocio no lo es necesariamente para mí: hay cosas que uno quisiera para sí mismo. Mientras el sol se pone en el lago Dal, mi anfitrión sirve té azucarado en la proa de este barco que fue construido para no zarpar nunca. Narra su vida deteniéndose en detalles que ningún mortal haría el menor esfuerzo por recordar, ofreciendo las fechas exactas de cada acontecimiento.

—Empecé a fumar el 14 de marzo de 1956 —dice el doctor—. Era miércoles. Me acuerdo de todo lo que he hecho en la vida, de cada día

vivido, cada trabajo realizado, las deudas que me deben y las que pagué. Esto de recordarlo todo, de que todo se acumule en tu cabeza, no sé si es bueno.

Ramzan Guru nació con el corazón rebelde el 14 de marzo de 1938, se peleó con su padre desde que tuvo uso de razón y abandonó el hogar familiar para trabajar en una empresa maderera de las montañas cuando solo era un adolescente. Emergió de los bosques y buscó un empleo más civilizado en la oficina de turismo regional, antes de trabajar por su cuenta como guía para viajeros alemanes. Su idea era comprar un barco y convertirlo en un hotel, pero como nunca alcanzaba a ahorrar el dinero suficiente terminó pidiendo prestado al banco. Por entonces no hacía falta firmar papeles ni presentar avales, bastaba con empeñar la palabra.

—Era 1956, y con los 2.000 dólares que me dieron construí este barco y lo convertí en el New Gulistan Palace.

El hotel fue un éxito desde su inauguración. Sus cuatro habitaciones, decoradas con un recargado ambiente rococó, atraían a parejas indias de luna de miel y a extranjeros llegados desde Europa y Estados Unidos. Guru abrió otro hostel en la ciudad, invirtió en negocios que iban desde la venta de alfombras a la exportación textil y se convirtió en uno de los hombres más adinerados de Srinagar.

El control indio sobre Jammu y Cachemira siempre había sido frágil, pero se complicó aún más después de que la Unión Soviética retirara sus tropas de Afganistán. Los militantes islámicos, victoriosos, buscaron un nuevo campo de batalla donde demostrar la superioridad de su Dios. Los muyahidines, junto a miles de jóvenes de una generación que había crecido en el resentimiento hacia sus gobernantes, lanzaron en el 89 una rebelión azuzada por la propia ineptitud del Ejército indio y masacres como la del puente Gawakadal, donde los soldados mataron a decenas de manifestantes desarmados.

Cachemira se hundió en una espiral de violencia que no parece tener fin. Ahora, recordando con nostalgia los buenos tiempos, Guru se lamenta de lo rápido que puede desmoronarse un sueño que ha costado una vida hacer realidad. Sus dos hoteles permanecen vacíos, sus negocios arruinados y su paraíso abandonado.

—Pasan meses sin que venga un solo huésped —dice—. Algún periodista de vez en cuando, nada más.

La mayoría de la población cachemir se ha hartado de los dos hermanos gruñones del subcontinente indio peleándose por la que consideran su tierra. Serían felices si ambos les dejaran en paz y, sin embargo, saben que eso no ocurrirá nunca. A lo más que aspiran es a alargar los periodos de tregua, cuando las piezas de artillería callan, la nieve cierra los pasos a los milicianos que cruzan desde Pakistán y algunos viajeros llegan preguntando si es aquí donde queda el fin del mundo.

Cuando llega el momento de marcharme, el doctor Guru asegura que volveré antes de lo que pienso. No para ocupar mi lugar en la antesala del paraíso, antes de la despedida definitiva, sino atraído por el irresistible encanto de los lugares cuya belleza no ha podido ser estropeada por la fealdad de los hombres. Mi anfitrión dice que el lago Dal seguirá tal como lo he conocido, que los barqueros continuarán remando en sus aguas y los soldados midiéndose en los picos nevados del Himalaya, defendiendo su lado de la Línea.

—Nada habrá cambiado —dice.

Nada lo hace, en el fin del mundo.

## El deseo del pueblo

Camino del hotel, el taxista me cuenta que es ingeniero. Al día siguiente, en la pagoda de Shwedagon, otro taxista dice que le falta un año para terminar Medicina. Subo a taxis conducidos por arquitectos, biólogos y profesores universitarios. Es posible que no haya, a finales de los años 90, una ciudad con taxistas mejor preparados que los de Rangún. Para cualquier cosa menos para conducir taxis.

Birmania fue uno de los países mejor formados de Asia hasta que los militares llegaron a la conclusión de que una ciudadanía educada y capaz de pensar por sí misma suponía un inconveniente para sus planes. El gasto en escuelas fue reducido al mínimo y las universidades cerradas, obligando a toda una generación a ocupar trabajos de supervivencia y aparcando sus aspiraciones profesionales. El tiempo daría la razón a los generales cuando decían que los jóvenes eran unos inconformistas empeñados en cambiar cosas que sus mayores habían terminado por aceptar. En agosto de 1988 tomaron las calles de Rangún para pedir libertad y fueron masacrados. Los detenidos, ahogados en el lago Inya. Los inocentes, torturados en oscuras prisiones. El miedo pasó a regirlo todo en un país que los dictadores rebautizaron como Myanmar. Tendrían que pasar dos décadas antes de que otra generación de jóvenes inconformistas reunieran el valor suficiente para marchar por la avenida que lleva a la pagoda de la Compasión y demandar, una vez más, la libertad que nunca habían conocido.

Paramos en un semáforo, mi taxista ingeniero y yo. Frente a nosotros hay un cartel con un mensaje del régimen a sus ciudadanos: «El deseo del pueblo: oponerse a los elementos externos desestabilizadores». Más adelante se puede leer otro que dice: «Alegar que no conocías la ley no te servirá de nada». Los generales parecen empeñados en recordarme el placer culpable que supone visitar uno de los países más bellos —y con una de las

dictaduras más feas— del mundo. Sabes que si todo sigue como lo dejaste la última vez, si el tiempo se ha detenido y cualquier carretera que cojas terminará en el fin del mundo, no es por la determinación de sus gentes por mantener su identidad, como ocurrió durante siglos con los pueblos del Himalaya, sino por el aislamiento que sufren a punta de pistola. Puedes caminar por el casco viejo de Rangún con la sensación de que en cualquier momento podrías toparte con George Orwell en alguna esquina, haciendo su ronda como agente de la Policía Imperial India en la Birmania de los años 20. Las fachadas de decadentes edificios coloniales, los hombres mascando betel y paseando con sus *longyi* anudados a la cintura, los coches destartalados, los mercadillos de piedras preciosas y sus comerciantes charlatanes, los viejos buques anunciando su partida en el puerto, todo parece sacado de otra época. Es un mundo donde todavía existe el tren a vapor y los mecanógrafos compiten a pie de calle por escribir cartas de amor adolescente, misivas de marineros desarraigados y certificados de defunción de clientes que nunca vuelven para quejarse del servicio. En la avenida de los Barcos mantiene su puesto Hla Mgo, conocido por tener los dedos más rápidos a este lado de la ciudad, capaces de teclear sin faltas frases que los clientes creen haber pensado ellos mismos. Los ordenadores apenas son competencia porque necesitan electricidad y los militares no consiguen mantener las luces de la ciudad encendidas. El fax e internet están prohibidos, así que Hla Mgo se sorprende cuando le pregunto si su oficio tiene futuro.

—El negocio nunca ha ido mejor —dice, acariciando la máquina de escribir con la que ha sacado adelante a su familia durante las últimas cuatro décadas—. Funciona perfectamente y no le falta una tecla. Y eso que tiene más años que yo.

Los generales han logrado que sea posible subirse a un avión en Bangkok y, tras una hora de vuelo, aterrizar décadas atrás en el tiempo. Un par de siglos, si se está dispuesto a soportar las *autopistas* birmanas.

La carretera que lleva a Hapakant, en el estado de Kachin, tiene un puesto de asistencia cada 500 metros: lo forman un elefante y su *mahout*, que se ganan la vida rescatando a los vehículos que quedan atrapados en los inmensos boquetes que hay en el camino. Se avanza, cuando esto es

posible, a menor ritmo que si lo hicieras caminando. Las mujeres que acaban de pasar junto a mi ventana, ¿de qué me suenan? Las adelantamos dos horas antes. Recorrer 10 kilómetros puede llevar tres días durante el monzón y los locales aconsejan llevar provisiones en caso de que la lluvia corte indefinidamente el paso. La ruta atraviesa una densa jungla infestada de malaria, sigue el curso del río Uru y termina en la versión oriental del Viejo Oeste americano que es Hapakant.

Todas las miradas siguen al forastero según avanza por la avenida principal, flanqueada por farolillos rojos que anuncian los burdeles donde jóvenes de aspecto aniñado se ofrecen por tres dólares a la hora. El resto de la vida comercial lo forman un par de hoteles chinos, algunas tiendas de comestibles, tres o cuatro restaurantes e improvisadas casetas de juego donde mineros desdentados, comerciantes chinos y militares birmanos apuestan hasta los dientes. Literalmente.

—Los hay que han tenido que entregar una hija o prostituir a su mujer para cubrir su deuda —cuenta el crupier en una de las casetas—. Pero si no pagas, lo menos que pierdes son los dientes. Te los arrancan con alicates.

A Hapakant se viene a hacerse rico o morir en el intento.

Las minas de jade birmanas han estado confinadas a la leyenda durante siglos. No existen apenas diarios de viaje que las describan y el número de occidentales que las han visto se puede contar con los dedos de las manos. Ocultan jadeíta, la variante más refinada de una piedra que ya fascinó a los emperadores orientales hace ocho siglos y que para las élites asiáticas sigue siendo más valiosa que el oro o el diamante, en parte por la creencia de que aporta fortuna, salud y longevidad. Es un mineral fibroso, brillante, duro y resistente, formado por sombras que se muestran en diferentes tonos verdes, compuesto en parte por silicato de sodio de aluminio. Los gemólogos han encontrado piedras similares en Guatemala y Rusia, pero en ningún sitio se ha visto una calidad similar a la jadeíta de Hapakant.

En la lejanía, una montaña que no parece esconder nada especial. Avanzo hasta sus pies, escalo una de sus laderas y me asomo al borde.

Al otro lado, la Edad Media.

Decenas de miles de esclavos vestidos con el tradicional pareo birmano, el torso desnudo y la piel ennegrecida por el sol se abren paso en las

entrañas de la tierra. Parecen hormigas. Unos pican piedras en acantilados y laderas. Otros cargan las piedras en cestas de caña mientras capataces dirigen los trabajos pistola al cinto. Los que desfallecen son reanimados; los débiles, reemplazados; los más fuertes, pagados con heroína. La forma de garantizar que mañana volverán a la cantera. Los mineros más indefensos son reclutados en los pueblos de la región y obligados a trabajar por nada, ni siquiera la pequeña dosis que mantiene a otros en pie.

Kyine vino hace un año atraído por la leyenda de U tin Ngwe, de quien se dice que llegó pobre, dio con un yacimiento de *oro verde* y terminó siendo el dueño de varias concesiones mineras. Tras un mes partiéndose la espalda en la mina de Mawsisa, este ex monje de 32 años y piel tatuada se presentó ante su jefe para cobrar su sueldo.

—Me aseguró que había un retraso y que el dinero no llegaría hasta más adelante porque la carretera había quedado cortada —dice Kyine al explicar cómo se enganchó—. Me dio heroína y me dijo que me ayudaría a seguir con fuerzas hasta que llegara mi paga.

La selva escupe cada poco tiempo el cuerpo de un minero muerto por sobredosis, sida o la ingenuidad de quienes creyeron la historia de U tin Ngwe y se guardaron una piedra en el bolsillo. Olvidaron que en Birmania todo, incluida la suerte y las minas donde buscarla, pertenece al Ejército. Solo los militares y la élite nacida a su abrigo tienen el derecho a enriquecerse. Solo ellos pueden vivir en grandes mansiones, jugar al golf, mandar a sus mujeres a operarse de cirugía estética a Singapur y adornar los cuellos de sus hijas con collares de jadeíta que servirían para acabar con la pobreza de todo un distrito de Kachin. ¿Acaso creías, campesino llegado de ninguna parte, que tú también recibirías tu parte? ¿Que podías ser dueño de tu destino? ¿O tú, ingeniero, que el tuyo sería construir puentes y no conducir taxis? ¿Creías, estudiante, que podrías desafiar con tu idealismo al invencible Tatmadaw? ¿Sin pagar por ello? «El deseo del pueblo: aplastar a todos los elementos destructivos como si fueran el enemigo común».

## La Jungla Blanca (I)

Desde el aire, la isla de Papúa parece un infinito océano verde. Es posible sobrevolar su territorio durante horas y no ver más que selva, ríos color chocolate que se abren paso serpenteando a través de la vegetación e inmensas montañas que se levantan como gigantes en mitad de la nada. La sensación de haber llegado a uno de los últimos paraísos vírgenes del mundo se desvanece cuando se inicia el descenso a la localidad de Timika y por la ventanilla empiezan a distinguirse 18 claros en mitad de la jungla.

Es el Club de Golf Rimba Irian.

Por las tardes se puede ver aquí a decenas de ejecutivos occidentales practicando su deporte favorito mientras sus mujeres toman el té en la terraza y los niños juegan por los alrededores. El campo de golf profesional «más remoto del mundo» es parte de Kuala Kencana, una de las dos localidades construidas en las junglas de Papúa Occidental por la multinacional Freeport. Las calles de esta réplica de un barrio residencial americano están perfectamente asfaltadas e iluminadas, la basura es recogida con puntualidad y las casas, con tamaño acorde con el cargo de cada empleado, cuidadas por numeroso servicio doméstico. Hay una escuela internacional, piscina olímpica, pistas de tenis, un hospital, iglesia y biblioteca, todo rodeado de jardines cuidados al milímetro y seguridad las 24 horas del día. Los autobuses escolares son idénticos a los que circulan por cualquier suburbio estadounidense. Del mismo color amarillo.

¿A quién se le ocurre levantar un suburbio americano en mitad de la selva de Papúa? La respuesta está en la montaña Grasberg que se divisa en el horizonte, el mayor yacimiento de oro del mundo. La concesión para explotarlo pertenece a Freeport-McMoRan Copper & Gold, y los habitantes de esta Disneylandia en la jungla son sus empleados, llegados de Kansas, Londres o Nueva York. Cuando el actual contrato de la compañía

estadounidense y el Gobierno indonesio expire, Grasberg habrá sido vaciada como un cuenco de helado a la puerta de un colegio. En su lugar quedará un inmenso agujero de 2,5 kilómetros de diámetro y 700 metros de profundidad. Ejecutivos de traje y corbata, desde sus despachos situados a miles de kilómetros de distancia, habrán hecho mucho dinero. Los accionistas de la empresa habrán hecho mucho dinero. Los expatriados de Kuala Kencana habrán hecho mucho dinero. Y todos se marcharán, no sin antes haber transformado para siempre la vida de algunas de las últimas tribus vírgenes del mundo.

Kaware es el jefe de los Kamoro. Me recibe sentado junto a varios de sus consejeros, todos hombres barbudos y de aspecto tosco que se lamentan como niños cuando toca hablar del futuro de la aldea de Iwaka.

—¿Quién les ha dado permiso para llevarse lo que no es suyo? —dice uno de ellos.

—Debemos luchar —dice otro.

—Pero los soldados indonesios están de su parte —recuerda el de más allá.

Todos callan cuando Kaware habla, recordando que es demasiado tarde.

—Nos han robado la tierra, envenenado nuestros ríos y contaminado los árboles que nos dan fruta —dice—. Aunque se marcharan mañana, ¿acaso algo volvería a ser como antes?

A los Kamoro no se les ha ofrecido la oportunidad de gestionar los cambios en sus comunidades. No han tenido voz para decidir a qué ritmo debían llegar o cuál debía ser su alcance. Nadie les ha preguntado qué querían preservar. Por eso cuando piensan en los blancos que juegan al golf en el Club Rimba Irian lo hacen convencidos de que son otra tribu más, como ellos. Con sus costumbres, reglas, jefes y ambiciones territoriales. Tan salvaje o más que la suya.

He pedido autorización al gabinete de comunicación de la multinacional Freeport para visitar las minas de oro. El tipo al otro lado del teléfono lamenta que no pueda ser, me manda informes sobre lo mucho que la compañía ha hecho por los locales —tras años de abusos ha decidido dedicar el 1% de sus beneficios a las comunidades indígenas— y me pide que lo intente en un año.

—Hay controles de seguridad —dice tratando de desanimarme a intentar el viaje por mi cuenta, quizá desconociendo que saltarse controles es uno de los pasatiempos favoritos del reportero.

Los más sencillos son aquellos en los que los guardias duermen, le siguen los que se pueden pasar a cambio de unos cigarrillos, los que requieren una botella de *whisky* y esa mayoría en la que el trabajo solo lo consigue un puñado de dólares. Puede ocurrir que la política de tu periódico sea no pagar por información y menos aún comprar a funcionarios de países pobres. Puede ocurrir que seas un tipo de ética intachable y que no quieras contribuir a la corrupción local. Has llegado al puesto de control tras viajar durante tres días por carreteras insufribles, llevas otros tantos días sin ducharte, tienes hambre, se hace de noche y tu jefe espera una crónica que justifique el dinero que has gastado en el viaje que te empeñaste en hacer. Tu historia está al otro lado de ese control que dos descamisados dicen que no puedes pasar. Puede ocurrir que decidas dar media vuelta, marcharte a casa y explicarle a tu jefe que tus principios te impidieron hacer tu trabajo, porque sin duda lo entenderá. O puedes ofrecer algo que consiga abrirte las puertas, prometiéndote que será la última vez que lo hagas.

Los guardias que bloquean el paso en las afueras de Timika, camino de la mina de oro, no se contentan con el tabaco y no se dejan comprar con alcohol porque son musulmanes. Su debilidad es el fútbol, les apasiona el Real Madrid y su jugador favorito, como muchos indonesios de la época, es Raúl González, el legendario siete del equipo blanco. Yo hace algunos años que viajo por Indonesia con la fotografía en la que Raúl aparece sujetando en brazos a uno de mis hijos durante una gira del Real Madrid por Asia.

—¿Amigo suyo?

—Íntimo.

—¿En serio?

—Como de la familia. Quizá podría pedirle un par de camisetas firmadas.

—¿Haría eso por nosotros?

—Si me dan una dirección, se las hago llegar. ¿Tabaco? No habría problema. Los seguidores del Real Madrid nos tenemos que ayudar entre nosotros, ¿no?

—Sabe, si promete que solo estará unos minutos, quizá podría pasar al otro lado. Si le preguntan, diga que trabaja para Freeport y que se dejó el pase en casa.

—Me dejé el pase en casa.

—Eso es.

Al otro lado queda el río Ajkwa, donde los nativos de las tribus Amungme, Kamoro y Dani se adentran en las zonas restringidas de la mina de Freeport esperando un golpe de suerte. Familias enteras acampan entre los arbustos y pasan horas hundiendo sus palanganas en el agua turbia. Pero el verdadero botín está arriba, en la montaña Grasberg donde las máquinas trabajan las 24 horas del día extrayendo el oro y desechando lo que no sirve, arrojado río abajo para que los locales se peleen por ello. Cada poco tiempo pasa a toda velocidad un coche con cristales tintados, aire acondicionado y ejecutivos en su interior. Vienen a comprobar cómo van las operaciones, antes de volverse a hacer la ronda en el campo de golf.

Si cogemos un libro de historia, es probable que nos diga que el colonialismo es cosa del pasado. Pero si le preguntamos a los Kamoro, nos dirán que perdura y goza de estupenda salud. Los conquistadores han evolucionado, adaptándose a los nuevos tiempos y las normas de la corrección política, pero sus principios permanecen tal como los describió Conrad en *El corazón de las tinieblas*: «... Arrancar tesoros a las entrañas de la tierra era su deseo, pero aquel deseo no tenía otro propósito moral que el de la acción de unos bandidos que fuerzan una caja fuerte». Los nuevos colonos mantienen, al igual que los de entonces, la determinación de mantener en sus destinos el mayor número de placeres que dejaron en casa. Puede que se comporten como salvajes, pero no están dispuestos a vivir como ellos. Basta pues dejar atrás los carteles que delimitan Kuala Kencana para que el *primer mundo* dé paso al subdesarrollo. Las mansiones se tornan chabolas de madera, a menudo sin luz ni agua corriente; las carreteras se vuelven caminos intransitables; los niños caminan desnudos y sucios, en lugar de bien peinados y oliendo a perfume. Guardias apostados al final de la ciudad construida por Freeport en Papúa Occidental se aseguran de que la tribu que llegó primero a estas tierras, la del viejo Kaware, no pisa jamás la *Jungla Blanca* de los recién llegados. Una frontera ha sido erigida para separar a ambas tribus.

Solo se mezclan, ocasionalmente, en el K-10.

La aldea prostíbulo, situada a 10 kilómetros de Timika, está formada por casuchas de madera a ambos lados de una calle y burdeles llenos de jóvenes ofreciéndose a los clientes vestidas en pijama o enfundadas en sugerentes minifaldas. Solo aquí es posible encontrar bajo el mismo techo al ejecutivo que ha huido por unas horas de su mundo ideal y al minero que ha tenido fortuna de encontrar un gramo de oro y ha decidido gastárselo en mujeres. Nativos barbudos sin dinero merodean por los alrededores, conformándose con una botella. Los cambios de los últimos años han llegado demasiado rápido para muchos indígenas que han visto como la única forma de vida que conocían se desvanecía sin tiempo para adaptarse. Algunos, desesperados ante la ausencia de puestos de trabajo o futuro, se han dado a la bebida, el juego y, en las pocas ocasiones en que pueden permitírselo, la prostitución. El sida, una enfermedad inexistente hasta hace poco, ha entrado en sus comunidades. Familias y tribus se han resquebrajado y los hombres de la jungla que las sostenían vagan desorientados por las calles de lo que antes eran poblados y ahora ciudades. Kaware tenía razón: nada volverá a ser como antes.

Uno de los prostíbulos del K-10 lleva el nombre de mi ciudad natal, Barcelona. Anza, el dueño, asegura que lo eligió porque es aficionado al equipo de fútbol de la ciudad. Es casi imposible encontrar a alguien en esta región que sepa situar España en el mapa, pero los guardias te dejan pasar los controles a cambio de una camiseta del Real Madrid y el dueño de un burdel te trata como si fueras de su familia cuando le dices que eres de Barcelona.

—¿*Whisky* para mi amigo de Barcelona! ¿Chicas? Escoja la que quiera, paga la casa. ¿Ganará el Barcelona la liga este año?

Anza me cuenta que Freeport envía un médico tres veces por semana para chequear la salud de las chicas, distribuyendo condones. Al otro lado de la barra, un hombre alto y rubio se abraza a una mujer de piel oscura y larga cabellera que apenas le llega a los hombros. Una bola de espejos gira colgada del techo mientras suena «Hotel California». El tipo me identifica como miembro de su tribu y se acerca a charlar. La vida no es tan dura en Papúa. Las mujeres son baratas y se puede jugar al golf. Dice que estará por aquí un par de años más y después volverá a Florida. Vivirá en un lugar muy parecido a Kuala Kencana. Las calles estarán flanqueadas por césped cortado al milímetro. Los vecinos se reunirán alrededor de la barbacoa. Los

hombres hablarán de fútbol y política. Por la mañana, camino de la oficina, verá pasar los mismos autobuses escolares de color amarillo.

## Y alrededor, la nada

Mientras el barco se aproxima a la isla de Phi Phi, lo primero que me llama la atención es la desconsideración de los bañistas. La playa, a lo lejos, aparece repleta de cuerpos bronceándose al sol. ¿En un lugar que acaba de ser devastado por el Gran Tsunami del Índico, matando a miles de personas? Más cerca de la costa sorprende que todos los cuerpos sean exageradamente gordos. Entonces caes: son los cadáveres, hinchados por el agua, de las decenas de jóvenes que fueron sorprendidos por el tsunami. Cubren la playa como en la escena del día después de una gran batalla, boca arriba e inmóviles.

El maremoto ha matado en Tailandia a prostitutas del distrito rojo de Patong, a pescadores de gambas, adinerados turistas alemanes, mochileros ingleses y nobles como Bhumi Jensen, nieto del rey de Siam. Podría pensarse que en la tragedia, los clasismos y las diferencias tribales que tanto empequeñecen a los hombres han quedado en nada. Pero no. Los servicios de rescate pasan de largo frente a las aldeas más pobres para socorrer antes a los turistas atrapados en *resorts* de cinco estrellas. Aunque empieza a ser evidente que el mayor número de víctimas se ha producido en la India, Sri Lanka o Indonesia, los medios de comunicación se centran en lo que ocurre en Tailandia por la sencilla razón de que aquí han muerto turistas occidentales. Tú solo ves cuerpos deformes, pero en la percepción general, incluso de los locales, importa a qué se dedicaban, cuánto dinero ganaban, de dónde venían y qué color de piel tenían. Cuando los muertos se cuentan por decenas de miles, el periódico lleva mi crónica a portada con un titular en el que se destaca que hay «cuatro españoles desaparecidos». Llamo a la redacción:

—¿Decenas de miles de muertos y el titular de portada es que «cuatro españoles han desaparecido»? ¿Cuatro turistas de los que ni siquiera

sabemos si están entre las víctimas o tomando cócteles en el bar de algún *resort* lejos de aquí?

—La gente se identifica más con las víctimas de su país, humaniza la tragedia.

Traducción: nuestros muertos valen más.

El verdadero epicentro de la tragedia está en Aceh, la provincia indonesia de la isla de Sumatra que visité cuatro años antes para escribir sobre el Movimiento para la Liberación de Aceh (GAM), la guerrilla que desde hace tres décadas lucha por crear un sultanato independiente. Es uno de esos conflictos que jamás ocupa un minuto en los noticiarios, se alargan indefinidamente entre la indiferencia general y rara vez atraen la atención de la prensa. Cubriéndolos no te espera la fama ni un acuerdo editorial para tu próximo libro. Ni siquiera una palmadita en la espalda de tu editor en la redacción. En mitad del desastre, esa pequeña y olvidada guerra resulta incluso más insignificante. El campo de batalla es un gran cementerio. Imposible distinguir entre vencedores y vencidos. Todo lo que podía ser destruido, lo está. Cuando en unos meses el Gobierno y la guerrilla firmen la paz, derrotados ambos por el capricho de la naturaleza, en la sala de ceremonias rondará una sola pregunta: «¿No podíamos haber hecho esto antes?».

Hasta ahora creía que haber estado en un lugar significaba que siempre estaría allí. Más o menos cambiado, como Bután. Más o menos expoliado, como Papúa. Inmune al paso del tiempo gracias a la fealdad de los hombres, como Cachemira. Pero seguiría en el sitio donde lo dejé y podría volver a él. Aceh, sin embargo, no está donde la dejé. ¿Qué fue de la aldea de pescadores donde paré a comer hace cuatro años? ¿El mercado donde regateé con aquel anciano desdentado? ¿El barrio donde entrevisté en la clandestinidad a uno de los rebeldes? Mientras avanzo por la costa hacia el sur, atravesando lugares donde es difícil imaginar que haya existido vida, siento como si alguien hubiera apretado un botón y todas las memorias de mi primer viaje estuvieran siendo borradas. Han desaparecido los sonidos, los paisajes y las gentes que podrían ayudarme a recordar.

A mi alrededor, la nada más absoluta.

Un fuerte olor a podrido me golpea cada poco tiempo. Es otra fosa común indicando que efectivamente aquí hubo una aldea y vivía gente. Las excavadoras recogen los cadáveres a montones y los arrojan como si fueran desperdicios. Cien, mil, dos mil muertos. Hay tantos que no se puede esperar a enterrarlos sin poner en riesgo la salud de los vivos. Quienes no encuentren a sus desaparecidos enseguida, ya no lo harán nunca.

En Lambada, donde vivían 2.600 personas, Hamdani busca entre los escombros los cuerpos de su mujer, su hija de un año, sus padres y sus cuatro hermanos.

—¿Por qué no a mí? —pregunta mientras va recogiendo, una a una, las piedras de lo que fue su casa—. ¿Por qué no me llevaste a mí también?

Casi todas las víctimas han sido mujeres y niños, ahogados mientras los hombres faenaban en alta mar. Cuando terminaron su jornada, los pescadores se extrañaron de no encontrar el camino de regreso a casa. ¿Dónde estaban los puntos de referencia, las ciudades, pueblos y edificios de la costa que solían guiarles de vuelta? Finalmente dieron con su pueblo. Se bajaron de sus barcos. Cayeron sobre sus rodillas. Buscaron a sus mujeres e hijos entre los escombros. El mar, que se lo había dado todo durante generaciones, se lo había arrebatado en un instante.

La mayoría de los supervivientes cuenta su historia sin dramas y, sorprendentemente, sin lágrimas. Días atrás he visto en Tailandia a madres suecas llorar amargamente la pérdida de un hijo. A una joven adolescente caer en el histerismo cuando en el hospital le comunicaron que sus padres se habían ahogado. Lágrimas como gotas de lluvia caían de los ojos de un niño que llevaba colgado un cartel al cuello pidiendo ayuda para encontrar a sus padres. Las mismas tragedias, en Aceh, apenas se lloran. ¿Es posible que los años de guerra hayan hecho más dura a su gente? ¿Hay menos compasión en ellos? ¿O es su llanto interior y en Occidente nos hemos vuelto excesivamente melodramáticos, tras décadas dejando nuestra educación sentimental en manos de Hollywood? Tendrían que pasar siete años, y volver a cubrir una tragedia similar, durante el Gran Tsunami del Pacífico que golpeó Japón en marzo de 2011, para que comprendiera el pudor oriental ante la pérdida y me reafirmara en la idea de que no se puede medir la tristeza en función de nuestra capacidad para exhibirla. Que puede haber el mismo o más dolor en el silencioso luto oriental.

No todo se ha perdido en Lambada. En mitad de un infinito océano de escombros, una edificación permanece en pie: la mezquita. Lo mismo ha sucedido en otras ciudades y pueblos. La explicación más razonable es que fueron construidas con materiales mucho más resistentes que las miles de casas levantadas con cuatro maderas y arrastradas por las olas como si fueran de juguete. Para los locales, sin embargo, la resistencia de las aljamas es la prueba definitiva de que el tsunami ha sido un castigo de Dios. Puteh, a lomos de cuya motocicleta recorro las zonas arrasadas, asegura que nada de esto habría ocurrido si la gente no se hubiera desviado de los principios del islam. Mi joven guía trabaja como funcionario del Gobierno local, pero tiene tiempo para acompañarme porque estos días no hay nada que administrar. Los edificios oficiales, la oficina de correos, el consistorio y las comisarías de policía han dejado de existir. Los bomberos, aparte de rescatar supervivientes, buscan a sus compañeros desaparecidos. Los reporteros del diario local Serambi, cuya redacción ha quedado anegada, terminan sus crónicas pidiendo a sus colegas que den señales de vida. Los políticos intentan localizar a sus compañeros de partido. Los médicos a otros médicos. Y todos a sus familiares. Aceh ha sido reducida a eso: un lugar donde todo el mundo busca a todo el mundo.

La casa de Puteh se ha salvado del impacto del mar porque está situada varios kilómetros hacia el interior. Al anochecer, espera que envíe mi última crónica al periódico y busca mi conversación alrededor de té.

—Aceh había dejado de ser pura, los hombres bebían alcohol y las mujeres vestían indecorosamente —dice intentando que dé por buena su teoría sobre el castigo divino—. Por eso ha sido destruida. Para que empecemos de cero desde la virtud y la pureza.

No quiero molestar a mi anfitrión, pero le digo que si realmente es un castigo, la causa probablemente no fueron las cervezas que se tomaron a escondidas un grupo de adolescentes o los besos furtivos que se daban los jóvenes enamorados en los parques.

—¿Entonces?

—Tal vez haya sido por la guerra.

—Sí, también nos ha castigado por eso.

Me gustaría decirle a Puteh que en Los Ángeles o Barcelona las mujeres son más disolutas y los hombres beben más. Preguntarle por qué iba Alá a castigar a la más devota población musulmana del país y no a la desenfrenada Yakarta, que cada noche se quita el velo para transformar su

caos en fiesta. Recordarle que la mayoría de los muertos son niños que no habían tenido tiempo de pecar y difícilmente merecían escarmiento, menos aún uno irreversible. Pero tampoco tienes una explicación alternativa, más allá de la mala fortuna y las limitaciones de la predicción sísmica. Quizá por ello siempre he detestado cubrir desastres naturales. No se trata solo de la tristeza de la pérdida o la desolación de la destrucción, sino de la falta de esa explicación con la que el periodista busca dar sentido a lo que cuenta. En la guerra, las revueltas o las crisis económicas, siempre hay un origen, uno o varios responsables, una razón que llevó de A a B. En los terremotos o tsunamis pasas semanas contando la desgracia de miles de personas y te marchas sin haberle encontrado un porqué. Simplemente, ocurrió. Tú mismo vives como un refugiado. Pasas semanas sin ducharte. Comes lo que puedes. Apenas duermes. Y trabajas 18 horas día. ¿Vas a quejarte? ¿A quién, si las personas de las que estás escribiendo lo han perdido todo? Ni tus frustraciones profesionales ni tus incomodidades importan a nadie. Te reprochas haber pensado siquiera en ellas. Con el paso de los días los cadáveres dejan de impresionarte. No quieres, pero te has acostumbrado a la muerte. Y es entonces, cuando te has fundido con la nada y te sientes parte de ella, despojado de todas tus vanidades y superficialidades, que desde la redacción te anuncian que tienes luz verde para volver a casa.

—Buen trabajo —te dicen, recordándote que el tuyo es el único oficio por el que puedes ser felicitado con entusiasmo cuando ha consistido en contar la miseria, la crueldad o la pérdida.

# Fronteras

## Bruma: el campo de batalla

Hay algo envidiable en los adultos que siguen dividiendo su mundo en buenos y malos: todo debe ser más fácil así. Su partido político es bueno. El de los otros, malo. Su equipo de fútbol es el mejor. Al rival le ayudan los árbitros. La maldad es cosa de otros países, otros líderes, otras gentes. Pueden despojarlo todo de matices y zanjar una discusión sobre el conflicto palestino, la eutanasia o la (in) existencia de Dios con una frase. Y, sin embargo, a mí me ocurre lo contrario: cuanto más viaje, más experiencias acumulo y más mayor me hago, más me cuesta distinguir entre buenos y malos. Si me preguntan qué he aprendido en todos estos años, en la guerra, la revolución o el desastre natural, diría que somos bruma. Nunca toda claridad, rara vez completa oscuridad.

Al mirar atrás al genocidio o la guerra, nos sorprende la capacidad para el mal de sus participantes. La indiferencia de quienes miraron a otro lado. La mezquindad de los delatores. Nos distanciamos de quienes cometen las violaciones, los asesinatos y las torturas describiéndoles como no personas. Son «monstruos» o «animales». El primatólogo Toshisada Nishida estudió durante años a una comunidad de primates de Tanzania y fue testigo de cómo un grupo eliminó a otro a través de un sistemático proceso de invasiones, ataques y emboscadas que se alargó varios años en el tiempo. El premio final por la exterminación del otro grupo, hembras aparte, fue la conquista del territorio. Incluso los negacionistas de la teoría de la evolución verán similitudes con los conflictos de los hombres.

Las fronteras, esas líneas con las que tratamos de marcar lo que consideramos nuestro —y agruparnos con quienes consideramos de los nuestros—, siguen siendo las principales causantes de las guerras. Empleamos grandes recursos en defenderlas y ampliarlas. Rara vez aceptamos su demarcación. Miramos con nostalgia a épocas en las que nos

eran más favorables y desempolvamos viejos tratados para pedir que sean alteradas en nuestro beneficio. Y creamos nuevas. Geográficas. Ideológicas. Religiosas. O étnicas. Pero entre todas ellas solo una permanece invariable tal como la describió Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag*: la línea divisoria que separa el bien del mal en las personas y que el escritor ruso creía que no pasaba a través de los estados, ni de las clases sociales, ni tampoco entre los partidos políticos o las ideologías, «sino directamente a través de cada corazón humano». Para evitar cruzar esa *frontera* interior que nos separa de lo peor de nosotros mismos hemos levantado un muro construido a base de cultura, sociedad civil, educación y leyes. Cuando alguno o varios de esos elementos se debilitan, si la defensa cede, en Phnom Penh o Berlín, Kigali o Sarajevo, el cartero que repartía el correo puede transformarse en el francotirador apostado en la azotea, el vecino de toda la vida en nuestro verdugo, el profesor universitario en propagandista del exterminio y el guerrillero con causa en un asesino en serie.

¿Velupillai Prabhakaran? El nombre no le dirá nada salvo que conozca la historia reciente de Sri Lanka, esa isla que aparece en el mapa como una lágrima caída del rostro de la India. Prabhakaran lidera a los rebeldes en un conflicto que lo tiene todo para ser dividido entre buenos y malos: una minoría oprimida de tamiles que se levanta en los años 70 para luchar por sus derechos frente a la mayoría cingalesa. El comandante de tan noble propósito aspira a pasar a la historia como el Che Guevara de Oriente. ¿El problema? Al idealismo del guerrillero argentino suma la perversidad de Idi Amin, la falta de compasión por la vida ajena de Osama Bin Laden y el fanatismo ideológico de Mao Zedong. Es posible que su causa sea justa, y sin duda los tamiles han sido discriminados en Sri Lanka durante mucho tiempo, pero es difícil simpatizar con ella cuando está en manos de un tipo que entrena a jóvenes adolescentes para que se vuelen por los aires en misiones suicidas. Un reportero con el idealismo intacto podría venir a cubrir este conflicto con una idea clara de quiénes son los buenos y quiénes los malos, quiénes los agresores y quiénes las víctimas. Pero si hace bien su trabajo, indagando más allá de la propaganda, los partes militares de unos y los lemas revolucionarios de otros, si se esfuerza por mirar más allá, lo más probable es que termine perdido en la más espesa de las brumas.

## La bruma de la guerra.

La de Sri Lanka es una guerra que se ha alargado demasiado para que los medios mantengan interés en ella. Han tenido que pasar siete años desde que llegué a Asia para visitar su campo de batalla. Cuando finalmente lo hago, el país hace tan solo unos meses que ha sufrido el tsunami que golpeó las costas del Océano Índico en 2004. El *Reina del Mar*, un tren que hacía la ruta entre Galle y Colombo bordeando la costa, sigue en el lugar donde fue embestido por una ola de 10 metros. Murieron 1.500 personas, incluidos vecinos que vivían en los alrededores y que se ahogaron al buscar refugio en el convoy. A.J. Kariyawasam, que ha trabajado en la estación de Galle durante los últimos 30 años, viendo como sus trenes se retrasaban a menudo, lamenta que ese día el *Reina del Mar* saliera puntual.

—Habría bastado un retraso de dos minutos y toda esa gente se habría salvado —dice el funcionario del ferrocarril—. Fue cosa del destino.

También la guerra, en los lugares donde se ha eternizado, parece cosa de los hados. Se ha librado durante tanto tiempo, las esperanzas de que termine son tan escasas, que empieza a estar rodeada del aura de inevitabilidad del desastre natural.

Velupillai Prabhakaran cree tener cerca una victoria que ofrezca a su pueblo un Estado independiente en Sri Lanka. Su mente funciona como la de los grandes criminales de la historia: ninguna acción, por retorcida que parezca, es mala si se hace en nombre de un principio mayor. El tsunami ha dejado miles de huérfanos y el líder tamil ve en la tragedia una oportunidad inmejorable para reforzar sus efectivos. Sus guerrilleros recorren los campos de refugiados, se llevan por la fuerza a los huérfanos y los envían a sus campamentos militares, donde se les entrena en el uso de viejos rifles chinos T-56, las marchas militares y el deshonor de la rendición. Los tigres tameses deben preferir la muerte. Llevan una cápsula de veneno colgada al cuello, lista para ser ingerida cuando todo está perdido.

Los cuidadores de los campos de refugiados cuentan que los guerrilleros vienen de noche con furgonetas, cargan a los muchachos que ven con edad suficiente de empuñar un arma y se los llevan, tengan o no familia. Después

de todo, ¿qué mayor honor para las nuevas generaciones que servir al gran Prabhakaran? El líder tiene predilección por las chicas porque son más efectivas en pasar los controles e infiltrarse entre el enemigo. Sus tigresas han sido utilizadas para las misiones más importantes, incluido el asesinato en 1991 del primer ministro indio Rajiv Gandhi, a quien veía contrario a la causa tamil. Las adolescentes deben escribir cartas personales al comandante supremo, mostrando su deseo de ser elegidas para la próxima operación suicida. En una vivienda sin carteles de bienvenida al final de un camino flanqueado por cocoteros, en la localidad de Batticaloa, el padre Paul Satkunanayagam oculta a algunas de las chicas que se echaron atrás en el último momento. Ahila fue reclutada a los 12 años, instruida en maniobras militares que incluían cómo ocultar una granada en su vagina y enviada a combatir a los 16 años. Tras escribir al comandante pidiéndole que la escogiera, se preguntó si realmente quería volarse por los aires abrazando a un funcionario de Colombo o si solo había sido convencida de que eso era lo que quería.

—Me di cuenta de que todo era un engaño —dice—. Escapé.

Primero un ruido seco. Después gritos. Al asomar la cabeza por la ventana para ver qué ocurre, el fusil de un soldado me apunta en la frente.

—Vuélvase a dormir —dice el militar—. Una inspección rutinaria. Somos los buenos.

La patrulla ha irrumpido de madrugada en la pensión donde me hospedo, la misma noche de mi visita al refugio de las niñas guerrilleras. Van casa por casa, registran a los locales y se llevan a los sospechosos de colaborar con los tigres tameses. Los buenos aseguran que los otros son tan malos que no les queda más remedio que ser malos también, a veces. Los generales cingaleses están hartos. La guerra se ha alargado más de dos décadas. El odiado enemigo, Prabhakaran, ha logrado crear un pequeño Estado oficioso en las partes que controla en el norte y este del país. Y luego están las organizaciones de Derechos Humanos: protestan cada vez que se les va un poco la mano y hay víctimas civiles. Los políticos, que no saben qué es el frente, reculan a la hora de permitirles hacer su trabajo. No es manera de hacer la guerra. Menos aún de ganarla.

Los mandos van a descubrir muy pronto que tienen un aliado en el nuevo primer ministro y futuro presidente Mahinda Rajapaksa. Al igual que los militares del ala dura, el político considera una pérdida de tiempo los procesos de paz, las treguas y negociaciones. Su plan es otro. La victoria total y definitiva, cueste lo que cueste. Le dice al pueblo:

—Tenéis que decidir si estáis del lado de una banda de terroristas o con el hombre común. Debéis decidir claramente entre ambos bandos.

Los buenos. Los malos.

El plan de Mahinda Rajapaksa para terminar con la guerra ha sido llevado a cabo con éxito unos años antes por un líder ambicioso y sin escrúpulos en un lugar muy diferente. Vladimir Putin ha subyugado en Rusia la región rebelde de Chechenia aplicando una estrategia similar a los tratamientos de cánceres especialmente resistentes: lanzar un ataque frontal y sin miramientos contra las células malignas incluso si conlleva destruir también las benignas. Es una escuela que devuelve la guerra a los tiempos de Gengis Khan y se basa en la negación de lo que se ha venido en llamar «guerra quirúrgica», donde al menos se pretende que existe la intención de proteger a los civiles. Aldeas y cuarteles militares, trincheras y viviendas particulares, bases enemigas y hospitales, todo pasa a ser campo de batalla. En los partes militares se niegan las bajas entre la población hasta que ya no es posible hacerlo y entonces se culpa al enemigo:

—Los muertos estaban siendo utilizados como escudos humanos: nada se pudo hacer por salvarlos.

Decenas de miles de civiles mueren en las ofensivas lanzadas por Sri Lanka a partir de 2006 y hasta la victoria final que en 2009 arrasa las últimas posiciones tamiles y pone fin a 25 años, nueve meses, tres semanas y cuatro días de guerra. La muchedumbre celebra la victoria en las calles de Colombo con fuegos artificiales, bailes y música. Un grupo de exaltados pisotea y escupe un retrato de Velupillai Prabhakaran, cuyo cadáver ha sido recuperado entre las bajas enemigas. Las aldeas han sido arrasadas. Los arrozales, sembrados de cadáveres. Los supervivientes, convertidos en refugiados. Vagan sin rumbo entre los escombros de su nación soñada, mientras los vencedores claman:

—Han ganado los buenos...

## No te muevas: el enemigo

Poco antes de que recibieran una bala en la nuca, Nhem En les pedía que por favor mirasen fijamente al objetivo. Que no ladearan la cabeza. Que no se movieran.

—Intenté que salieran lo más favorecidos posible —dice el retratista de las víctimas del genocidio camboyano—. Ese es el trabajo del fotógrafo, ¿no?

Nhem En tenía 16 años cuando fue reclutado por los jemerres rojos y destinado en la prisión de Toul Sleng, más conocida como la Oficina de Seguridad 21. Suyas son muchas de las imágenes que estos días cuelgan de las paredes de la cárcel, convertida en el Museo del Genocidio de Phnom Penh. Rostros en blanco y negro. Resignados. Atemorizados. Las miradas perdidas de maestras de escuela, comerciantes, soldados, carpinteros, amas de casa, abogados o estudiantes que iban a ser torturados, enviados a los campos de la muerte y ejecutados. Identificados como enemigos de la revolución por llevar gafas, hablar un idioma extranjero o haber estudiado en la universidad. Todos ellos declarados prescindibles en la utopía proletaria que Pol Pot había iniciado al decretar el Año Cero y que terminaría con una cuarta parte de la población del país entre 1975 y 1979.

El mérito del Museo del Genocidio es lo mucho que tiene de genocidio y lo poco de museo. Los camboyanos se limitaron a dejar el principal centro de torturas del régimen tal como lo encontraron tras el derrocamiento de Pol Pot. Las aulas de la antigua escuela, convertidas en salas de interrogación, conservan los instrumentos de tortura y los camastros donde se ataba a los internos. Los postes de gimnasia utilizados para colgar a los presos siguen en el patio. Y, en una habitación del segundo piso del Bloque C, permanecen esparcidas por el suelo las ropas rasgadas y ensangrentadas de

cientos de ejecutados. Un cartel recuerda las normas que regían el lugar. Número 6:

—Prohibido gritar cuando se te azota o suministran cargas eléctricas.

Han pasado más de tres décadas y Nhem En sigue sin encontrar de qué arrepentirse. Él no disparó a nadie. Fotos, nada más: clic. Obedecía órdenes. Le dijeron que eran los enemigos. ¿Acaso no habría sido ejecutado si se hubiera resistido a colaborar? Desde la caída del régimen ha rehecho su vida, ocupando varios cargos políticos en el antiguo bastión de los jemereros rojos de Anlong Veng, abriendo una casa de masajes, organizando exhibiciones fotográficas para turistas y subastando recuerdos del Jemer Rojo, incluidas dos de las cámaras que utilizó para retratar a los que iban a morir. Los negativos de sus fotografías fueron encontrados en los archivos de la S-21 tras su huida y la de sus camaradas al norte, donde siguieron luchando junto a Pol Pot hasta su muerte en 1998. Nhem En se llevó a la selva los recuerdos de las víctimas que, al posar para él, insistían en su inocencia y preguntaban qué iba a pasar con ellos.

—Yo solo soy el fotógrafo —les susurraba.

Entre las miles de fotografías que hoy cubren las paredes del Museo del Genocidio hay una que no encaja. Siete hombres posan frente a la entrada de la prisión. Libres. Son los únicos supervivientes entre los 14.200 camboyanos que pasaron por un centro diseñado con las funciones de interrogación y eliminación de los enemigos del proletariado. Cada uno de aquellos reclusos tenía una habilidad que les hacía útiles a los ojos de los jemereros rojos. El mecánico que reparaba los camiones utilizados para llevar a los presos a los campos de la muerte, el intérprete que traducía las órdenes a los presos extranjeros o Bou Meng, el pintor que recibió el encargo de reproducir retratos de Pol Pot para el departamento de propaganda del régimen.

Nada más llegar a la S-21, los presos eran divididos en tres categorías: los que no tenían derechos, los que no tenían algunos derechos y los que no tenían ningún derecho. Estos últimos eran considerados *no personas* y podían ser ejecutados por los guardias en cualquier momento, sin dar explicaciones a sus superiores. Bou Meng formaba parte de estos últimos. La misma noche de su detención, el 26 de agosto de 1977, había llegado a

la conclusión de que jamás saldría con vida de la cárcel. Desde su celda podía escuchar los gritos de los internos que estaban siendo torturados en el Bloque C, llamando a sus madres como niños en mitad de la noche y pidiendo una bala en la frente que acabara con todo. Incapaces de soportar el dolor, muchos terminaban denunciando a familiares y amigos inocentes. Muy pronto llegaría el turno de Bou Meng de soportar cómo le arrancaban las uñas de los pies con alicates, las descargas eléctricas y la inmersión en aguas llenas de heces, donde algunos presos morían ahogados.

—Todos los días había dos sesiones de torturas, a las dos y las siete de la tarde. Los camiones que se llevaban a los que iban a ser ejecutados, aquellos a los que no se podía sacar más información, partían a medianoche. Si no te subían a uno de ellos, quería decir que vivirías un día más.

Uno de los guardias preguntó si había alguien que supiera pintar. Bou Meng levantó la mano y fue conducido a un apartado, le dieron un retrato de Pol Pot y le dijeron que hiciera una copia, advirtiéndole de que sería ejecutado si no hacía justicia al gran líder. Pintó el cuadro con la mano temblorosa y el resultado fue presentado ante 10 oficiales, algunos de los cuales confundieron la copia con el original. Años como pintor de Budas en templos de aldeas olvidadas de Camboya le habían salvado la vida y en adelante le permitirían ganar tiempo. Mientras los demás presos iban muriendo, él retrasaba su hora pintando día y noche retratos del hombre en cuyo nombre era torturado, destinados a adornar edificios oficiales, institutos y despachos. Cuando las tropas vietnamitas irrumpieron en la cárcel, poniendo fin al genocidio en 1979, Bou Meng era uno de los siete que había logrado mantenerse con vida. Corrió a su casa para reunirse con su mujer y sus dos hijos, de tres y cinco años.

—Me dijeron que habían muerto —recuerda—. Lo había soportado todo en la cárcel por ellos. Ahora que era libre, lo que más deseaba era morir.

Cuando lo encontré en 2003, en una aldea junto a la frontera con Vietnam, Bou Meng era el menos conocido de los supervivientes de Toul Sleng. Apenas unos meses antes había leído un artículo sobre la S-21 en el que se mencionaba a otros internos que habían logrado salir con vida, pero no se decía nada de él. Cogió un autobús a Phnom Penh y se presentó en el

Museo del Genocidio. Dijo que era uno de los que aparecen en la fotografía tomada tras la huida de los guardias. El tercero por la derecha. El más bajito de los siete. El retratista de Pol Pot.

Con el paso de los años he vuelto a ver a Bou Meng cada vez que he visitado la prisión. Regenta un pequeño puesto de recuerdos situado en el patio, con vistas al bloque donde fue torturado. Vende copias de la película *Los gritos del silencio*, bebidas y ejemplares de su autobiografía, traducida a varios idiomas. Cuenta su historia a los turistas a cambio de propinas. La última vez que conversamos le pregunté cómo hacía para volver cada día al lugar donde había vivido la completa desaparición de la frontera interior que separa a la condición humana de lo peor de sí misma. Me costaba comprender que en lugar de huir de los recuerdos, se arrimara a ellos por un puñado de dólares. Me dijo que había malvivido durante años tras su liberación, haciendo trabajos de brocha gorda en pagodas y templos, y que no tenía mejor forma de ganarse la vida. También él tenía derecho a sacar partido de su historia, como habían hecho otros. No se lo negué. Recorrimos juntos la S-21, nos detuvimos en la celda donde había estado encerrado y me habló de aquellos días como si los hubiera vivido otra persona. Las paredes de las antiguas salas de tortura estaban cubiertas con las fotografías que Nhem En había tomado de las víctimas. Al pasar frente a ellas, sus miradas parecían seguir pidiendo clemencia. Casi podía escuchar sus voces preguntando qué les iba a pasar y el susurro que respondía que no se movieran:

—Solo soy el fotógrafo.

# Las mujeres que derrotaron a América: los vencedores

Vo Thi Mo no recuerda el día que empezó a odiar a los estadounidenses. ¿Fue al ver a los primeros aviones sobrevolar su aldea de Cu Chi, al sur de Vietnam? ¿O quizá tras la muerte de dos de sus hermanos en un bombardeo? El momento que ha quedado grabado en su memoria es el día que dejó de hacerlo. Su unidad del Viet Cong había sorprendido a tres marines descansando en la jungla. Les tenía apuntados con su AK-47 —el dedo en el gatillo, el blanco desprevenido—, cuando uno de ellos sacó del bolsillo una fotografía de su familia. Los otros dos militares buscaron en sus petates, abrieron varios sobres y empezaron a leer en voz alta las últimas cartas que habían recibido de América. Los soldados rompieron a llorar y Vo Thi Mo decidió marcharse sin disparar:

—Por primera vez les vi como a personas.

Los tres soldados americanos sortearon la muerte sin saberlo. Quizá murieron en otra emboscada días después. O tal vez estén paseando a sus nietos en un parque de Wisconsin. Vo Thi Mo continuó matando a tantos enemigos como pudo, y recibió la medalla a la Victoria Militar. Pero desde aquel encuentro nada volvió a ser como antes: había dejado de atribuirle ningún mérito a su participación en la guerra. Cuando todo terminó, con la evacuación de la embajada estadounidense de Saigón, el 30 de abril de 1975, no compartió la euforia de sus compañeros. El mayor Ejército del mundo había sido derrotado por uno formado por campesinos, pero Vietnam yacía en ruinas. Sus amigos y familiares habían muerto. Su aldea había sido arrasada.

—Era difícil sentir la victoria.

Décadas después del final del conflicto, los turistas siguen empeñados en revivirlo. Parte de la culpa la tiene Hollywood y las cientos de películas producidas sobre lo que los locales llaman la guerra de América porque, según dicen, no fueron ellos los que se desplazaron miles de kilómetros para ocupar un país extranjero. Uno de los destinos más visitados son los túneles de Cu Chi, construidos por el Viet Cong para ocultarse y lanzar sus emboscadas desde el corazón del Vietnam del Sur bajo control de los estadounidenses.

En la tienda de recuerdos que hay a la entrada de los túneles me llama la atención una de las postales en venta: es la imagen en blanco y negro de una joven y bella guerrillera comunista de 17 años. Tiene una cabellera morena, larga y bien peinada, las facciones del rostro aniñadas, la mirada al frente y sus manos adolescentes sujetando un fusil. La dependienta me dice que vive cerca y un campesino se ofrece a llevarme hasta su casa.

Vo Thi Mo está tendida en una cama de opio, abrazada a su gato y viendo un folletín por televisión. Parece una cordial abuela de campo: ninguna pista que la identifique con la legendaria guerrillera de la fotografía.

—Pase, pase. ¿Té? ¿Ha comido ya?

Vo Thi Mo lideró el C3, uno de los batallones más efectivos del Viet Cong. Estaba formado por mujeres que cabalgaban entre las líneas estadounidenses a bordo de ciclomotores, eran especialistas en el asesinato selectivo de oficiales, llevaban a cabo algunas de las operaciones más arriesgadas en las junglas del sur del Vietnam y, en lo que para muchas de ellas fue la más dolorosa de sus misiones, se introducían entre las sábanas de los militares enemigos para obtener información. Tenían que hacer méritos extra si querían convencer a los hombres de que podían formar parte de la guerrilla.

—Había un dicho en el campo que decía que las mujeres éramos tan inútiles que no podíamos orinar por encima de la hierba —cuenta Vo Thi Mo—. Así que un día un grupo de nosotras nos subimos a la copa de un árbol y empezamos a orinar desde lo alto. Les dijimos a los hombres: «Veis, podemos orinar por encima de la hierba igual que vosotros y también luchar como vosotros».

La ex guerrillera vietnamita ha llamado a sus camaradas del frente y minutos después su casa se llena de abuelas con fascinantes relatos de emboscadas y batallas en la jungla. Cao Thi Huong y Truong Hai Thuy

cuentan que escaparon de una columna de tanques cruzando entre ellos a la carrera. Tran Thi Neo pisó una mina en 1973 y le fueron amputando los dedos del pie según se iban gangrenando. Cuando solo le quedaba uno, amenazó con quitarse la vida si se lo cortaban. Todavía lo tiene. Le Thi Suong se unió a la guerrilla junto a sus tres hermanas para vengar la muerte de todos los varones de la familia. La última en hablar es Thanh, que tiene que ser animada por las demás para decidirse.

—Vamos, cuéntalo —le dicen.

La misión de Thanh consistía en engalanarse y visitar los cafés de Saigón frecuentados por soldados americanos de la 25.<sup>a</sup> División de Infantería, tratando de enamorarlos para poder acceder a la base. Las mujeres preferían el campo de batalla porque prostituirse por la patria exigía acostarse con hombres que a la mañana siguiente podían arrasarse sus aldeas y matar a los suyos. Tenían que soportar las miradas de reprobación y los insultos cuando paseaban con los marines estadounidenses por las calles de Saigón. Thanh lo aguantó todo, mientras dibujaba detallados mapas de las instalaciones estadounidenses y facilitaba información para atentados. Cuando fue descubierta y arrestada, en 1970, los soldados survietnamitas la torturaron durante días, liberándola solo cuando sus heridas se habían gangrenado y parecía que iba a morir. Cinco meses después de que le fuera amputado un brazo, cambió las noches de pasión fingida con oficiales americanos por el frente, disparando desde la parte trasera de una motocicleta con su arma apoyada en el muñón.

—Los soldados americanos se quedaban paralizados por la sorpresa —dice riéndose—. Cuando la guerra terminó muchas mujeres que habían combatido hicieron lo posible por ocultar sus heridas. Pero yo nunca pude hacer lo mismo con mi brazo amputado. Con el tiempo, he aprendido a sentirme orgullosa de él.

Vo Thi Mo era la más célebre entre las guerrilleras del Viet Cong. Fue nombrada mejor soldado de su compañía y promocionada a subcomandante del batallón C3. Decían que había inutilizado dos tanques M-48 en la aldea de Cay Diep. Que abatió a decenas de soldados enemigos. Y que luchó en ropa interior en una batalla en la que perdió los pantalones. Hombres que al principio se negaban a recibir órdenes de una mujer terminaron siguiéndola

con fidelidad ciega. El Gobierno comunista utilizó su imagen para adornar sellos oficiales, la misma fotografía que cuatro décadas después me había traído hasta su casa. Vo Thi Mo se convirtió en un símbolo para un pueblo que había forjado su sentimiento independentista a lo largo de siglos de lucha contra mongoles, chinos, franceses y estadounidenses. Levantarse contra los extranjeros estaba en su sangre y las mujeres nunca habían quedado al margen. La primera revuelta contra China en el año 40 d.C. había sido liderada por tres mujeres, incluida Phung Thi Chinh, de quien se asegura que dio a luz en el frente antes de embestir al enemigo empuñando su espada en una mano y sujetando a su bebé recién nacido con la otra.

La victoria final contra los americanos estaba cerca cuando Vo Thi Mo tropezó con un viejo amor, un muchacho al que había conocido de niña y al que perdió la pista cuando fue enviado al norte a servir en el Ejército regular. Se casaron entre emboscadas y avances militares. Mientras se llevaba a cabo la ofensiva final, con Saigón cercada y los americanos preparando la evacuación, la guerrillera se encontraba dando a luz al primero de sus tres hijos. No le importó perderse el momento histórico: dar vida le parecía mucho más natural que quitarla.

—Cuando pienso en las madres de aquellos soldados que encontré en la selva, me alegro de no haberles disparado —dice tumbada en su cama de opio, rememorando el día que dejó de odiar al enemigo—. No puedo dejar de pensar en las madres de aquellos a los que disparé. Fueron enviados a nuestro país. Muchos eran unos niños. ¿Qué culpa tenían?

Tras el final de la guerra, Vo Thi Mo y sus compañeras del C3 se casaron y formaron familias. Mientras la mayoría de los varones del Viet Cong eran condecorados y recibían empleos del Gobierno, ellas regresaron en silencio a sus aldeas. Al repasar sus relatos en mi cuaderno de notas, me sorprendía no encontrar ni una sola frase con resentimiento. Ni hacia los estadounidenses que habían llevado la guerra a su tierra ni hacia los vietnamitas que habían olvidado su contribución a la victoria. Querían dejar atrás los días en los que habían empuñado un arma y volver a ser las mujeres que necesitaban subirse a un árbol para mear por encima de la hierba.

## El loco de Herat: los vencidos

Cualquiera que lea la historia reciente de Afganistán dirá que Bhulam Sakhi ganó la guerra, también. Los enemigos, derrotados, abandonaron el país en 1989. Y, sin embargo, él sigue viéndolos por todas partes.

—¡Los rusos están avanzando! —grita—. ¡Dejadme marchar, rápido!

El muyahidín ocupa una de las celdas del asilo mental Mareston de Herat. Tiene las manos inmovilizadas por grilletes y su única pierna encadenada a los barrotes. Recibe un cubo de agua fría y dos platos de comida al día. En sus momentos de mayor lucidez, razona lo suficiente para explicar que no tiene familia y que perdió la pierna cuando quedó atrapado bajo los escombros de un edificio bombardeado por cazas soviéticos en 1984. Entonces se detiene, extravía la mirada y vuelve a marcharse al frente:

—¡Los rusos, tengo que luchar contra los rusos!

Décadas de conflicto han dejado al 30 % de la población afgana con problemas mentales y solo ocho psiquiatras para tratarlos. Mareston es el único centro de asistencia en el oeste del país. El psiquiátrico tiene un doctor, 13 celdas y un patio al aire libre que por la noche se convierte en el dormitorio general. Los cuidadores arrojan unas pocas mantas sobre el suelo y los pacientes se acurrucan para tratar de sobrevivir al frío. No hay camas, bombillas o retretes, solo la comida justa para mantener a los pacientes un día más con vida. Los hay que fueron torturados y que torturaron; que perdieron a su familia y que se la quitaron a otros; que mataron y que están muertos en vida. Algunos no han vuelto a hablar desde que llegaron; otros no dejan de hacerlo.

Al caer la noche, Bhulam Sakhi se rinde, enrolla las cadenas alrededor de su pierna tratando de buscar la mejor posición y se deja caer sobre el cemento. Sus lamentos sobre el enemigo inexistente se van apagando,

sustituidos por tímidas protestas. ¿Por qué me han encerrado aquí? Son los demás los que se han vuelto locos. Los pobres, creen que la guerra ha terminado.

Los soviéticos que invadieron Afganistán cometieron el error, al igual que los americanos en Vietnam, de creer que libraban una batalla ideológica. Pero para el cultivador de opio de Helmand, como para el campesino del arroz de Cu Chi, su lucha nunca fue entre capitalismo y comunismo. Solo entre extranjeros que querían imponerles su voluntad y su determinación de impedirlo. Entre ocupación y liberación. Entre intereses geopolíticos y la resistencia a ser sometidos en su nombre. Las dos grandes potencias del siglo XX no alcanzaron a entender que todo su poder militar no serviría de nada frente a la dignidad de los pueblos ocupados. Fueron derrotados, aunque hoy podemos decir con seguridad que la lección no fue aprendida. Los países que importan han seguido intentando moldear a su gusto el destino de aquellos que no importan. Los soviéticos se marcharon de Afganistán. Llegaron los pakistaníes y sus talibanes. Después los estadounidenses. La historia, dando vueltas sobre sí misma. Los pacientes de Mareston tienen razón: solo un loco pensaría que la guerra ha terminado.

Cuando la bruma de un conflicto empieza a disiparse, o al menos lo parece, Lalita Thongngamkan enciende su propio fuego en una cocina destartalada, pone unas cuantas mesas en un salón improvisado y cuelga el cartel de «abierto». Los rollitos de primavera son su especialidad; la guerra su plato fuerte. Allí donde hay conflicto, genocidio o revuelta, esta madre divorciada de 53 años acude para montar su restaurante de comida tailandesa. Lo ha instalado en Camboya, Somalia, Ruanda, Timor Oriental, Kosovo y ahora en Kabul, hasta donde hace traer gambas frescas desde Dubai para servir la mejor sopa Tom Yum fuera de Tailandia.

—El secreto está en seguir a la ONU —dice Lalita resumiendo su plan de negocio, que incluye un centro de masajes en el sótano del hotel Intercontinental—. Sus empleados ganan mucho dinero y no tienen dónde gastarlo.

La operación militar estadounidense en respuesta a los atentados del 11-S ha tumbado al régimen talibán y ha puesto en marcha una ocupación que

va a durar más de una década y tiene entre sus objetivos la reconstrucción de Afganistán. La cocinera tailandesa no tiene problema en admitirlo: es una gran ocasión para los buitres de la guerra, ese ejército de *ofrecelotodo* que desciende sobre las ruinas de un país para ver si puede sacar algún partido. Entre los que han llegado hay cientos de exiliados afganos que regresan a una patria que no han pisado durante dos décadas. Traen capital, compran negocios y esperan hacer fortuna, pero son vistos con resentimiento por los que se quedaron.

—Se marcharon cuando las cosas se pusieron feas y vuelven en cuanto parece que van a mejorar, pero nosotros hemos pasado los bombardeos y los inviernos duros —protestan los locales.

También se han instalado en Kabul los ex soldados, matones jubilados y pistoleros de gatillo fácil que trabajan para empresas de seguridad privada. Antes se les llamaba mercenarios: estos días reciben títulos políticamente más correctos como «asesores para zonas en conflicto» o «consultores de riesgo». Los soldados regulares están muy ocupados persiguiendo a los malos, así que instituciones, empresas y Gobiernos delegan en tipos duros los asuntos más engorrosos de la ocupación. Luego están las empresas de catering para las bases, los distribuidores de alcohol en un país donde ha estado prohibido, quienes importan coches y por supuesto los cientos de funcionarios bien pagados que llenan el restaurante de Lalita.

Los extranjeros alquilan casas en los mejores barrios, montan fiestas privadas y beben buen vino en L'Atmosphere, donde camareros locales ofrecen la mejor carta de licores europeos tras muros de hormigón y bajo la protección de hombres armados con AK-47. El nombre del local no es casualidad: la idea es precisamente crear una atmósfera en la que los clientes puedan olvidar que están en un país en guerra. Pasas el control de seguridad, el detector de metales y los registros y ¡magia! Te encuentras una terraza con jardín, mesas alumbradas con velas y cócteles con nombres tropicales. Estás en Kabul, pero podría ser París. Unas copas de vino y es posible olvidar a los talibanes que gustosamente volarían este lugar por los aires, ignorar el sonido de la ráfaga de metrallera que se escucha ocasionalmente a lo lejos o distanciarse de la noticia del coche bomba que dos días antes masacró a decenas de afganos en un mercado. Todo parece un juego: los occidentales quieren olvidar que están en Kabul y los talibanes hacen todo lo posible por recordárselo. Los primeros levantan cada vez muros más altos, ponen más soldados a las puertas de sus oasis y

contratan más «consultores de riesgo», distanciándose gradualmente de los afganos a los que supuestamente han venido a ayudar. Líderes políticos aseguran desde la seguridad de sus despachos, a miles de kilómetros, que en Afganistán tiene lugar una misión humanitaria. Cada poco tiempo uno de esos dirigentes coge el avión oficial, se planta en Afganistán, les dice a los soldados que se juegan la vida que efectivamente aquello no es la guerra y se vuelven rápidamente a casa, no vaya a serlo. Las bombas, las balas y los accidentes en el frente han matado o mutilado a soldados de 27 países en estos años, decenas de miles de civiles han perdido la vida, pero los políticos que envían a su juventud a pelear a Afganistán insisten en llamarlo «reconstrucción», «desarrollo», «formación de tropas locales» y una larga lista de eufemismos para evitar la palabra maldita. GUERRA. No saben cómo es una. Qué aspecto tiene el frente o una aldea después de un bombardeo. Cómo es la mirada del joven soldado al que acaban de disparar y sabe que todo se acaba para él. Han mandado a miles de sus compatriotas a luchar en la no guerra. Y si no hay guerra, ¿cómo podrían perderla?

A los soldados españoles destinados en Camp Arena, en Herat, les han pedido que mantengan un equilibrio complejo: que combatan sin que se note y, sobre todo, sin dejarse matar. Los políticos temen que los heridos y los muertos recuerden a los votantes la realidad. Los militares disparan, y a ellos les disparan, pero un tipo encorbatado, desde la otra punta del mundo, dice que aquello no es lo que parece.

Llamo a un capitán de la base y le digo que estoy en Afganistán y que me gustaría visitar a las tropas, como he hecho en otras ocasiones.

—¿Sería posible visitar el campamento?

—¿Para qué?

—Me gustaría informar de la misión a los contribuyentes que la pagan.

—Es que no es buen momento.

—Ah, ¿no?

—Te lo digo *off the record*. En breve tenemos elecciones en España y hay orden de que no se deje entrar a la prensa. El Gobierno no quiere que se hable de que estamos aquí.

—No quiere que se diga que estamos participando en una guerra.

—Misión humanitaria.

—Una jodida guerra.

—*¿Off the record?* Sí, una jodida guerra.

Apenas han pasado unos días desde la conversación cuando una mina explota al paso de varios soldados que viajan en un blindado. Mueren los caballeros legionarios Germán Pérez Burgos y Stanley Mera Vera, y el intérprete afgano Rohulah Mosavi. Rubén López y Julio Alonso Sanjuán han sobrevivido. El primero ha perdido una pierna. El segundo, un pie. Vuelven a casa mutilados. Pasan los meses y el Gobierno organiza un homenaje a los soldados que sirven en el extranjero en el Cuartel de Paracuellos de Madrid. Se ha convocado a la prensa. Los políticos van a repartir medallas. Cuando les llega el turno a Rubén y Julio, les conducen a un patio trasero y les cuelgan la medalla lejos de los focos. Solo pueden desfilar los héroes enteros. ¿Acaso no os lo han dicho? No hay guerra en Afganistán. Y si no hay guerra, ¿cómo puede haber heridos?

La base española en Herat queda cerca del psiquiátrico de Marestoon. El director del centro, Bashir Ahmed, pregunta si puedo hacer una donación. Los escasos fondos del Gobierno no llegan para la comida o la ropa de los internos, mucho menos para las medicinas que podrían ayudar a la mayoría de los pacientes a llevar una vida normal. Ahmed acaba de dejar marchar a 200 internos:

—¿Se habían curado?

—No, lo hicimos para poder mantener al resto.

—¿Cuántos quedan?

—90.

—¿Dio de alta a los que estaban menos enfermos?

—No, a los menos peligrosos.

—Y, ¿cómo se hizo para distinguir a los peligrosos de los más peligrosos?

—Tenemos pacientes que se hacen daño a sí mismos y otros que entran dentro del grupo de los que pueden hacer daño a otras personas. Dejamos marchar a los primeros.

La mayoría de los internos yace inmóvil junto a los muros del centro. Abdul da vueltas alrededor del patio parándose cada pocos metros para hacer un saludo militar; Mohamed está grabando su nombre en la pared —

utiliza las uñas— y Nasardin agoniza en la celda en la que ha vivido recluido desde que llegó hace tres años. Hasan Jawad, un paciente espigado que chapurrea inglés, es el autonombado comandante. Asegura que fue piloto de caza y que mató a cientos de talibanes durante la guerra civil. Ordena a un grupo de pacientes que formen, sin lograr que le presten atención. No se desanima:

—¡Formen, formen!

Bhulam Sakhi hace una señal desde su celda para que me acerque. Asegura que en su juventud fue boxeador. Que luchó por la liberación de su país y que tras la amputación de su pierna fue abandonado. Vagó por las calles de Herat, mendigando en los mercados.

—Me trajeron aquí sin decirme qué he hecho —dice sollozando—. Por favor, dígame que me dejen marchar. Tengo que ir al frente. Seré bueno.

—Bhulam, atacaste a un guardia, ¿no lo recuerdas? —dice el director.

—¡No lo volveré a hacer! ¡Juro que no lo volveré a hacer!

Cuesta observar a Bhulam Sakhi y no ver en él un reflejo del Afganistán roto por décadas de guerra. Unos y otros, colonizadores y muyahidines, con sus conquistas y sus intereses, sus juegos y ambiciones, habían desquiciado el país hasta convertirlo en este lugar donde los héroes permanecen en psiquiátricos y los cobardes en los ministerios de Kabul; donde las mujeres violadas son encerradas en prisión y los violadores dan sermones en las mezquitas; donde los hombres dicen matar por honor y terminan haciéndolo en nombre de las tradiciones que lo pisotean; donde los vencedores son los vencidos y los vencidos, a menudo, pasan por vencedores; y donde un loco de Mareestoon puede afirmar, sin temor a equivocarse, que es más allá de los muros de su encierro donde el mundo ha perdido el juicio.

## No amanece: la paz

He mandado al periódico los retratos de los supervivientes de Hiroshima que he entrevistado para el 60 aniversario del ataque nuclear. En la redacción no están contentos con el resultado:

—Creo que las tomaste desde demasiado cerca. Los rostros salen algo deformados.

—¿Los rostros están deformados? Quizá es porque esta gente ha sobrevivido a un ataque nuclear [admisión: es cierto, las tomé desde demasiado cerca].

*Etsuko Kanemitsu: Me encontraba a 1,4 kilómetros del lugar donde cayó la bomba. Miré hacia arriba y una luz cegadora me quemó el rostro. Una gran fuerza me empujó varios metros y caí al suelo del patio del instituto donde estudiaba. Tenía 14 años. Caí de frente y al levantarme pude comprobar que mi pecho y la parte delantera de mi cuerpo, salvo el rostro, estaban intactos. Pero toda la ropa había desaparecido de la parte trasera de mi cuerpo y la piel de mi espalda ya no estaba. Miré a mi alrededor: todo lo que había estado ahí unos segundos antes había desaparecido, incluidas las compañeras que formaban en el patio junto a mí. Me llevé las manos a la cabeza y no tenía cabello, solo carne quemada. «¿Dónde estoy?», me pregunté. Solo sobrevivimos cuatro de las 50 estudiantes que estábamos fuera de las aulas en el momento de la explosión. No recuerdo cómo llegué a casa. Mi madre consiguió un médico, pero él dijo que no tenía muchas posibilidades de salir adelante con vida y que debía esforzarse en salvar a otros heridos menos graves. Mi madre no quiso escucharle y le suplicó: «Póngale aceite en el rostro, es una chica y necesita que la puedan mirar a la cara o no tendrá ningún futuro». El dolor*

*que sentía era insoportable y tardé varios meses en recuperarme. A mi hermana nunca la encontramos y fue dada por muerta. Cuando tenía 27 años me casé con un hombre que también había sobrevivido a la bomba. Los dos hemos pasado estos 60 años con graves enfermedades, pero no somos fáciles de liquidar. Hemos desafiado a la muerte.*

El *Enola Gay* despegó el 6 de agosto de 1945 desde la isla de Titian, en el Pacífico, y minutos después dibujaba una estela blanca sobre el cielo azul de Hiroshima. No había una sola nube sobre la ciudad y la silueta del avión podía distinguirse a simple vista. Las sirenas que poco antes habían alertado de un bombardeo inminente habían callado. Los radares habían detectado el pequeño escuadrón de tres aviones enemigos, pero las autoridades locales no vieron amenaza alguna. ¿Qué podían hacer tres simples aviones contra las baterías del invencible Imperio del Japón? Las compuertas se abrieron cuando el B-29 sobrevolaba el centro de la ciudad y 40 segundos después la bomba atómica hizo explosión. Eran las 8:15. La detonación fue seguida por un gran destello de luz, un golpe de calor que elevó la temperatura a 10.000 grados centígrados y vientos de más de 1.000 kilómetros por hora. Una bola de fuego de casi dos kilómetros de altura y cientos de metros de ancho arrasó la ciudad, súbitamente reducida a cenizas. La oscuridad se hizo sobre Hiroshima y, en la penumbra, las sombras de las víctimas quedaron marcadas sobre los muros de los pocos edificios que quedaban en pie.

*Hiroko Hatakeyama: El día que cayó la bomba me encontraba en el colegio de primaria Nagatsuka, situado en una zona relativamente poco afectada. Había cumplido seis años. Nuestra casa estaba situada en la autopista de salida de la ciudad y una muchedumbre trataba de huir por la carretera con el cuerpo abrasado, muchos de ellos completamente desnudos y sedientos. «Agua, agua», pedían. Nuestra casa se llenó de heridos y muchos murieron en el salón. Por el día tratábamos a los afectados con aceite, intentando calmar sus quemaduras, y por la noche quemábamos los cadáveres de los muertos junto al río. Mi hermano llegó moribundo tres días después. Tenía la boca negra y la piel quemada. El dolor era tan*

*intenso que no podíamos siquiera tocarle. Murió en brazos de mi madre y marchamos a enterrarlo cuando empezó a llover. No sabíamos que era lluvia radiactiva y durante días dejamos que nos mojara. El barrio no había sido golpeado directamente por la bomba, pero por alguna razón fue el más afectado por la «luvia negra» posterior. Empezamos a enfermar. Durante muchos años traté de ocultar que era una víctima del ataque nuclear: supongo que tenía miedo a ser rechazada. Ni siquiera mi hija lo supo hasta que la aparición de un cáncer y mis posteriores problemas de salud hicieron imposible esconder la verdad por más tiempo. Me casé y tuve una hija que nació completamente sana a pesar de mis temores. Nunca imaginé que el problema vendría más tarde, cuando nació mi primer nieto. Sufrió graves deformaciones y me sentí culpable. Después vino el segundo, también con problemas, y el mundo se derrumbó para mí.*

Más de 140.000 personas murieron aquel 6 de agosto en Hiroshima y 80.000 más lo harían en Nagasaki. Pero ¿de qué moría la gente? Los japoneses solo empezaron a comprender lo que había ocurrido cuando el presidente estadounidense Harry Truman anunció 16 horas después el «éxito» de la primera detonación atómica sobre una población civil. Todavía hoy, en la psicología estadounidense, en los políticos y una parte importante de la población, el ataque nuclear es visto como una simple acción de guerra. Heroica. Hace muchos años asistí a una exhibición del *Enola Gay* en Washington. Me llamó la atención que los visitantes se mostraran orgullosos de aquel avión y lo que representaba. La muestra incluía fotografías con gesto orgulloso de los participantes en la misión. Acababan de matar a decenas de miles de civiles. ¿Por qué sonreían?

*Atsumo Kubo: En tiempo de guerra, todo el mundo, incluidos los estudiantes, teníamos que trabajar en las fábricas estatales para ayudar en el tremendo esfuerzo bélico. A mí me destinaron en una planta de fabricación de armas. Había empezado a trabajar a las siete de la mañana y en el momento de la detonación estaba destapando la maquinaria que teníamos en el patio. La fábrica se derrumbó y quedé atrapado. Había sufrido quemaduras y no podía mover las extremidades. Vi unos puntos de*

*luz entre los escombros y me arrastré hasta que pude encontrar una salida. La oscuridad no me permitía ver nada a mi alrededor, solo escuchar los gritos de personas que se movían como fantasmas. Empecé a caminar junto a otros dos supervivientes hacia la montaña Ogon, en las afueras de la ciudad, en un intento de alejarnos de los lugares más afectados por la radiactividad. Encontramos refugio en un cuartel que todavía mantenía uno de sus edificios en pie. Los heridos llegaban pero no había nadie para atenderlos ni medicinas y gritaban de dolor hasta que morían. Alguien trató de quitarme la camisa quemada, pero al hacerlo la piel se pegó a ella y mi brazo quedó en carne viva. Me pusieron aceite —era lo único que había— y hasta dos días más tarde no me pudo ver ningún médico. Cuando llegaron los soldados norteamericanos, instalaron hospitales de campaña, pero muy pronto descubrimos que no habían venido a tratar nuestras heridas, sino a estudiarlas. Querían saber qué efectos habían provocado con su bomba y nos convertimos en sus cobayas humanas. Recuerdo la humillación de aquella situación como si el tiempo se hubiera detenido, todavía puedo sentirla.*

Quise viajar a Hiroshima después de leer una noticia breve en el periódico. Contaba que los últimos *hibakusha*, o víctimas nucleares, se estaban muriendo, llevándose a la tumba los únicos testimonios directos del ataque nuclear. Muy pronto, no quedaría nadie que pudiera relatar en primera persona lo que había sucedido. Había leído a menudo versiones de la historia según las cuales las bombas atómicas habían sido un mal necesario. El Japón imperial había invadido a las naciones del Pacífico, violado a sus mujeres y explotado a sus hombres. Eran los responsables del ataque sobre Pearl Harbour, la matanza de Nankín, la ocupación de países desde Filipinas a Birmania. Las bombas habían servido para salvar vidas y poner fin a la II Guerra Mundial, evitando una dolorosa invasión terrestre. No fue hasta que estaba preparando el viaje a Japón que empecé a prestar más atención a la versión de los perdedores, rara vez tenida en cuenta a la hora de escribir la historia. Afirmaba que los ataques nucleares fueron innecesarios porque los aliados tenían ganada la guerra y Japón se encontraba de rodillas. Su rendición era cuestión de tiempo. El verdadero motivo que habría llevado a Washington a arrojar las bombas atómicas había que buscarlo en ese mundo

que estaba empezando a emerger, dividido en dos bloques enfrentados entre comunismo y capitalismo. Las fronteras de la posguerra todavía se estaban estableciendo y, en ese reparto, lo que ocurriera en Japón era clave. Los soviéticos querían ampliar su imperio hacia el Extremo Oriente y, para impedirlo, Truman necesitaba terminar la guerra en el Pacífico cuanto antes. El Ejército Rojo avanzaba y los dirigentes japoneses, reunidos en un búnker en el palacio imperial, no se decidían a rendirse. Querían salvar el sistema imperial, aunque costara miles de vidas más.

Era difícil decir cuál de las dos teorías se acercaba más a la verdad. Probablemente ambas tenían parte de razón. Lo cierto es que, en un conflicto que contaba sus muertos en millones, los civiles habían dejado de ser tenidos en cuenta. En los documentos de la época que recogen las discusiones sobre el lanzamiento de las bombas atómicas no hay referencias a las personas. Los cálculos eran de poder. Albert Camus lo escribió por entonces en *Combat*, la revista que dirigía: «Los diarios norteamericanos, ingleses y franceses se explayan en elegantes disertaciones sobre el porvenir, el pasado, los inventores, el costo, la vocación pacífica y los efectos bélicos, las consecuencias políticas y hasta el carácter independiente de la bomba atómica. Nosotros resumiremos con una frase: la civilización mecánica acaba de alcanzar su último grado de salvajismo».

*Kazuko Tarui: El día que cayó la bomba nuclear me encontraba feliz. Días antes había encontrado un trabajo como enfermera en la consulta de un dentista y había empezado a realizarle una limpieza dental al primer cliente de la mañana. Escuché un gran estruendo y bajé rápidamente las escaleras. Abrí la puerta del portal y no recuerdo nada de lo que pasó en los siguientes 20 minutos. Cuando recuperé la consciencia solo veía gente desfigurada y con partes del cuerpo desgarradas, caminando sin rumbo por la calle. Me presenté en el Hospital de la Prefectura, donde había estudiado enfermería, y empecé a asistir a los heridos. No teníamos suficiente sitio para poner a los muertos que llegaban en los camiones del Ejército y mi cometido durante los primeros 10 días se limitó a rociar los cuerpos con gasolina y quemarlos para evitar enfermedades y la propagación de epidemias. La inhalación de los humos me ha provocado desde entonces molestos problemas respiratorios. Los pocos ratos libres los*

*aprovechábamos para ir a buscar agua. Dos meses después, exhausta, caí enferma y me dejaron marchar a mi pueblo natal, a 70 kilómetros de Hiroshima. Un año después me volvieron a llamar y me reincorporé al hospital para ayudar a las víctimas. He vivido, día a día, hasta mi jubilación, el horror de lo que ocurrió, atendiendo a quienes iban enfermando con cánceres terribles, viendo nacer a niños con malformaciones y reviviéndolo todo como una pesadilla sin fin. Mi vida ha sido la bomba nuclear. Tuve pretendientes, pero siempre temí darles hijos que no fueran sanos. Quiero que la gente sepa que la bomba solo fue el comienzo de la desgracia para miles de japoneses y que después vivimos una larga agonía.*

Ahora que los últimos supervivientes de Hiroshima se estaban muriendo, que sus voces se iban apagando, las nuevas generaciones no podrían escuchar lo que tenían que decir. Si todo pasaba a ser explicado por estadistas, historiadores y políticos, si lo despojábamos de las personas, haciendo lo posible por olvidar los momentos en que habíamos cruzado la frontera interior que nos separa de lo peor de nosotros, ¿no estábamos condenados a repetirlos, una y otra vez? Sentía la urgencia de encontrar al mayor número de *hibakusha* que pudiera. Quería llenar un bloc de notas tras otro con sus testimonios. Anotar todas sus memorias sobre el día que no amaneció. Y según lo iba haciendo, con cada entrevista, mi remordimiento aumentaba. Era una sensación extraña, porque yo no había nacido cuando se lanzó la bomba y no era ni estadounidense ni japonés, así que no podía considerarme ni remotamente responsable de lo ocurrido. Pero al igual que me sucedía cuando visitaba la cárcel S-21 en Camboya o cubría una guerra, no conseguía distanciarme del todo de quienes sí habían participado directamente. Por mucho que me esforzara, no podía verles como simples «monstruos» o «animales». Eran personas, como yo.

Mientras recorría el Museo de la Paz de Hiroshima, deteniéndome en las imágenes de las ruinas y la agonía de los supervivientes, me sentía cada vez más incómodo en mi piel, y bastaba mirar a quienes me rodeaban para saber que les pasaba algo parecido. Al salir me encontré a un anciano sollozando. Me acerqué a ver qué le pasaba. Era un veterano estadounidense de la II Guerra Mundial, que había venido acompañado por su mujer.

—¿Cómo pudimos? —repetía—. ¿Cómo pudimos?  
A su alrededor, varios japoneses trataban de consolarle.

# Calles

# La plaza

No sabemos su nombre. No hemos visto su rostro. Tampoco hemos escuchado su voz. Lo que sí sabemos: durante tres minutos se enfrentó, desarmado y sin ayuda, a una columna de tanques chinos, dejando para la historia la imagen que desde entonces ha inspirado las ansias de libertad de pueblos de todo el mundo. Si alguien me preguntara por la exclusiva que querría escribir antes de que me jubilen, sería la suya. Encontrar al rebelde desconocido y preguntarle: ¿qué te hizo pensar que podrías parar al mayor Ejército del mundo, tú solo? ¿Eras consciente de que con tu gesto estabas protegiendo la dignidad del pueblo chino cuando más estaba siendo pisoteada? ¿Que se te sigue recordando y admirando?

Unos dicen que se llamaba Wang Weilin y que era un joven estudiante de 19 años. Otros que era un campesino recién llegado de un pueblo del norte. ¿Un trabajador de una fábrica cercana? Sinólogos, investigadores y reporteros han buscado detalles, han hablado con testigos e investigado en los archivos oficiales hasta llegar a conclusiones dispares. Fue encarcelado. Escapó y vive en el anonimato de la China rural. Murió de un disparo en la nuca, el precio a pagar por quienes desafían la tiranía.

Sábado, madrugada del 4 de junio de 1989. Alguien ha dado orden de apagar los focos que iluminan Tiananmen. En su inmensidad, la plaza es uno de esos lugares que te hace sentir minúsculo. Un millón de guardias rojos no logró llenarla cuando Mao Zedong lanzó su Revolución Cultural en 1966. Ese mismo pavimento lo cubren ahora los hijos de la revolución que llevó a los comunistas al poder en China. Cuando la luz regresa, los estudiantes pueden ver con claridad a lo que se enfrentan. Filas interminables de tanques se han posicionado frente a ellos. Los estudiantes

rompen el tenso silencio entonando «La Internacional» y discutiendo acaloradamente sobre si deben sacrificarse o rendirse. Algunos arrancan hojas de sus cuadernos y escriben su última voluntad.

—¿Por qué nos queréis matar? —preguntan—. No llevamos armas.

Todo dictador se enfrenta, tarde o temprano, a la encrucijada entre permanecer en el poder o disparar a su gente. Para el Partido Comunista Chino (PCCh), Tiananmen es ese momento. El descontento social se ha apoderado del país; la inflación es de dos dígitos y la corrupción, rampante. El régimen que había llegado al poder cuatro décadas antes prometiendo crear la sociedad más igualitaria del mundo está sentando las bases de una de las más desiguales. Sus líderes, confinados en la misma burbuja que aisló a los emperadores celestiales durante las dinastías, no alcanzan a comprender por qué han perdido el favor del pueblo. La muerte del líder reformista Hu Yaobang, el 15 de abril de 1989, recuerda a los estudiantes que las cosas podrían haber sido muy diferentes. Mejores. Las muestras de condolencia se tornan en protestas y las protestas en un movimiento que se extiende por las principales ciudades del país. El Gobierno, contra las cuerdas, tiene que decidir: ¿ceder el poder o disparar?

Los soldados que durante días se han ido concentrando en las afueras de Pekín reciben finalmente instrucciones de desalojar las calles por la fuerza la noche del 3 de junio. Algunos generales, como el comandante Xu Qianxian, del 38º batallón, se niegan a marchar sobre Pekín. La mayoría de los mandos cumple las órdenes.

Las primeras víctimas, acribilladas a balazos, mueren tratando de frenar el avance de los tanques en lugares como la avenida de Fuxingmen. Los hospitales no pueden atender a todos los heridos que llegan. Fang Zheng trata de regresar a la Universidad de Deportes de Pekín cuando pierde el contacto con la amiga que le acompañaba. Al mirar atrás, ve que está a punto de ser arrollada por un tanque. Vuelve sobre sus pasos y logra apartarla a tiempo, pero para él es tarde: el tanque pasa por encima de sus piernas. En sus sueños de hospital, bajo los efectos de la morfina, Fang se sigue viendo como el prometedor atleta universitario destinado a ganar una medalla olímpica en lanzamiento de jabalina. Puede escuchar el himno nacional y las ovaciones del público. Recibe las felicitaciones de los líderes del país. Al despertar, le dicen que nada de ello será posible:

—No volverás a caminar.

Cinco meses después, Fang Zhen está entrenando de nuevo, sobre una silla de ruedas. Gana los campeonatos nacionales para discapacitados, es seleccionado por el equipo paraolímpico y se dispone a participar en los Juegos de Atlanta de 1996. Una competición más, es todo lo que necesita. Pero cuando va a entrar en la pista, funcionarios de la Oficina Pública de Seguridad se acercan a él para comunicarle que no puede hacerlo. Es arrestado y enviado a casa. Han descubierto que no perdió las piernas en un accidente de coche.

—¡Solo soy un atleta! ¡Solo soy un atleta! —grita mientras se lo llevan, su sueño aplastado por segunda vez.

Lu Xun dejó escrito que las mentiras escritas en tinta no pueden borrar los hechos escritos con sangre, pero nadie dijo que no se pudiera intentar. El régimen chino impide que lo sucedido en Tiananmen manche los libros de historia. Los medios de comunicación no mencionan lo sucedido o lo hacen describiendo un «incidente» entre fuerzas del orden y delincuentes. Los padres de las víctimas no pueden visitar los cementerios de sus hijos muertos o lo hacen bajo la estrecha vigilancia de la policía. Los supervivientes deben ocultar cómo quedaron tuertos o postrados en una silla de ruedas. Se les despiden de sus trabajos públicos, se les margina socialmente y se les intenta anular como personas. Si Tiananmen no ha sucedido, ¿cómo puede nadie haber perdido las piernas bajo un tanque? Si alguien no existe, ¿cómo puede ganar una medalla paraolímpica? El partido afirma: Fang Zheng no ha resultado herido en una protesta, los muertos no han muerto, ningún rebelde desconocido puede detener, ni siquiera por tres minutos, al invencible Ejército de Liberación Popular.

5 de junio de 1989. Durante la noche los tanques han terminado de aplastar la revuelta. Las tropas han recuperado el control de la capital. La operación continúa para acabar con los últimos focos de resistencia, limpiando cada calle y llevándose a los sospechosos en redadas que continuarán durante días, meses, años. Tanques T-59 avanzan por la avenida de la Paz Eterna de Pekín cuando un hombre de aspecto sencillo se propone detenerlos. Solo. Viste camisa blanca y pantalones negros y lleva una bolsa en cada mano,

como si regresara de la compra. El rugido de los blindados hace que los demás peatones se hagan a un lado, pero él se planta frente a las máquinas y las obliga a frenar. Un primer tanque trata de esquivarlo, pero el manifestante solitario se desplaza a un lado y vuelve a bloquear su paso. Se sube encima, llama al portón y le dice algo al conductor.

—¿Por qué disparáis contra vuestro pueblo?

Baja del tanque y los soldados vuelven a arrancar los motores. Una vez más, el héroe anónimo se planta frente a ellos. Esboza un gesto con la mano:

—¡Dad media vuelta!

El fotógrafo Jeff Widener capta la imagen desde la quinta planta del Hotel Beijing, a unos 800 metros de distancia. Varias televisiones graban la escena desde los balcones de sus habitaciones. Se ve a varias personas apartándole del camino y llevándose. ¿Se trata de policías arrestándole o ciudadanos que tratan de salvarle? ¿Fue llevado a una sala de interrogatorio o se perdió entre la multitud? Un año después del fallido intento de revolución en Pekín, la periodista estadounidense Barbara Walters pregunta por el *hombre tanque* al entonces presidente chino Jiang Zemin. Es la primera y única vez en que uno de los más altos cargos del régimen se refiere a él.

—¿Qué le ocurrió al joven [que bloqueó los tanques]?

—Creo que quizá el tanque no mató a este joven.

—¿Desconoce entonces que le pasó?

—... Creo que no murió.

¿Es posible que, en un país donde las imágenes de la masacre han permanecido prohibidas, su protagonista ignore que fue fotografiado y que es un icono internacional? ¿Que volviera a sus asuntos sin más? ¿Que guarde el secreto de su identidad y que haya que esperar a que China sea completamente libre para saber quién es? Si es así, quizá un día podamos preguntarle qué le hizo pensar que podía, él solo, frenar al mayor Ejército del mundo.

—Tanques contra personas —respondería tal vez—. Parece un enfrentamiento desigual y lo es. Siempre terminan ganando las personas, aunque a veces lleve mucho tiempo darse cuenta.

# Avenida de la Compasión

Parece apenas un niño, con su cabeza afeitada y su cuerpo enclenque envuelto en la túnica azafrán que ha dado nombre a la revolución. Se levanta del suelo ensangrentado, golpeado por la culata de un rifle, recoge sus gafas rotas y, desorientado, pregunta:

—¿Quién va a ayudarnos? ¿Por qué nadie viene a ayudarnos?

No respondo, porque toca correr para esquivar las balas. Y porque tampoco sabría qué decirle. Nadie va a venir a ayudarles.

Unas horas antes me ha despertado el murmullo de un pequeño grupo de manifestantes concentrados frente a mi hotel de Rangún. Primero eran una veintena. Al rato cientos. Poco después miles. Ha ocurrido: dos décadas después de que su lucha por la libertad fuera aplastada en estas mismas calles, los birmanos vuelven a desafiar a los generales. Viéndolos levantarse contra el opresor, dejando atrás el miedo que les ha atenazado, tengo que hacer un esfuerzo por recordar que he venido a cubrir la revuelta, no a unirme a ella. Mi objetividad periodística ha quedado reducida a esto: por las noches sueño que su alzamiento triunfa.

El paso a la pagoda Sule ha sido bloqueado por las fuerzas de seguridad. Los manifestantes se sientan frente a ellos. En primera fila los monjes que lideran la protesta. Detrás de ellos los estudiantes y comerciantes, las amas de casa y desempleados. Los monjes cantan sus mantras, queman incienso y silencian con miradas de reprobación a los jóvenes que insultan a las fuerzas del (des) orden. Quieren que la suya sea una revolución pacífica. Silenciosa. No tienen intención de paralizar la ciudad como los estudiantes de Tiananmen del 89 ni piden la guillotina para el rey, como en la revuelta que meses antes he cubierto en Nepal. Están pacíficamente sentados en la avenida que lleva a la pagoda de la Compasión, sin saber que muy pronto no van a recibir ninguna.

No hay apenas periodistas cubriendo la protesta. El régimen ha denegado visados a la mayoría salvo a la decena que con fortuna o engaños, casi siempre una mezcla de ambos, hemos conseguido colarnos en el país. A mi lado hay un japonés tomando fotografías. Con sus bermudas y sus sandalias, la cámara colgada del cuello, lo confundo con un turista. En realidad es el reportero Kenji Nagai y dentro de tres minutos yacerá muerto sobre el asfalto junto a decenas de manifestantes.

Una ligera llovizna empieza a caer sobre Rangún. Cruzo al otro lado de la calzada para protegerme bajo un árbol y Kenji Nagai se queda en el lado izquierdo. De repente, el rugido ensordecedor de los motores. Varios camiones atraviesan la avenida, obligando a la muchedumbre a hacerse a un lado para no ser atropellada. Se abren las portezuelas traseras y soldados del 77 Batallón del Ejército birmano se bajan de los vehículos, toman posiciones y comienzan a disparar. Todo el mundo corre. En todas direcciones. Yo también lo hago, sin poner mucho empeño. Conozco la brutalidad del régimen y he leído testimonios sobre la revuelta del 88, cuando los militares masacraron a manifestantes desarmados en este mismo lugar. Y, sin embargo, no termino de creer que estén disparando a matar. ¿A gente que simplemente se sienta en el asfalto, desarmada y sin presentar ninguna amenaza? ¿Contra manifestantes que no han arrojado una piedra y que tras ser regañados por los monjes ya ni siquiera alzan la voz? Dos jóvenes pasan a mi lado llevando en volandas a una chica. Tiene el pecho cubierto de sangre, la cabeza echada hacia atrás y la mirada vacía. Corro, ahora sí, todo lo que puedo. Más de lo que he corrido nunca. Los soldados, detrás de mí, siguen disparando. Kenji Nagai trata de escapar por el lado opuesto de la calle. Tropieza. Un soldado se acerca hasta él y le apunta. El reportero hace ademán de decir algo, alzando su cámara:

—No dispare, soy periodista.

Una bala atraviesa su corazón.

Los militares avanzan golpeando sus escudos. Un momento de estupidez: apunto mi cámara hacia ellos. Un comandante me señala y varios de sus hombres corren hacia mí. Alcanzo la entrada del Hotel Traders, pero los empleados me niegan la entrada a través de la cristalera. Saco la tarjeta de mi habitación y la pego al cristal:

—¡Soy un huésped! ¡Soy un huésped!

La puerta se abre y corro escaleras arriba, con los militares persiguiéndome detrás. Durante unos minutos puedo escucharles, oculto,

mientras me buscan. Cuando se han marchado, regreso a la calle. Apenas han pasado 10 minutos, pero Birmania es otra: la gente que antes animaba a los manifestantes desde los balcones ha desaparecido, las ventanas permanecen cerradas y las calles están desiertas. Los vendedores de puestos han cerrado. El miedo ha vuelto. ¿Es posible que los generales hayan vuelto a ganar? Un centenar de manifestantes se ha reagrupado y vuelve a cantar consignas en favor de la democracia, portando carteles con los retratos de Aung San Suu Kyi, la líder de la oposición en la que los birmanos han depositado todas sus esperanzas de libertad. Quieren mantener viva la revuelta. Durante horas son cercados y abatidos por los soldados en las bocacalles, puentes y parques. Algunos buscan refugio en lo alto de las azoteas, desde donde otean el Rangún colonial y decadente. Bajan de vez en cuando para lanzar consignas revolucionarias —«¡Liberad a nuestros monjes!», «¡Abajo los asesinos del pueblo!»— y esquivan las balas antes de volver a los tejados. No quieren aceptar que el sueño ha muerto. Otra vez.

Dicen que fue su astrólogo personal quien recomendó al general Than Shwe trasladar la capital de país a Naypyidaw, en mitad de la jungla. Sabes que has llegado a la «Ciudad de los Reyes» porque la carretera bacheada y a medio asfaltar por la que conducías se convierte sin previo aviso en una imponente autopista de ocho carriles. No hay rastro de los coches para los que supuestamente fue construida. En su lugar, la calzada la ocupan un ejército de barrenderas que se esmeran en la fútil tarea de sacar el polvo a cada centímetro de pavimento. Una recta interminable flanqueada por pancartas con mensajes totalitarios lleva hasta una ciudad búnker construida a prueba de bombardeos aéreos y protegida simbólicamente por tres gigantescas estatuas de los antiguos monarcas birmanos Anawrahta, Bayinnaung y Alaungpaya. Es aquí, aislado del resto del país y rodeado de lujos, desde donde Than Shwe ha dado la orden de aplastar la revolución del azafrán y terminar con las aspiraciones democráticas de su gente. El dictador parece haber asumido el papel de los antiguos reyes de Bagan. Acumula riquezas. Ordena levantar suntuosas pagodas convencido de que con ellas compensará el mal karma acumulado, garantizándose una reencarnación generosa. Y se hace rodear de adivinos que le previenen de las amenazas contra su reinado.

La nueva capital es, tres años después de su inauguración, un lugar a medio terminar. Es la única del mundo sin conexiones de vuelos internacionales ni cobertura de telefonía móvil. No hay un solo cine y las recién estrenadas páginas amarillas solo ofrecen los números de teléfono de tres restaurantes, cinco hoteles, un concesionario de coches, cuatro sucursales bancarias y tres tiendas, incluida una con el sugerente nombre de Princess Fashion y un escaparate lleno de ropa de los años 80. Los generales han tratado de darle vida al lugar desde que llegó el primer convoy formado por 1.100 camiones cargados con 11 batallones militares y 11 ministerios, funcionarios y secretarías incluidos. Le siguieron un grupo de monos, varios elefantes y dos tigres blancos traídos desde Rangún. «Secretario Número 1 inaugura el zoo de Naypyidaw», tituló *The New Light of Myanmar*.

Los primeros residentes, casi todos funcionarios, han sido distribuidos en 1.200 bloques pintados en diferentes colores —rosa, azul o verde— según el departamento gubernamental al que pertenecen. Todos los edificios son, color de la fachada aparte, exactamente iguales. Ninguno dispone de línea de teléfono directa y los vecinos deben utilizar un único auricular comunitario instalado en cada portal. El lugar mezcla la uniformidad de las ciudades soviéticas y la falta de alma de las nuevas capitales administrativas, como Islamabad o Brasilia. Los mejores arquitectos birmanos han sido reclutados para construir réplicas de las pagodas más importantes del país y miles de obreros mal pagados —o simplemente esclavizados— trabajan contrarreloj para dar los últimos retoques a rotondas, jardines e infraestructuras. Todo debe estar listo para la celebración del 63 aniversario de la creación del Tatmadaw, las fuerzas armadas del país que los militares llaman Myanmar.

El general Than Shwe, de 75 años, aparece en la limusina descapotable que se ha hecho importar desde Europa —estrena una nueva cada año con motivo de este desfile—, recorre a pie los últimos metros hasta la tarima de oradores entre los «vivas» de sus hombres y se dirige a los presentes con la autoridad de quien no tiene igual.

—Como hijos del pueblo, debemos considerar a los ciudadanos como a nuestros propios padres —dice—. Protegerlos, defenderlos y servirlos.

Escuchándole, pienso que pagaría por meterme en la mente de alguien como él. Saber qué sintió al dar la orden de disparar a los manifestantes de Rangún. Si tuvo alguna duda o remordimiento. Si pensó en las madres de

los que iba a ejecutar. Nada hay en la biografía del comandante supremo del Tatmadaw que explique cómo ha llegado a convertirse en uno de los grandes tiranos de su tiempo. Than Shwe trabajó como cartero en la Birmania colonial, se hizo soldado buscando un futuro mejor para su familia y subió escalafón a escalafón hasta lo más alto, manteniéndose al margen de las conspiraciones que tumbaron a potenciales rivales y sumándose a las que avanzaban sus ambiciones. Quizá es la improbabilidad de su ascenso, la forma en la que alguien de origen humilde ha llegado a lo más alto, lo que le lleva a pensar que todo se debe a un designio divino.

El último rey de Bagan contempla desde el estrado las gigantescas estatuas de esos reyes a los que cree haber emulado, su figura glotona alzándose sobre la metrópolis levantada a los pies de las montañas Pegu Yoa. ¿Había ordenado construir Naypyidaw por indicación de su astrólogo personal, como sostenían algunos de sus biógrafos? ¿Para inscribir por siempre su nombre entre los reyes de Bagan? ¿Para protegerse de la hipotética e improbable invasión estadounidense que tanto le obsesionaba? Viéndole rodeado de sus soldados, insignificante en la inmensidad del búnker donde vivía aislado, era inevitable pensar que el motivo real era el miedo que todo dictador siente hacia su pueblo. Than Shwe sabía que su gente lo despreciaba y debía ser consciente de que tarde o temprano volvería a levantarse contra él. Primero serían unos pocos. Luego cientos. Más tarde miles, marchando en silencio en dirección a la pagoda de la Compasión.

## El fuerte rojo

El reportero no sabe decir que no a una revolución. No conlleva los riesgos personales de la guerra o la desolación del desastre natural. Suele estar rodeada del aura romántica del periodismo clásico, con el desequilibrio de fuerzas y la embriagadora atmósfera del tumulto callejero. Y, si todo termina con final feliz, puedes asistir a la caída de un dictador y el comienzo de algo prometedor para la gente que lo ha padecido. Lo que ya es más difícil es que la revolución te pille a cinco minutos de casa.

Desde la corresponsalía del periódico en Bangkok basta coger el *Skytrain*, pararse en la estación de Nana y pasar junto a uno de los distritos rojos de la ciudad para adentrarse en un alzamiento que promete lo que tantos otros desde que rodaron las cabezas de Luis xvi y María Antonieta. Esto es, acabar con la desigualdad y los privilegios de las clases dominantes.

Quizá porque la política es ya de por sí complicada, en Tailandia hace años que ha sido reducida a colores, como si se tratase de un partido de fútbol. El Frente Unido Nacional por la Democracia contra la Dictadura (FUNDD) está formado por las clases trabajadoras y campesinas que pretenden cambiar el orden establecido. Se hacen llamar *camisas rojas*. Sus rivales son los *camisas amarillas* de la Alianza Popular por la Democracia que representan a la *ammart*: la élite, la burocracia estatal, el Ejército y los sectores monárquicos que controlan el país desde hace décadas. Los dos bandos escenifican desde hace años la fractura de la sociedad tailandesa, una división que los grandes capos manipulan para amasar poder y dinero en lo que un amigo me describió en una ocasión como la política de la tortilla:

—Unos mandan durante unos años, se reparten los beneficios de la corrupción y, tras unos años, los otros creen que les ha llegado el turno de

robar a ellos. Entonces se enfrentan y se le da la vuelta a la tortilla, hasta que toca cambiar otra vez.

Como las revoluciones en el sureste asiático todavía se hacen teniendo en cuenta la cosecha, los *camisas rojas* han descendido sobre Bangkok antes de que comience el monzón y tengan que regresar a los campos a atender el arroz. Llegan subidos en furgonetas, camiones, motos, autobuses e incluso tractores, formando una marea roja que poco a poco se va extendiendo por la capital. Exigen la dimisión del primer ministro Abhisit Vejjajiva y anhelan el regreso de su líder Thaksin Shinawatra, depuesto en un golpe de Estado en 2006. La revuelta se ha alargado tanto en el tiempo, las escaramuzas y manifestaciones han sido tan asiduas en los últimos cuatro años, que ha pasado a convertirse en parte del mobiliario urbano. Apenas se le presta ya atención cuando sus líderes toman la decisión que les devuelve la relevancia: los manifestantes ocupan la intersección de Ratchaprasong, el principal distrito comercial de Bangkok donde están los centros comerciales favoritos de la élite. Se atrincheran, levantan barricadas con cañas de bambú y neumáticos, instalan tiendas de campaña, puestos de comida callejera y un escenario desde donde aspirantes a revolucionarios prometen defender su *fuerte rojo* hasta la última gota de sangre. Es lo que podríamos llamar un alzamiento adaptado a los nuevos tiempos. En lugar de asediar los símbolos de poder tradicionales, el parlamento o la Casa de Gobierno, los *camisas rojas* han decidido entorpecer las compras de una sociedad crecientemente consumista.

—¿Cómo se atreven? —se escucha decir a quienes hasta hace poco no mostraban ningún interés en la revuelta—. ¡Es intolerable!

Los manifestantes saben que, tras décadas de rápido desarrollo, no hay templo más sagrado en Asia que el centro comercial. Provoca adoración. Es el lugar de recreo y exhibición social. Un oasis que permite huir de los extremos del clima y la polución. Los mercados tradicionales y callejeros, donde se ha regateado y comerciado durante siglos, han dado paso al mármol, el aire acondicionado y la uniformidad. Una vez en su interior, las fronteras desaparecen y las identidades se fusionan. Lo mismo podrías estar en Bangkok que en Londres. Se venden las mismas marcas de ropa. Se come en los mismos restaurantes. Se ven las mismas películas. Puede que para el viajero sea la antítesis de la diversidad y el enriquecimiento cultural, pero los locales no pueden pasar sin su *shopping center* y turistas llegados desde la otra punta del mundo pasan horas metidos en él, aunque tengan

uno idéntico en el barrio de la ciudad de la que vinieron. Un cínico diría que a esto ha quedado reducida la utopía de una humanidad unida por valores comunes: el universalmente venerado centro comercial.

El nuevo Bangkok de las compras no puede ocultar que, de las grandes ciudades del mundo, la capital tailandesa sigue siendo una de las más rurales. Cuando no están en el campo, miles de campesinos buscan empleo en sus calles. Son los taxistas, los camareros, los obreros de la construcción, los guardias de seguridad, los vendedores ambulantes o las chicas que contonean sus cuerpos en los bares de alterne. Todos ellos ven con buenos ojos un levantamiento que no se alimenta tanto del resentimiento hacia el que más tiene —su líder, Thaksin Shinawatra, es inmensamente rico y corrupto—, sino de la sensación de pertenecer a una clase inferior cuya voz nunca ha sido escuchada. Esa clase, antes confinada a los arrozales, tiene ahora acceso a la televisión e internet, ha sido expuesta a las diferencias sociales y algo parecido a una educación. También acude a los centros comerciales, aunque no puede comprar en sus tiendas. Se pregunta, por primera vez, si el estado natural de las cosas es justo. En su osadía, pretende cambiarlo.

La intersección de Ratchaprasong ha sido rodeada por tanquetas militares y tropas armadas con rifles automáticos. El Gobierno, atemorizado y con su primer ministro cobijado en un cuartel militar, ha cedido el control al Ejército para que le saque del apuro. Se ha declarado el estado de emergencia y los enfrentamientos se repiten, con decenas de muertos en las calles. En los días de mayor furia, tan alejados del suave carácter tailandés, el centro de la ciudad recuerda más al Sarajevo de la guerra que al Bangkok que todos los años atrae millones de turistas. Francotiradores apostados en azoteas disparan a cualquiera que consideran una amenaza, columnas de humo anuncian el lugar donde arde otro edificio y los accesos han sido cortados por bandidos con los rostros cubiertos por pasamontañas. Un cartel colgado por las autoridades alerta: «Prohibida la entrada: área de fuego libre».

Al trasladar la corresponsalía asiática del periódico de Hong Kong a Bangkok pensé que sería una buena base desde donde viajar por el resto de Asia y que lo más excitante que cubriría en Tailandia sería una indigestión

de turistas españoles en alguna isla tropical. Pero días después de llegar al país ya había tenido que salir corriendo a informar del tsunami del Índico, dos años después había vivido un golpe de Estado, cada pocos meses enfrentamientos armados en las calles y ahora una protesta que había degenerado en guerra de guerrillas.

Entre los muertos contabilizados están los periodistas Fabio Polenghi y Hiro Muramoto. Miembros de los servicios de emergencia. Policías y manifestantes. Gente que pasaba por allí. Reporteros que no han venido preparados para una cobertura bélica compran chalecos antibalas de segunda mano a los policías de Bangkok, conocidos por su eficacia en la delincuencia (esto es: a la hora de ejercerla).

Aunque el uso del chaleco se ha extendido entre los periodistas en los últimos años, no suelo utilizarlo. Te recuerda que en este oficio pueden mandarte al otro barrio, y se trabaja mejor olvidando ese pequeño detalle. Además, pesa mucho, dificulta la movilidad, te distancia de quienes a tu alrededor no cuentan con la misma protección y rara vez te salva de la estupidez humana, que tiene una sorprendente buena puntería. Cuando el periódico me envió un chaleco de todas formas, tras años ignorando sus recomendaciones, pensé que en la redacción habían leído mi pensamiento. Últimamente lo echaba en falta cuando me encontraba en una zona de peligro y me sorprendía preocupado por mi seguridad, algo que en mis primeros años en el oficio apenas sucedía. Había empezado a sentir miedo, que en mi caso consistía sobre todo en imaginar el daño que mi ausencia causaría a los que deseaban verme de vuelta, en especial a mis hijos. Si lo analizaba, no haberlo sentido hasta entonces era probablemente más un signo de estupidez que de valentía. Al probarme el chaleco que había llegado desde Madrid, me pareció un trasto inservible y pesado, sobre todo si tenías que huir a la carrera. Me dije que en adelante lo llevaría siempre que volaran balas a mi alrededor.

El campo de batalla urbano es el más caótico e impredecible. Es imposible saber de dónde vienen las balas o quién las dispara. No importa dónde te sitúes, siempre te encuentras en una posición de vulnerabilidad. Miras a tu alrededor, a las azoteas y las vías del tren donde se apostan soldados, a las callejuelas donde se esconden manifestantes, ves a tipos armados que no

parecen pertenecer a ningún bando, y como en la guerra convencional, todos repiten:

—¡Somos los buenos!

Y entonces sabes que ha llegado el momento de salir de allí, porque los buenos no suelen tener que gritarlo a los cuatro vientos. Basta caminar cinco minutos para regresar al Bangkok de siempre. De repente, no hay cócteles molotov ni cargas de soldados. Solo vendedores de comida callejera, un tráfico insoportable y los bares donde turistas —estos sí, poco interesados en los centros comerciales— beben cerveza mientras chicas en bikini se ofrecen a hacerles pasar un buen rato. Cada revuelta adopta el carácter del lugar donde acontece. El ambiente festivo de Manila al tumbar al presidente Joseph Estrada en un país que rara vez se toma a sí mismo en serio; la visceralidad de la calle que tumbó al general Suharto en Indonesia, donde los estudiantes mostraban un desdén casi irreal por su integridad física; la espiritualidad de la protesta de los monjes birmanos en su lucha contra los generales; o esta despreocupación de los tailandeses, que han hecho de la frase «*mai pen rai*» («no importa») una forma de vida. Y así, caminas unos metros, pasas las barricadas, coges el transporte público y estás de vuelta en tu casa, donde tus vecinos no te preguntan por los disturbios o los muertos, sino por el último restaurante abierto en el barrio.

El Gobierno y los militares lo han intentado todo para hacer desistir a los últimos 10.000 manifestantes que siguen atrincherados e impidiendo la apertura de los *templos comerciales*.

—¿Cómo se atreven?

Las negociaciones fallan. El corte de la luz y el suministro de víveres a los manifestantes también. Cada ultimátum es recibido con burlas. La decisión ha sido tomada: serán desalojados por la fuerza. Más de 30.000 tropas avanzan hacia la intersección de Ratchaprasong, apoyados por vehículos blindados, tanquetas y rifles automáticos. Tienen orden de disparar contra cualquiera que intente detener su avance y la cumplen. Tras las barricadas, los manifestantes se dividen entre los que quieren aguantar y los que creen que ha llegado la hora de rendirse. Viéndoles, nadie diría que son una amenaza para los soldados. La mayoría son campesinos, ancianos, niños y mujeres. Les habían prometido que esta vez sí, tumbarían el orden

establecido. Que su voz sería escuchada. Que podrían darle la vuelta a la tortilla y que incluso les tocaría algo de las sobras. Ahora todo está a punto de terminar. Mientras los militares arrasan las defensas, avanzando imparables, Nuttawut Saikua, uno de los líderes de los *camisas rojas*, se sube al escenario y anuncia que la lucha ha terminado, por ahora.

—No queremos que muera más gente —dice.

El *fuerte rojo* ha caído.

Al atardecer, mientras escribo mi crónica bajo el toque de queda, desde la ventana de mi despacho puedo distinguir un horizonte de columnas de humo. Arde la sede de la bolsa. Arden sucursales bancarias y edificios oficiales. Y arde, envuelto en llamas, el mayor y más grande de los nuevos templos de Bangkok. El centro comercial Central World yace en ruinas, recuerdo humeante de que los agravios que han fracturado el país están lejos de ser resueltos. La batalla por el corazón de Tailandia solo acaba de empezar.

# Fuego y Hielo

Una simple notificación de desahucio. El rey tiene 15 días para hacer la mudanza y abandonar el palacio de Narayanhiti, en la avenida Durbar Marg de Katmandú.

—¡Larga vida a la República! —gritan miles de personas en las calles.

Ninguna dictadura es eterna; ningún imperio para siempre. Pero ¿se puede despedir sin más a un Dios? ¿Desalojar como si fuera un plebeyo a la reencarnación de Visnú? ¿Acabar con la monarquía que unificó Nepal en 1768 y se ha mantenido en pie 238 años? El rey Gyanendra se resiste a creer que sea el fin. Se pregunta qué ha salido mal. Atribuye su infortunio a conspiraciones palaciegas y traiciones políticas. No comprende que la caída de la monarquía quedó sellada mucho antes, lejos de despachos y foros de poder, en citas clandestinas, escapadas de enamorados y una pizzería situada a pocos metros de palacio.

El restaurante Fire and Ice (Fuego y Hielo) fue inaugurado por la inmigrante italiana Annamaria Forgone en 1995 y no tardó en convertirse en uno de los favoritos de la élite juvenil de Katmandú. Cada poco tiempo lo visita una pareja ilustre. Él es el futuro rey de Nepal. Ella, la hija de una familia aristocrática de origen indio y amor secreto del heredero. Empezaron a salir siendo apenas unos niños y, más de una década después, han reunido a sus amigos para anunciar la noticia:

—Solo me importan dos cosas en la vida —dice el príncipe Dipendra, de 29 años—. Devyani y Nepal. Haría lo que fuera por los dos.

El príncipe ha decidido casarse a pesar de la oposición de sus padres. Devyani es hija del parlamentario local y ex ministro Pashupati Rana, nieta de un maharajá indio y descendiente de la poderosa dinastía de los Rana que gobernó este pequeño reino del Himalaya hasta mediados del siglo XX. Sería difícil encontrar mejor candidata a futura reina salvo por un par de

detalles: pertenece a un clan de los Rana rival de la reina Aishwarya y ha nacido en la India, un país al que la monarquía y la sociedad nepalíes han mirado tradicionalmente con recelo. Los reyes han consultado con sus astrólogos y estos confirman que consumar el matrimonio sería un desastre. El alineamiento de las estrellas no favorece a la pareja. La opinión de los adivinos podría carecer de importancia en otro lugar, pero es decisiva en un pueblo de arraigadas supersticiones, donde una mayoría sigue creyendo que Katmandú fue un inmenso lago que el dios hindú Krisna se encargó de convertir en el valle donde se asienta la capital. La reina Aishwarya se muestra intransigente: «Si te casas con ella, tu hermano será rey».

Los descendientes de las casas reales de Europa hace tiempo que no se sienten obligados a elegir, como Eduardo viii, entre la corona y sus amores mundanos. La modernidad les da la oportunidad de escoger ambos, contrayendo matrimonio con quien desean a la vez que mantienen los privilegios de su posición. Puede que pierdan algo de respetabilidad, exponiéndose a una cobertura menos elegante en las revistas del corazón, pero a cambio no tienen que casarse con una prima segunda a la que no hay manera de encontrar pretendiente. Pero esto es Nepal y aquí la monarquía todavía es una cosa *seria*. La reina presenta una lista de candidatas aceptables y el príncipe las rechaza a todas. Alarmada ante los rumores de que los novios se han casado en secreto, presiona a su marido para que dé un golpe de autoridad. Si su hijo insiste en introducir sangre india en la dinastía Shah, el trono será entregado a su hermano menor, el príncipe Nirajan, de 22 años. Dipendra debe escoger: amor o patria.

La familia real se reúne casi al completo la noche del 1 de junio de 2001. El príncipe heredero ha bebido en exceso y ofende a los invitados con sus comentarios. Su padre exige que se retire a su habitación. Cuando regresa, lo hace armado con un fusil de asalto M-16, un subfusil de calibre 9 mm MP5 y una escopeta SPAS-12. Viste fatigas militares y ha llenado sus bolsillos de munición de repuesto. El rey Birendra se dirige a él para pedirle explicaciones. Es el primero en ser abatido. Le sigue su hermano Dhirendra. Las princesas Shruti, Jayanti, Shanti y Sharada. El príncipe Nirajan y Kumar Khadga, marido de la princesa Sharada. Y, por último, la persona a la que el heredero culpa de su infelicidad, la reina Aishwarya. Para ella ha

reservado la mayor de sus iras: en su cuerpo encuentran 40 balas. Disparadas sin mediar palabra ni expresar sentimiento alguno. Con el gesto impasible de quien ha nacido para ser rey.

Fuego y Hielo.

Dipendra ha completado la mayor masacre real desde que los bolcheviques ejecutaron al zar de Rusia y a su familia en 1918. Apunta el arma a su sien y dispara tratando de quitarse la vida. Lo llevan al hospital y es allí, en esa camilla donde el asesino yace empapado en su sangre y la de los suyos, donde se concentran todas las contradicciones de la monarquía. El príncipe está inconsciente y acaba de asesinar a su familia, pero está por encima de la ley y es el legítimo heredero. Se consulta a las autoridades judiciales y civiles del país, se estudian las leyes de sucesión y se llega a la conclusión de que debe ser nombrado rey. Durante los tres días en los que todavía mantiene el pulso, la muchedumbre clama el nombre de su monarca homicida: «¡Larga vida a Dipendra Bir Bikram Shah de Nepal!».

La noticia de la masacre me pilla en Yakarta. Cuando llego al hotel, la luz parpadeante del teléfono indica que tengo mensaje: «¡Urgente, vete a toda prisa a lo de Nepal!».

El avión a Katmandú va vacío, salvo por un pequeño grupo de periodistas. La ciudad está paralizada por las protestas y no hay taxis, así que caminamos hacia el centro de la ciudad cargando con las maletas, ordenadores y cámaras. Hemos avanzado penosamente durante media hora cuando recibimos la bienvenida de las fuerzas de seguridad. Nos envuelve una nube de gases lacrimógenos. Vuelan pelotas de goma hacia este lado y piedras hacia el otro. Ni los testimonios de testigos presenciales que han sobrevivido a la masacre real ni las declaraciones oficiales del Gobierno han convencido a los nepalíes de la veracidad de la versión oficial. Nadie cree que el príncipe Dipendra, que ha heredado la popularidad de su padre, pueda ser un asesino en serie. El pueblo tiene otro sospechoso: Gyanendra, hermano del rey fallecido, tercero en la línea de sucesión, único candidato vivo para continuar la dinastía y uno de los hombres más odiados del país, visto como un corrupto. ¿Es acaso casualidad que Gyanendra no estuviera esa noche en el palacio? Los manifestantes claman:

—Gyane, ladrón, no te queremos como rey.

Gyanendra asciende al trono de todas formas y es conducido a palacio en una carroza tirada por caballos y flanqueada por la guardia real. Sobre su cabeza descansa la corona de diamantes, esmeraldas y rubíes que distingue a los reyes nepalíes, decorada con plumas de pavo real y pelo de yak. Jefe de Estado. Rey. Dios. Nada es suficiente para un hombre que durante toda su vida ha vivido con el resentimiento del perdedor. Hermano del rey. Tío del heredero. Segundón, nunca más. Subido a su trono, desde donde se siente al fin por encima de los demás hombres, el monarca aspira también a ser un dictador. Disuelve el parlamento, se atribuye poderes absolutos y pone las instituciones de Nepal a su servicio. No considera que su ascenso accidental o su impopularidad sean motivos para reinar en el consenso o tener en cuenta opiniones aparte de la suya. Ignora a sus asesores. Castiga a los discrepantes. Se rodea de cortesanos. No se da cuenta de que el aura de inviolabilidad de la corona se ha desvanecido con su llegada y que el trono ha pasado a ser, más que nunca, símbolo de las desigualdades en un país donde el destino queda marcado desde el nacimiento, y para muchos consiste en servir a un terrateniente.

Lejos de palacio, en las montañas del noreste del país, otro rey. El de los pobres y destituidos. Prachanda «El Feroz» es el líder de la guerrilla maoísta que lucha desde 1996 por crear un paraíso proletario en Nepal. Solo en un lugar tan desigual podría alguien tomar prestado el apellido revolucionario del hombre que arruinó China e inspiró el genocidio camboyano. En la localidad de Kotabeshi, parte de sus dominios, no existe más ley que la de Prachanda. La oficina de correos cerró hace tiempo, el juez se marchó, no hay comisaría de policía y los vecinos no recuerdan cuándo fue la última vez que alguien ocupó el consistorio. Los funcionarios del Gobierno huyeron a la carrera hace cinco años. Es lo que los rebeldes llaman una «zona liberada». Los maoístas han enviado a uno de sus comandantes a encontrarse conmigo para explicarme cómo será todo cuando lleguen al poder. Un joven de largas melenas y cinta roja en la frente, armado con un viejo fusil chino, se presenta junto a varios guerrilleros desarrapados. La masacre real ha despejado el camino y convertido la utopía en una posibilidad real.

—Nos encaminamos a una república comunista —asegura el comandante.

—¿Y qué ocurrirá si el pueblo quiere otro tipo de solución?

—No quiere.

—¿Y si la quiere?

—No lo entiende, nosotros somos el pueblo. Y eso es lo que queremos.

Tan solo unos días antes miembros del «no pueblo» han sido procesados en este mismo lugar en juicios populares. Sus confesiones, arrancadas a golpes. Sus condenas a muerte, dictadas por el rey de las montañas. Los nepalíes se encuentran atrapados entre una monarquía que se ha eternizado en la desigualdad y una guerrilla que promete terminar con ella imponiendo el pensamiento único; entre la dictadura de la nobleza y la del proletariado; entre el monopolio del poder tradicional y uno que aspira a sustituir su naturaleza absolutista por otra totalitaria. Si algo enseña la historia es que a Nepal le iría mucho mejor si consigue escapar de ambos.

¿Qué hace que unas revoluciones triunfen y otras fracasen? La disposición del tirano a masacrar a sus ciudadanos —y contar con un ejército dispuesto a hacerlo— aumenta sin duda las posibilidades de permanecer en el poder. Si existiera, el manual para dictadores sobre *Cómo enfrentarse a la revolución*, escrito quizá por el generalísimo birmano Than Shwe, diría algo así: «Aplaste las llamadas de libertad lo antes posible, de forma contundente y sin piedad. Si deja que crezcan, puede ser demasiado tarde». El rey Gyanendra no ha estudiado la lección. Cuando las manifestaciones empiezan a tomar Katmandú, tiene un breve periodo de tiempo en el que desactivarlas. Podría ceder a las demandas populares y volver a su papel de monarca constitucional, pero carece de la humildad para hacerlo. Ordena, cuando ya es demasiado tarde, que los militares repriman a los manifestantes y recuperen la calle. ¿Cómo, si hay un millón de personas ocupándola? La protesta llega, en primavera de 2006, al punto de no retorno. Desde la azotea a la que me he subido para fotografiar las concentraciones se puede ver una masa de gente que ocupa cada centímetro de calzada. El monarca, acorralado en su palacio, acepta al fin las demandas. Pide perdón. Reinstaura el parlamento. Promete elecciones. Nada puede aplacar ya al pueblo. Pronto recibirá una orden de desahucio,

recogerá sus cosas y abandonará el palacio de Narayanhiti sin comprender que la monarquía llevaba tiempo muerta, desde una noche de junio en la que el príncipe heredero de la dinastía Shah fue obligado a elegir entre amor o patria. Y rechazó ambos.

# El puente Chume

Menos favores sexuales, creo haber hecho de todo por entrar en países donde no era bienvenido. He viajado a Corea del Norte haciéndome pasar por empresario de lencería y bañadores femeninos, he corrompido con buen vino a funcionarios de repúblicas islámicas y he sobornado a funcionarios fronterizos. Nada impide el trabajo de un periodista de forma más arbitraria que el visado. Ya puedes tener la historia de tu vida al otro lado de la frontera, si el Gobierno de turno no quiere dejarte entrar tendrás que cubrirla por televisión. Con el tiempo he desarrollado unos principios básicos sobre los límites de lo que considero permisible a la hora de saltarme las restricciones que imponen las dictaduras: no tengo ninguno. Entre las normas de una tiranía y el derecho de su gente a contar su historia elijo siempre lo segundo. Entre mentir en un formulario a quienes hacen la guerra o dejar de contarla me quedo con lo primero. Si eso conlleva hacerse pasar por empresario, profesor de escuela o estrella de rock, no tengo problema.

En el Tíbet hay una revolución, pero el régimen comunista chino dice que los periodistas no podemos ir a contarla. Ha bloqueado los accesos a las prefecturas autónomas de Ganzi y Aba, donde miles de soldados ocupan aldeas y ciudades. Los monasterios budistas han sido cercados y sus monjes puestos bajo vigilancia las 24 horas del día. Si el Gobierno chino no ha logrado frenar el alzamiento a pesar de todas esas medidas es porque esta revuelta no se parece a ninguna otra a la que se haya enfrentado. No hablamos de estudiantes a los que se puede desalojar de una plaza enviando a los tanques. Tampoco de una muchedumbre asaltando un edificio oficial. Los tibetanos, en una mezcla de desesperación y fanatismo, han decidido

protestar contra décadas de dominio chino inmolándose en público. La mayoría son monjes y lo que sorprende no es tanto su decisión de morir, sino la determinación de hacerlo lentamente y sufriendo lo más posible. Siguen el ejemplo de Thich Quang Duc, que dio nombre al término «quemarse a lo bonzo» cuando se quitó la vida en Saigón para exigir libertad religiosa, en 1963. El clérigo vietnamita lo hizo sentado sobre un cojín, con las piernas cruzadas, sin moverse o mostrar signos de dolor en una escena en la que el reportero del *New York Times* David Halberstam destacaría que «la compostura [de Thich Quang Duc] contrastaba con los lamentos de las personas a su alrededor». Su inmolación pasó a la historia porque fue un éxito de relaciones públicas. La fotografía de un monje impasible mientras era consumido por las llamas se convirtió en premio Pulitzer y fue portada de los periódicos de medio mundo, contribuyendo a revelar el verdadero rostro represor del líder survietnamita Ngo Dinh Diem, que perdería el apoyo de Estados Unidos y terminaría siendo asesinado en un golpe de Estado.

La resistencia casi siempre pacífica de los tibetanos, en cambio, no ha sido hasta ahora premiada con la atención internacional o la solidaridad de otras naciones. Los monjes saben que con su campaña de inmolaciones no van a expulsar a las tropas chinas de sus aldeas o a cambiar la política de asimilación que está destruyendo su cultura. Tienen la esperanza de que, como ocurrió con Thich Quang Duc, el mundo se acuerde de su causa. Graban sus acciones en vídeo y las distribuyen a través de Internet. Activistas exiliados envían detalles de los últimos quemados a las redacciones de los periódicos. El número de suicidios supera el centenar. Nada. China es hoy un país influyente e importante y el resto del mundo está más interesado en exportar sus productos al país que en los Derechos Humanos de uno de sus grupos étnicos. La mayoría de los cientos de corresponsales extranjeros destinados en Pekín ni siquiera intenta viajar a la zona. Los tiempos en los que el Gobierno chino apagaba la calefacción en invierno a los que se atrevían a tocar temas incómodos han terminado, sustituidos por una intimidación más sutil. Pekín detiene a traductores que ayudan a los periodistas, convoca a los más batalladores a tediosas reuniones para que sean «amigos de China» y expulsa de vez en cuando a algún corresponsal para advertir al resto de que sus visados pueden ser cancelados. ¿Ir o no ir? Si me decido a cubrir la revuelta de los monjes, es posible que me detengan y deporten. Y, aunque eso no ocurra, la

publicación de informaciones desde la zona podría impedirme entrar en el país en el futuro. Estoy calibrando pros y contras cuando me llega por correo electrónico el vídeo de la última inmolación. En las imágenes se puede ver a la monja Palden Choetso, de 35 años, gritando «¡larga vida al Dalai Lama!» antes de prenderse fuego en la localidad de Tawu, prefectura de Ganzi. Envuelta en llamas, permanece inmóvil y sin emitir un quejido durante los 28 segundos que transcurren hasta que se desploma junto al puente Chume, entre los rezos de los presentes. Una mujer se acerca para arrojar a las llamas el *kata* o pañuelo de ofrenda tibetano. Cuando el vídeo termina, y la imagen se oscurece, mis ojos siguen clavados en la pantalla.

Solo en la clandestinidad de la madrugada, oculto bajo unas mantas en la parte trasera de un coche, tras varios intentos fallidos, consigo pasar los controles que llevan a Tawu. Calles y plazas han sido tomadas por las fuerzas del orden. Unidades de policía patrullan armadas con rifles, porras y extintores el lugar donde se quitó la vida Palden Choetso. La posibilidad de salir a la calle, entrevistar a alguien o tomar una fotografía es impensable. Nos alejamos de la ciudad, invitando a monjes y campesinos que encontramos por el camino a entrar en el coche para conversar.

—Morir no es importante —dice un joven novicio en las afueras de Tawu—. Está en las escrituras: una vida más plena espera a quienes se sacrifican por el bien de los demás.

—También dicen que la vida es sagrada, incluida la propia.

—El tibetano puede soportar que le hagan daño, pero no hacerlo él. ¿Qué otra forma de lucha nos queda a los que hemos decidido no golpear a quienes nos golpean?

La ocupación del Tíbet en 1950 fue seguida por la destrucción de miles de templos, la imposición del sistema educativo chino y las restricciones religiosas. Pero nada ha hecho tanto daño como la asimilación cultural. La emigración masiva de chinos de la etnia mayoritaria Han, atraídos por ventajas gubernamentales en trabajo, educación o vivienda, ha convertido a los tibetanos en una minoría en sus propias ciudades. Pekín asegura que todo ello ha ido acompañado de desarrollo económico, hospitales, carreteras y escuelas que han mejorado la vida de la población, borrando el pasado feudal y teocrático que regía bajo los lamas. A los ojos del régimen, sus

gentes viven ahora en lo más cercano al paraíso. Lhasa, la capital tibetana, ha sido nombrada por las autoridades la ciudad más feliz de China cuatro de los últimos cinco años.

—Su cielo es el más azul, sus nubes las más blancas, el agua la más limpia y su gente la más feliz —dice Che Dalha, secretario del Partido Comunista en la capital tibetana—. Las relaciones étnicas son armoniosas.

Pero en las poblaciones que visito no encuentro felicidad, sino miedo; resentimiento, en lugar de avenencia; la gangrena que consume a las sociedades sin libertad y no armonía. Las restricciones religiosas, las detenciones y la represión se han intensificado desde las revueltas que sufrió el Tíbet en 2008, cuando una minoría tibetana rompió décadas de resistencia pacífica para atacar comercios y comunidades chinas en las calles de Lhasa. El tiempo dedicado a las oraciones ha sido acortado para dejar tiempo a programas de reeducación destinados a fomentar «el amor por la patria». Las fotografías del Dalai Lama, toleradas ocasionalmente, han sido confiscadas. Todo, desde los programas de radio al tono musical de los teléfonos móviles, ha sido censurado. Los 1.800 monasterios tibetanos han sido puestos bajo la gestión de comisiones mixtas formadas por religiosos considerados menos beligerantes y funcionarios comunistas. Monasterios como el de Kirti, de donde proceden muchos de los inmolados, llevan meses viviendo bajo el asedio de las tropas chinas. La luz y el agua corriente son cortadas cada vez que se produce un nuevo incidente. Decenas de religiosos han sido detenidos y el resto sometidos a constantes interrogatorios donde se les exige denunciar a sus compañeros. Devolver el folio en blanco puede suponer la cárcel.

Palden Choetso vive el hostigamiento del Gobierno con creciente desesperación en el convento Ganden Jangchup Choeling. Llegó en 2002 para cumplir el sueño de toda familia tibetana de ordenar al menos a uno de sus hijos, decidida a dedicar su vida al estudio del budismo. Sueña con conocer al Dalai Lama. Ha renunciado a los demás deseos, a todas las aspiraciones de una joven de su edad, solo por la posibilidad de encontrarse con él algún día. Asiste a sesiones interminables de estudios budistas, donde poco a poco se va imponiendo una corriente más beligerante. Algunos maestros aseguran que no importa la intensidad del dolor que se sufre,

físico o espiritual. Debe soportarse pacientemente y en silencio. Pero ¿qué ocurre cuando el sufrimiento es incurable? ¿Cuándo has quedado atrapado en un mal que te impide alcanzar el nirvana y envenena tus pensamientos? ¿No debería entonces contemplarse la idea de dejarse ir, utilizando la violencia contra uno mismo para liberarse? Palden Choetso asegura a sus amigas que ha llegado a ese punto de no retorno. No puede soportar por más tiempo la injusticia. No la cometida contra ella, sino la que aflige a los suyos. Ha llegado a la conclusión de que no puede ayudarles en esta vida. Que nada puede hacer tampoco para ayudar al Dalai Lama a que regrese de su exilio de Dharamsala, en la India. Solo con su inmolación pública, abriendo los ojos del mundo, cree poder contribuir a la causa. Lo ha arreglado todo. Un contacto en Tawu espera con el bidón de gasolina. Camina hacia el centro de la ciudad, se detiene en el puente Chume, da un largo trago y rocía el resto sobre su túnica azafrán.

—¡Libertad para el Tíbet! —grita antes de prenderse fuego—. ¡Larga vida al Dalai Lama!

Unos días después de mi regreso del Tíbet recibo una llamada de Aritz Parra, que trabaja para el periódico desde Shanghái.

—He sido convocado. Están muy, pero que muy enfadados.

Esa misma tarde me llaman del periódico. Una delegación diplomática china ha visitado la redacción para protestar por mi artículo. Poco después suena el teléfono en mi despacho de Bangkok:

—No hace falta que le digamos de qué queremos hablar —dice la funcionaria china que me convoca a una reunión en la embajada.

Me presento a la cita con buen talante y la intención de confesar temprano, para evitar un tortuoso interrogatorio. ¿Es usted empresario? Hmm, no. ¿Turista? No. ¿Ha entrado usted en China con un visado de negocios para ejercer el periodismo? Tienen pruebas: una recopilación de mis artículos críticos con el Gobierno, fotocopias de mis pasaportes y formularios en los que yo —o alguien con una letra muy parecida a la mía— asegura ser director de marketing de una empresa inexistente. Ha roto usted las leyes chinas. Su artículo está lleno de falsedades. Dígame cómo consiguió entrar en el Tíbet. Los periodistas deben entrar en China con un visado de periodista.

—¿Me lo habrían dado para ir al Tíbet?

—No.

—¿Entonces?

—Aun así, no puede entrar sin uno.

El Gobierno chino no me ha vuelto a dejar entrar en su país. Cada poco tiempo llamo a la funcionaria encargada de prensa y le pregunto cómo va lo mío, si hay alguna posibilidad de que se levante el veto. A veces se le escapa una risita floja, sorprendida de que todavía pregunte. Creo que no tienen intención de volver a darme un visado. No porque me hubiera hecho pasar por lo que no era, sino porque una vez dentro me había comportado como lo que realmente soy. Un periodista.

# Celdas

## La abuela de Tahir

Hay dos tipos de libros que se han convertido en géneros literarios por derecho propio, no tanto por su calidad como por la cantidad de títulos que producen. Uno trata la prostitución en el sureste asiático, con historias personales de las chicas de los burdeles, tipos que las rescataron y periodistas que alegan haber llevado a cabo años de investigación en distritos rojos de ciudades como Bangkok. «Un trabajo duro, pero alguien tenía que hacerlo», dicen.

La otra gran categoría es la literatura de prisión, autobiografías escritas por occidentales que pasaron por la cárcel y relatan su experiencia, a menudo exagerada por editores que se sienten obligados a superar el sensacionalismo de anteriores relatos. Yo mismo he escrito decenas de reportajes de burdeles y cárceles, algunos de los cuales no querría releer. Los periodistas sentimos una atracción fatal hacia los burdeles y las cárceles porque concentran, en un espacio reducido, los extremos de la condición humana: sus debilidades, fortalezas, ambiciones fallidas, tentaciones, corruptelas, intentos de redención, violencia, esperanzas y demás elementos que sirven para producir literatura medianamente interesante incluso a los narradores menos talentosos.

Uno de mis primeros reportajes nada más llegar a Asia consistió en visitar a los siete presos españoles que cumplían condena en Tailandia. En la entrada de la prisión de Bang Kwang, en Bangkok, había una pizarra donde cada día se actualizaban las estadísticas del centro:

—Reclusos: 6.024. Esperando ejecución: 145.

Bang Kwang era por entonces una prisión célebre. Había protagonizado libros, series de televisión y películas. No había corresponsal en la zona que no la hubiera visitado. Todos habíamos contado la sensación que producía ver a los internos caminar arrastrando las cadenas alrededor de los tobillos

—pesan entre siete y 14 kilogramos—, el hacinamiento que obligaba a algunos de ellos a dormir de pie, las enfermedades y la suciedad. Las historias de los extranjeros que cumplían condena en Bang Kwang eran muy parecidas: jóvenes con problemas económicos o intención de ganar un dinero fácil que habían aceptado hacer de correos de la droga, un delito que en sus países habrían pagado con una temporada en la cárcel y que en lugares como Tailandia suponía una condena a muerte, casi siempre rebajada a cadena perpetua. Para mí es un misterio por qué jóvenes de todo el mundo siguen aceptando hacer *El viaje* a pesar de que las noticias sobre detenciones se repiten en los medios, las malas condiciones de las prisiones son legendarias y en los aeropuertos asiáticos te reciben con letreros que advierten de la pena capital para los delitos de drogas. Supongo que algo tendrá que ver la ingenuidad juvenil que lleva a pensar que las cosas malas no le pueden pasar a uno. «Será una sola vez», deben decirse a sí mismos. «¿Qué puede salir mal?».

Las autoridades penitenciarias de Bang Kwang organizaron las entrevistas y aquellos reclusos fueron pasando por una sala y contándome detalles sobre la dureza de la cárcel, lamentando el daño que habían causado a sus familias y maldiciendo la estupidez que les había llevado a aceptar el trabajo. Ninguno pretendía ser inocente. El último de mis entrevistados era un joven catalán de 31 años que parecía menos dispuesto a contar los detalles más escabrosos de su vida en prisión, algo que creí respetable. Solo al final de nuestro encuentro caí en que la verdadera razón de su discreción no era el pudor o una defensa de su intimidad, sino los planes que tenía una vez abandonara su encierro.

—Usted es periodista —dijo antes de despedirnos—. Cuando salga de aquí podría ayudarme a escribir un libro. Podría ser un *bestseller*, ¿no cree?

La sala de visitas del módulo 6 de la prisión de Tihar es un cuartucho oscuro y estrecho, tiene una doble reja oxidada que mantiene a las presas a un metro de distancia y varias bombillas que ofrecen algo de luz. Aunque describir Tihar como una prisión es subestimar lo que en realidad es una ciudad en sí misma. Tiene sus barrios, sus reglas y sus divisiones sociales, una especie de sistema de castas que hace la vida mucho más difícil para los parias y más confortable a la élite. La prisión india fue

construida en las afueras de Delhi en 1958 y ha ido creciendo a medida que la población reclusa aumentaba hasta más de 11.000 presos, cuatro veces más de los que caben.

He venido a conocer a Dolores, una presa española de 79 años que cumple una condena de 10 años por tráfico de drogas. Antes me he pasado por la embajada española para conocer los detalles de su caso.

—Culpable —me ha dicho el embajador.

—Inocente —asegura ella nada más verme.

Dolores llega cojeando de ambas piernas, con el pelo recién retocado, sus gafas de pasta gruesa y aspecto de profesora de escuela. Las demás reclusas se abalanzan sobre ella para besarla y rápidamente hacen sitio para que *Mami Dolores*, como la conocen en Tihar, disponga del mejor hueco en la verja que separa a los reclusos en la sala de visitas. Su edad, los cinco años de condena cumplidos y el dinero de su pensión le han permitido trasladarse a la parte noble de la cárcel e incluso tener una asistenta que se encarga de limpiar su celda a diario. Atrás han quedado cuatro años y medio en la parte vieja, donde las condiciones ofrecen material para escribir un gran libro de literatura de prisiones.

La abuela de Tihar fue detenida en agosto de 1995 en el aeropuerto de Delhi con 10 kilogramos de heroína en la maleta. Cuenta que nació en el pueblo malagueño de Alcaucín, que su familia se trasladó a Madrid cuando era una niña y que al acabar la Guerra Civil se casó con el primero de sus dos maridos, convirtiéndose en ama de casa. No tuvo la oportunidad de estudiar y aprendió a leer por su cuenta en los ratos que no cocinaba o limpiaba. Durante años dedicó las horas muertas a leer sobre todo literatura de viajes, marchándose a lugares exóticos y lejanos sin moverse nunca del sofá del salón. Quedó viuda, volvió a casarse y quedó viuda de nuevo. Tenía la sensación de haber pasado por la vida sin vivir nada. Las contadas emociones de todos aquellos años las había encontrado en los libros de viajes. Entonces llegó el golpe de suerte, la oportunidad que había estado esperando para conocer el mundo que describían aquellos textos.

—Yo solía ir al parque del Retiro en Madrid a pasear a mi perrita y allí conocí a este matrimonio indio. Nos hicimos amigos y me pagaron el billete para conocer su país. Fueron muy amables conmigo, me alojaron en su casa

y cuando iba a volver me pidieron que llevara unos fertilizantes que alguien de Barcelona recogería en mi casa. Imagínese cuando abrieron mi maleta. Yo ni siquiera había visto heroína antes, y ahí estaba.

Era difícil no creer el relato de una anciana desvalida, de aspecto inocente, encarcelada a miles de kilómetros de distancia de su casa y que contaba su historia interrumpiéndose para secarse las lágrimas, mientras las funcionarias de prisiones se acercaban para consolarla. Y, sin embargo, yo tenía mis dudas. El matrimonio indio del Retiro no existía o no pudo ser localizado, Dolores olvidaba mencionar que había hecho un viaje previo a la India y la justicia consideraba probado que había aceptado hacer de correo, en la creencia de que su aspecto de entrañable abuela no haría sospechar a los funcionarios de aduanas. Nada de ello importaba. Tenía 79 años y, si cumplía el resto de su condena, no abandonaría Tihar antes de los 85. Uno podía creer en su culpabilidad y en la necesidad de su puesta en libertad.

Había pagado sus errores.

El senador español Ignacio Díez y el abogado Eduardo Vicente llevan tiempo buscando la liberación de Dolores a través de canales diplomáticos. Mi reportaje da un empujón a la causa y enseguida otros periodistas empiezan a contar el caso de la abuela de Tihar. Como con la literatura de prisiones, cada texto es un poco más dramático que el anterior. Las cucarachas pasan a ser ratas. Tres comidas se convierten en una. La falta de higiene en «celdas infestadas de tuberculosis». Las dudas sobre su culpabilidad en certezas sobre su inocencia. Dolores parece contagiarse y sus declaraciones suenan cada vez más melodramáticas.

—Si esta vez no salgo, me suicido —dice sobre la última iniciativa para lograr su libertad.

Políticos que antes no tenían tiempo para hacer gestiones lo encuentran ahora que los medios han puesto la atención en el caso. Ministros, el presidente y el mismísimo rey de España solicitan un indulto por consideraciones humanitarias. Dolores queda libre tras siete años en Tihar. Unos días después la llamo para felicitarla. Mis colegas llevan días peleándose por entrevistarla y de fondo puedo escuchar a uno de ellos pidiendo que no hable conmigo:

—Hay que reservarse para las grandes exclusivas de la televisión.

¿Y por qué no? La abuela de Tihar tiene una buena historia que contar y lo pasado bien justifica que saque el máximo provecho. Lo mismo podía decirse de los reclusos que salían de Bang Kwang y tres meses después habían escrito sus memorias. A veces, cuando mato el tiempo en una librería de aeropuerto y me encuentro con sus libros, me acuerdo de la oferta que me hizo aquel reo catalán de escribir juntos el *bestseller* de su vida. Supongo que la idea no salió adelante. Para cuando abandonó la cárcel, las estanterías tenían demasiadas autobiografías de ex reclusos. Los mejores días de la literatura de prisión habían pasado.

## La cárcel sin barrotes

No hay barrotes que serrar ni paredes sobre las que marcar el paso de los días en la celda de Leo Borja. Tampoco guardias a la vista. Condenado por homicidio, comparte con otros dos reclusos una casa de madera rodeada de cocoteros y con vistas a un paisaje tropical. Tenía 30 años, esposa y dos hijos cuando degolló a su mejor amigo durante una disputa en Manila, hace seis años. Haber cometido el crimen en un arrebato, completamente ebrio, atenuó una sentencia que finalmente se quedó en 11 años. Mientras se lo llevaban esposado del juzgado, entre los lamentos de los suyos, imaginó cómo sería su nueva vida en una violenta y masificada prisión de la capital. En su lugar fue subido a un barco y enviado a la isla de Palawan.

A la cárcel sin barrotes.

Un decadente edificio del siglo XIX recuerda que la idea de convertir este rincón del mar de Sulu en un penal fue española. Los primeros presidiarios, condenados por oponerse a la potencia colonial, llegaron en 1862 acompañados por 183 soldados y 22 funcionarios. Entonces era un viaje sin retorno, donde a la pena de cárcel se unía la del olvido. La idea, hoy, es precisamente la contraria: reinsertar a los presos dejándoles probar la libertad antes de que puedan disfrutarla. Internos como Leo Borja pueden moverse libremente a través de 280 kilómetros cuadrados de espacio abierto, mantener huertos y recibir visitas en su propia casa.

—Un buen sitio para vivir —dice Leo, oteando los arrozales y las montañas en el horizonte.

—¿No echa nada en falta?

—Una mujer con la que pasar el rato de vez en cuando.

La colonia penal de Iwahig tiene cerca de 3.000 internos —no acepta a condenados a muerte o mujeres— divididos en diferentes grados. Cerca de un millar disfruta de libertad total en la comuna. El resto se reparte entre los

que están en un nivel previo de semi libertad y quienes permanecen en el módulo de máxima seguridad, a la espera de liberarse de los barrotes.

Los internos cosechan el arroz que comen, producen la ropa que visten, trabajan en la administración de la cárcel —los que saben leer y escribir— y atienden los comercios para turistas. Los que demuestran un mejor comportamiento son ascendidos a «asistentes de seguridad», con obligaciones que incluyen la vigilancia de sus propios compañeros. La cárcel cuenta incluso con una banda de pop propia, formada por los reclusos más jóvenes, todos ex miembros de pandillas callejeras. Calzan deportivas, visten camisas de baloncesto y cubren sus cabezas con gorras vueltas del revés. Se hacen llamar *Los Iwahig* y tienen como líder a Eduard Soriano, ex cabecilla de 27 años de una pandilla de Manila.

—Puse la pistola en su sien, disparé y le explotó la cabeza —dice al recordar cómo ejecutó al líder de una banda rival, asegurándose de que sus compañeros escuchan las palabras que confirman su dureza—. Me sentí feliz al ver que había acabado con un enemigo.

—¡Bien hecho! —dicen los demás—. Aquel cerdo merecía morir.

Escuchándole contar con frialdad cómo acabó con la vida de otra persona es difícil no pensar que Soriano merece su condena. Pero si atiendes al relato completo de su vida, lo que pasó hasta el momento de apretar el gatillo, los abusos de un padre alcohólico y el abandono durante años en las calles de Manila, los encierros y las palizas en los calabozos de la policía, las noches esnifando pegamento para matar el hambre, si te paras a pensar en cómo la sociedad le falló mucho antes de que él fallara a la sociedad, entonces te preguntas si la responsabilidad de su crimen no es compartida.

Mientras Soriano me sigue contando su historia, perdiendo parte de la gallardía que había mostrado minutos antes, ya sin testigos, es fácil imaginárselo unos años antes en el Centro de Juventud y Acogida de Manila, una prisión para menores que había visitado en uno de mis viajes a la capital. Cientos de niños se hacinaban tumbados y con los torsos desnudos sobre el cemento de celdas que los funcionarios habían dividido en dos módulos: *Honestidad* para los niños y *Modestia* para las niñas. De las paredes de una de las celdas, decrepita y enmohecida, colgaba un único ventilador averiado y una figura de la Virgen. No había camastros ni colchones sobre los que dormir y todos los niños compartían un único retrete. La directora del centro, que había enseñado a los niños a saludar al

unísono a los visitantes, parecía indiferente a las condiciones del lugar y se limitaba a señalar el televisor que había instalado en el pasillo como prueba de que se estaban respetando los derechos de la infancia. Los pequeños alargaban el cuello desde sus celdas para ver entre los huecos de los barrotes los coches de lujo, las grandes mansiones y la vida de ensueño de la élite en Filipinas, representada en un culebrón matutino.

—La televisión les mantiene entretenidos y evita peleas —dijo la funcionaria.

Las autoridades filipinas no habían hecho nada por controlar la natalidad del país —el 40% de los recién nacidos pasaba a engrosar la lista de pobres—, mejorar el arruinado sistema educativo o reformar una legislación que permitía que niños a partir de los seis años fueran encerrados en prisiones junto a violadores, asesinos y criminales. Los políticos llevaban décadas robando todo lo que podían y los oligopolios bloqueando cualquier reforma que diluyera la concentración de la riqueza, en manos de un centenar de clanes. La infancia del país había sido completamente abandonada en una crisis agravada por el hecho de que ocho millones de filipinos habían emigrado en busca de trabajo, a menudo dejando a sus hijos detrás. La directora del centro no negaba que todo eso fuera verdad, pero ahí estaba al menos ese televisor para demostrar que todavía había algo que igualaba a los filipinos. Una pantalla que lo mismo podía adornar los salones de los apartamentos de lujo de Makati, las chabolas sin agua corriente de la barriada de Tondo o las paredes mugrientas del Centro de Juventud y Acogida.

Podía escogerse a cualquiera de aquellos niños hacinados en la celda *Honestidad*, imaginar su futuro una década más tarde y asegurar sin temor a equivocarse que se parecería mucho al de Eduard Soriano, el líder de Los Iwahig. Viviría en alguna barriada de Manila. Se uniría a una banda callejera. Trataría a los demás con la misma dureza con la que la vida le había tratado a él. Y descubriría que una forma de ganarse el respeto, para los desahuciados y los parias de la sociedad, es blandir una pistola y demostrar que se está dispuesto a utilizarla. Terminaría en la cárcel, seguramente con barrotes.

Una carretera de 40 kilómetros de un carril en cada sentido cruza el penal, dejando a ambos lados campos de arroz, piscifactorías, talleres y tiendas. Reclusos enfundados en sus uniformes marchan desde primera hora, deteniéndose para cortar matorrales, limpiar el asfalto y dar de comer a los animales. No les acompaña ningún guardia armado, a pesar de que no sería difícil correr hacia el mar y tratar de coger un barco en dirección a la frontera marítima de Malasia. España eligió este lugar para desterrar a quienes se oponían a su poder colonial porque en realidad sí tenía muros, aunque fueran invisibles. Con el mar del Sur de China a un lado y las densas selvas infectadas de malaria por el otro, los reclusos de la época no tenían dónde ir. El desarrollo de la cercana ciudad de Puerto Princesa y el crecimiento de la actividad marítima hacen que hoy sea relativamente sencillo alcanzar el puerto y subirse de polizón a un barco que te lleve lejos de aquí. Y, sin embargo, casi nadie lo intenta. Rene Villiar dice que en la década que lleva trabajando como funcionario de la prisión solo se han producido cinco ausencias.

—Cuanta más responsabilidad le das a un recluso, menos es el riesgo de que quiera escapar —asegura Villiar mientras se deja afeitarse a navaja por uno de los presos, condenado por homicidio.

Los pocos que deciden marcharse son considerados parte del precio a pagar para mantener un sistema que los gestores de la prisión aseguran que tiene uno de los índices de reincidencia más bajos del mundo: solo un preso por cada 500 vuelve a delinquir tras pasar por Iwahig. Las autoridades están tan seguras de que el sistema funciona que han convertido su prisión en destino turístico, permitiendo a los visitantes mezclarse con los reos. Lo que ningún funcionario de prisiones dice es que no es solo su innovador modelo lo que ha hecho de su cárcel la más segura de Filipinas, sino lo que espera a quienes la abandonan.

Hay días en los que Borja Leo piensa en correr a través de los arrozales, llegar al puerto y coger un barco de regreso a casa. Pero ha llegado a la conclusión de que estaría escapando de una prisión para entrar en otra. Iwahig nunca será más dura ni le hará sentir más vulnerable que las calles de Manila donde creció. Seis años después de haber degollado a su amigo en una pelea de cartas, el recluso tiene aquí un trabajo como campesino, la tranquilidad que nunca conoció en las barriadas y una casa modesta con vistas a lo que muchos verían como el paraíso. Su mujer se divorció de él y no ha vuelto a saber de sus hijos. Le quedan cinco años para salir.

—Si pudiera encontrar a otra mujer que me quisiera, este sería el lugar donde me gustaría vivir con ella —dice.

## Tokio *godfathers*

La sala de espera de la clínica Nuevo Cuerpo es todo lo surrealista que puede esperarse de un lugar cuya clientela consiste mayormente en mafiosos. Ojean cómics manga mientras esperan su turno enfundados en trajes oscuros que disimulan los tatuajes y cicatrices del oficio. Muchos muestran la amputación del dedo meñique, prueba irrefutable de su pertenencia a los yakuza. Maria Niino los hace llamar a su consulta uno a uno, indiferente a su poder de intimidación y haciéndoles saber con dulce determinación que, al menos entre las paredes de su clínica, la que manda es ella. ¿Miedo?

—Normalmente son ellos los que lo tienen. Una vez están solos, sin sus guardaespaldas, te piden ayuda con timidez y por favor.

Los gánsteres que acuden a este edificio discretamente situado en un suburbio de Tokio han abandonado el crimen o están pensando hacerlo. Pero tienen un problema: su aspecto. Nunca ha sido fácil dejar la organización mafiosa más secreta, eficiente y adinerada del mundo. La aprobación de nuevas leyes contra el crimen organizado, la presión de la policía o la familia han llevado a un número creciente de yakuza a intentarlo. Los que sobreviven a la traición de su *familia*, casi siempre ocultándose bajo una nueva identidad y trasladándose a otra ciudad, arrastran las marcas físicas que delatan su pasado y hacen casi imposible su reinserción. La clínica Nuevo Cuerpo se ofrece a facilitar la transición construyendo prótesis a medida para reemplazar los dedos amputados, fabricando pieles artificiales que cubren los tatuajes y llevando a cabo operaciones de cirugía estética que borren las huellas del pasado.

Kaoru Inoue admite abiertamente haber robado, extorsionado y asesinado durante los tres lustros en los que perteneció a uno de los 2.000 sindicatos yakuza que siguen operando en Japón. Su tarjeta de visita da pistas sobre la inspiración que le aportó fuerzas para cambiar de vida y abandonar el crimen. Junto a su nombre aparece escrito un pasaje del Evangelio según San Lucas: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido». El antiguo mafioso trabaja como misionero de Barrabas, un grupo cristiano formado enteramente por ex miembros del hampa que han desafiado a sus padrinos y quieren convencer a sus antiguos compañeros de que acepten a Dios como único jefe.

Inoue y otros mafiosos arrepentidos quedan todos los domingos en el parque Venio de Tokio para repartir comida entre los pobres, cortar el pelo a los vagabundos y entregar copias de la Biblia a los infieles. La mayoría están casados, han formado familias y llevan una vida ejemplar, pero siguen arrastrando el estigma del pasado. Sus vecinos todavía se cambian de acera cuando les ven. Sus hijos se avergüenzan de ellos cuando van a buscarles al colegio. La policía se presenta cada poco tiempo en sus casas, sin invitación.

—Cuando la gente ve esto —dice Kaoru Inoue, mostrando la amputación de los dedos meñiques de sus dos manos—, no puede evitar asustarse. Y no puedo culparles por ello.

Nada consigue que vuelvan a ser aceptados por la sociedad. Nada, salvo una visita a la consulta de Maria Niino. La dueña de la clínica abrió su negocio en los años 80 pensando en realizar aumentos de pecho y estiramientos de piel. Fue la propia policía la que empezó a traer mafiosos que querían empezar una nueva vida. El señor Takanohama, que un día se cansó de ver el rostro de terror de los demás padres cada vez que llevaba a su hijo al colegio. Hitoshi, rechazado en todas las entrevistas de trabajo porque sus tatuajes mostraban las insignias de su ex banda. O Kenichi Sato, que no dormía por las noches pensando en la próxima boda de su hija y la tradición según la cual el padre recibe a los invitados con las manos sobre la mesa. Todos verían que también él había pasado por el rito *yubitsume* que obliga a sacrificar un dedo para reponer un error, un fracaso o la violación de una regla interna de los yakuza. El hampa les había dado dinero y poder, negándoles a cambio una reputación digna en la sociedad del mundo que más valora la honestidad. En esto, como en otras cosas, los japoneses no parecen de este mundo.

Centro Metropolitano de Objetos Perdidos de Tokio. Los funcionarios trabajan aquí con una premisa inusual. No importa que sea un maletín lleno de dinero, un bocadillo a medio terminar o el paraguas que tanto odiaba, si lo ha perdido en Japón alguien lo encontrará y tratará de devolvérselo. Aunque no quiera. En una de las salas se acumulan 400.000 paraguas que nadie reclama. En otra, miles de teléfonos móviles que van muriendo según se agota su batería y cuyo ruido ensordecedor se mantiene con los recién llegados. En una repisa, bien conservados, almuerzos a medio terminar. ¿Puede alguien estar dispuesto a cruzarse una ciudad de 30 millones de habitantes para devolver un sándwich que probablemente fue abandonado porque no era del agrado de la persona que se lo comía? Lo de menos es que nadie vaya a venir a reclamarlo, el sándwich o el paraguas: cuando se lo encuentra, el japonés no puede dejarlo donde está y mucho menos quedárselo. Siente la irrefrenable obligación de que vuelva a su dueño.

El Centro de Objetos Perdidos de Tokio es un buen lugar para comprobar la evolución de una de las sociedades de consumo más avanzadas del mundo. A principios de los 90 los japoneses perdían maletines y radios con auriculares, mientras que estos días las *víctimas* son consolas de videojuegos, teléfonos, tabletas y un sinfín de objetos electrónicos que se fabrican cada vez más delgados y ligeros, quizá para que se pierdan con más facilidad y la gente tenga que comprarse otros. Lo que no ha cambiado con el paso del tiempo es el grado de honestidad: el funcionario que guía por las salas del centro asegura que se consigue devolver a sus dueños el 70% del millón y medio de objetos extraviados cada año. Tanta honestidad puede ser difícil de aceptar para alguien que viene de un país menos virtuoso como España, así que durante años preferí pensar que se trataba de una pose impuesta por las estrictas normas sociales japonesas. No me convencí del todo hasta que en marzo de 2011 fui a Japón a cubrir el tsunami que golpeó la región de Tohoku y provocó el accidente nuclear de Fukushima. En Natori, una de las ciudades devastadas, donde podías mirar al horizonte sin ver un solo edificio en pie, también se había instalado un Centro de Objetos Perdidos en el gimnasio de una escuela abandonada. Gente que lo había perdido todo, cuyas casas estaban en ruinas y que bastante tenían con encontrar agua y comida, se acercaban al lugar para depositar lo que encontraban. Devolvían el dinero de los muertos, aunque era evidente que había dejado de hacerles falta, joyas de poco o mucho valor, juguetes rotos o fotografías vacacionales. Había miles de imágenes y

varios voluntarios se afanaban en quitarles el barro, limpiarlas y catalogarlas a la espera de que alguien viniera a reclamarlas, lo cual era improbable. Pregunté por qué, en mitad de tantas urgencias y penurias, los supervivientes seguían devolviendo todo lo que hallaban. El tipo que dirigía la operación me miró extrañado:

—¿Cómo no iban a hacerlo?

El crimen en Asia, y en Japón especialmente, conlleva un estigma extra. La vergüenza con la que carga la familia del delincuente es mucho mayor. La pérdida del honor, intolerable. Se suele delinquir a escondidas y bajo el secretismo de organizaciones como los yakuza, no apuntando a alguien con una pistola en mitad de la calle. Las probabilidades de ser asaltado en Tokio, algo tan común en las grandes ciudades occidentales, no deben ser mucho mayores que las de ser alcanzado por un rayo. Cuando en el periodo Tokugawa (1603-1868) muchos guerreros samurái se quedaron en paro, su salida fue crear redes de extorsión clandestinas y rodearlas de códigos de honor que hacían más aceptable sus actividades. Habían nacido los yakuza. Las mafias encontraron en las épocas de penuria, como el Japón arruinado tras la II Guerra Mundial, justificaciones y oportunidades para expandirse. En los 50 sus miembros superaban los 180.000, divididos en sindicatos que en los años siguientes infiltrarían las instituciones gubernamentales, la banca y la policía. Como la mafia italiana, la clave de su éxito se basaba en vínculos de lealtad. La pertenencia a la *familia*.

Los yakuza modernos han perdido mucho del aura romántica del pasado. Sin el apego a las tradiciones de antaño, cada vez se parecen más a delincuentes comunes. Se dedican al tráfico sexual, el juego o las drogas. Dominan grandes empresas e invierten en bolsa. El secretismo ha dado paso al exhibicionismo y los nuevos capos, mucho más jóvenes que antes, aparcan sus Ferraris en las puertas de los clubes de moda de Ginza y se abrazan a prostitutas de lujo sin ocultar las marcas que les identifican con el hampa. Los gánsteres de toda la vida se sienten fuera de lugar y buscan una salida. La consulta de Maria Niino se ha convertido en un termómetro de ese cambio generacional, ofreciéndoles la oportunidad de empezar de nuevo.

—Tenemos lista de espera —dice la propietaria de Nuevo Cuerpo—. El negocio marcha estupendamente.

—¿No existe la posibilidad de que los mafiosos solo estén buscando una manera de burlar a la policía?

—Sería algo muy poco japonés, incluso para un yakuza.

—Pero se dedican al crimen, ¿no?

—Sí, pero incluso cuando hacen algo que no deben, quieren pensar que lo hacen honestamente.

—¿Delinquen con honestidad?

—Suena extraño, pero así es. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no cree?

Maria Niino se ha convertido en una mezcla de psicóloga y confesora para los que vienen solicitando su ayuda. Al hablar de ellos, no deja de insistir en que la mayoría está realmente arrepentida de sus crímenes. Si no creyera en ellos, no podría hacer su trabajo. Sus ojos se iluminan al contar el desenlace de la historia de Kenichi Sato, el mafioso preocupado por ocultar la amputación de su dedo meñique en la boda de su hija. Niino utilizó el dedo de su mano intacta para hacer el molde de la prótesis, trató la silicona durante días para lograr el color exacto de su piel, reprodujo sus arrugas y dibujó, al milímetro, las líneas de su huella dactilar. El dedo fue finalmente adherido a la mano con un pegamento especial, a tiempo de que su paciente casara a su hija y recibiera a los invitados con las manos sobre la mesa, como mandaba la tradición. Días después sonó el teléfono de la consulta. Era Sato. Solo llamaba para decir que todo había ido bien y que nadie había advertido la amputación de su dedo. También quería pedir hora. Tenía algunos tatuajes que les gustaría borrar para siempre.

## La Jungla Blanca (II)

Alain Filippo Berruti pasó los primeros días tras su ingreso en prisión frente a una hoja en blanco y un lápiz, tratando de buscar palabras con la que explicar a su familia dónde estaba y por qué. Transcurrieron seis meses hasta que tuvo el valor de enviar a su Milán natal la carta en la que anunciaba a sus padres que se había convertido en «un monstruo» y que tendría que pasar los próximos 10 años de su vida en esta cárcel camboyana, situada al final de un camino de arena flanqueado por cocoteros y arrozales.

—La vergüenza me carcomía y temía que no volvieran a quererme por lo que había hecho —dice Berruti, consciente de que la pederastia es un crimen que la sociedad no está dispuesta a perdonar.

Los reclusos de la prisión de Prey Sar se hacinan en un viejo edificio donde cuesta respirar bajo el sofocante calor tropical y las celdas se llenan de goteras durante las lluvias del monzón. El nombre de la cárcel traducido del jemer, «Jungla Blanca», define a la perfección la Camboya posterior al genocidio y la guerra civil: un lugar sin ley, donde mercenarios, criminales y pederastas, muchos de ellos llegados de Occidente, podían dar rienda suelta a sus peores instintos, aprovechándose de la desaparición de la estructura familiar y social de un país roto. Lo que hacía más incomprensible el comportamiento de quienes llegaban con intención de abusar de su infancia era que ninguno de ellos había vivido los horrores del genocidio o la guerra, la pobreza o la exclusión que podrían haber trastocado su capacidad para diferenciar el bien del mal. ¿Cuál era su excusa? ¿Qué llevaba a un empresario de Manchester, un pensionista de Kansas o un modélico profesor de escuela australiano a recorrer miles de kilómetros de distancia con la intención de violar a los menores de otro país?

La sección de visitas tiene dos habitaciones. La de la izquierda es más oscura y sucia, el enrejado que te separa del recluso apenas permite distinguir su rostro y es difícil entablar una conversación mientras los demás visitantes tratan de hacerse entender a gritos. La habitación de la derecha tiene más luz, permite hablar sin alzar la voz y la separación consiste en una mampara de cristal. Mientras espero las indicaciones del funcionario de prisiones, mentalmente me he decantado por la penumbra del lado izquierdo, en la creencia de que me proporcionará una mayor distancia con el entrevistado y hará más fácil conversar con presos cuyos delitos me provocan repulsión. El funcionario indica la habitación de la izquierda y Damian Walker llega poco después. Se sienta frente a mí, tratando de reconocer a través de la rejilla a la persona que ha pedido verle.

—¿Nos conocemos? —pregunta.

—No. Soy... un periodista. Quería charlar.

—¿Sobre?

—Su vida en la cárcel... El juicio... Los delitos de lo que está acusado. Entendería que no quisiera, por supuesto.

—No, no. Está bien. Podemos hablar.

Damian Walker tiene 27 años y ha cumplido el primero de sus 10 años de condena por abusar de niños de entre 11 y 14 años. Encontraron cientos de fotografías pornográficas en las que aparecía con sus víctimas, así que «no tenía sentido» negar lo que había hecho. Se declaró culpable. Dice que siempre se ha sentido atraído por los niños, pero que en el ambiente conservador de su Australia natal había conseguido reprimir sus impulsos. Todo su autocontrol se desvaneció nada más llegar a Camboya, donde había sido contratado para trabajar en la escuela Luz de la Esperanza, un orfanato camboyano gestionado por una organización cristiana. Walker se vio en un país sin ley donde todo el mundo parecía hacer lo que le venía en gana, simplemente por el hecho de que podía hacerse. El miedo a las consecuencias de sus actos había desaparecido.

El profesor de escuela habla sin apenas alterarse del alivio que sintió cuando al fin fue arrestado, describe sin dramatismo las condiciones de la prisión y reflexiona sobre la certeza de que no importan los años que pase en la cárcel, el suyo es un delito que le perseguirá siempre. Su voz solo se resquebraja cuando le pregunto por sus víctimas, la indefensión en la que se encontraban frente a él y el daño que han sufrido. Lloro.

—Sí, lo entiendo, pero yo no soy un criminal, sino un enfermo, y a los que tenemos mi enfermedad no nos ofrecen un tratamiento, simplemente nos desprecian y arrinconan. No quiero que me saquen de aquí porque solo conmigo dentro los niños están seguros fuera. Estoy enfermo, ¿entiende? No me veo capaz de controlar mis actos. No hay salida para alguien como yo. He buscado y he encontrado ayuda en Dios, pero no sé si me dará las fuerzas suficientes.

Al igual que sucede con el genocida o el terrorista, el delito de pederastia nos aborrece demasiado para aceptar que ha sido cometido por una persona. Y, sin embargo, el preso que tengo frente a mí habla como una persona, llora como una persona y pide ayuda como una persona. No quieres concederle esa condición. Si lo hicieras, es posible que sintieras compasión. ¿No estarías entonces disminuyendo la gravedad de sus actos? Mientras habla, haces un esfuerzo por recordar a sus víctimas. Te repites que solo él es responsable de su rechazo y los años de cárcel que le esperan. Agradeces que te hayan dado la habitación de la izquierda: te separa de él, evita que tengas que mirarle a los ojos y te muestra, a través del enrejado, a una persona deformada. Y es así, frente a un rostro distorsionado, como te convences de que es un monstruo. Que no tiene nada que ver contigo.

Walker es víctima de sus propios actos y del final de los años de impunidad en los que violar la infancia de Camboya salía gratis. La actitud de las autoridades empieza a cambiar a finales de los años 90 por la presión de las ONG. Algunas dejan de conformarse con pegar carteles alertando de que mantener relaciones sexuales con menores es un delito o lanzando campañas de concienciación. Los activistas más militantes vigilan a los sospechosos, los siguen hasta sus hoteles y entran en sus habitaciones con cámaras de vídeo para grabarles, en un intento de reunir una evidencia a prueba de sobornos. El objetivo es terminar con las absoluciones de agresores que eluden la justicia comprando a magistrados y policías. Darnaudet Thierry, de la organización francesa Action pour les Enfants, es uno de los que han vivido la transformación, de cooperante humanitario a vigilante callejero.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —dice—. Hemos tenido el caso de un juez que ante una fotografía del acusado manteniendo relaciones con una

víctima señaló la imagen y le preguntó: «¿Conoce usted a este niño?». Pagan y se marchan, así de sencillo. Pero la vida de sus víctimas ha sido destrozada para siempre.

El activista mantiene una red de espías camboyanos repartidos por Phnom Penh, en su mayoría jóvenes que trabajan como taxistas o tienen motocicletas para moverse por la ciudad. Su trabajo consiste en patrullar las zonas turísticas, localizar sospechosos y seguirles hasta las habitaciones de sus hoteles, cuando lo hacen acompañados por menores. El más desesperado de los presos de la Jungla Blanca es Olivier M. Frenoy, un francés de 36 años que asegura haber sido víctima de una trampa por parte de Action pour les Enfants. Cumple una condena de 15 años y pregunta insistentemente por la cobertura que su caso ha tenido en la prensa, alarmado ante la posibilidad de que su entorno social sepa el motivo que le ha impedido regresar a París tras sus vacaciones. Sostiene que mantuvo relaciones consentidas con dos menores de 13 y 14 años, una edad legal en países como España hasta el reciente cambio de legislación. Asegura que las ONG necesitan llevar a cabo el mayor número de detenciones para crear la sensación de que el problema de la pederastia aumenta y recibir más fondos con los que mantener sus operaciones.

—¿Qué han conseguido? —se pregunta—. Destrozar la vida de un inocente.

He pedido autorización para hacer mi última entrevista, con Alain Filippo Berruti, en la habitación de la derecha, donde la separación es de cristal y no es posible evitar la mirada de tu interlocutor. Aunque está reservada para familiares directos del recluso, el funcionario de prisiones acepta. El electricista italiano cogió un avión a Phnom Penh en 2002, se hospedó en una pensión discreta del centro de la ciudad y llevó a cuatro niños de entre 11 y 14 años a su habitación. Dice no tener quejas sobre las condiciones en Prey Sar —«¿Sabe lo que hacen con nosotros en las cárceles europeas?»—, asegura que espera cumplir los cinco años que le quedan y agradece la visita. Los violadores de la Jungla Blanca han sido repudiados por sus familias y abandonados por sus amigos. Sus Gobiernos se niegan a ayudarles. Los países occidentales suelen hacer un esfuerzo por sacar a sus ciudadanos de prisiones del tercer mundo a través de acuerdos bilaterales y

acciones diplomáticas, pero no cuando se trata de sentencias por pederastia. En lugares como la Jungla Blanca, no tienen contacto con nadie, ni siquiera con otros pedófilos. Evitan cruzarse en el patio.

—Entre nosotros no hay amistad —explica Berruti—. Quienes tenemos este problema tenemos un carácter extraño y retraído. Ver a otras personas como nosotros nos recuerda lo que somos, es como mirarse al espejo. No te gusta lo que ves.

Berruti esperó durante días la respuesta a la carta que había enviado a sus padres en Italia. Cuando finalmente llegó, no terminaba de decidirse a abrirla. Reconoció la letra de su padre. Le decía que para ellos seguía siendo su hijo. Le mandaban dinero y le aseguraban que estarían con él y le ayudarían en lo que pudieran.

—Me han perdonado —dice el preso—. ¿Sabe lo que eso significa?

—Quizá las víctimas no lo hagan nunca.

—Lo comprendería. Pero saber que mi familia todavía me quiere me ha dado fuerzas para intentar cambiar.

—¿Estarían a salvo los niños si saliera de la cárcel?

—Supongo que no lo sabré hasta que no esté fuera.

—Parece un riesgo demasiado elevado, esperar a ver cómo se comporta cuando salga.

—¿Y cuál es la solución? —dice Berruti, levantando el tono de voz—. ¿Encerrarnos de por vida? ¿Ejecutarnos? Eso no cambiará nada. Hay más gente como nosotros ahí fuera.

Entrevistar a Berruti mirándole a los ojos no despeja ninguna de mis dudas. No soy capaz de distinguir si su arrepentimiento es sincero o parte de una actuación. Su cercanía se ha ido haciendo cada vez más incómoda, hasta que pongo fin a la entrevista. Cuando estoy a punto de marcharme, me pide un favor. Quiere saber si, en una próxima visita, puedo traerle chocolate Nutella. Le digo que lo intentaré, aunque sé que no habrá una próxima visita.

# El hombre que traicionó a Bin Laden

Solo su condición de estricto musulmán impidió a Nasir Abas celebrar con una gran fiesta la caída de las Torres Gemelas. El 11 de septiembre de 2001 se encontraba reunido con los principales miembros de su célula terrorista cuando la televisión mostró las imágenes del ataque en Nueva York. Gritos de «Alá es Grande» recorrieron la habitación. Hubo abrazos y lágrimas (de alegría). Al preguntarle qué sintió en ese momento, Abas hace una larga pausa, rescata por un momento al hombre que dice haber dejado atrás, y admite:

—Sentí que se había hecho justicia.

Qué lleva a alguien a creer que se ha hecho justicia masacrando a miles de inocentes es algo que el propio Abas no sabe explicar. Requiere de un persistente adoctrinamiento desde la infancia, la deshumanización completa del otro, grandes dosis de fanatismo —religioso o de otro tipo— y esa capacidad tan humana para el odio. Nada de ello permanece en este antiguo terrorista con el que me he citado en un discreto hotel de Yakarta. Llega mirando de reojo a su alrededor, tras haber reservado la mesa más alejada de la entrada. Abas debe cuidarse las espaldas desde que cambió de bando. El ex dirigente de Al Qaeda recorre estos días las prisiones de Indonesia tratando de convencer a sus ex compañeros de que sigan su ejemplo y abandonen la violencia. Organiza encuentros entre los autores de los atentados y las madres de los asesinados, convencido de que su rehabilitación pasa por que comprendan el sufrimiento que han causado. Les recuerda que nada hay en el Corán que justifique sus acciones. Y les habla de su propia redención, las primeras dudas surgidas durante aquella celebración del 11-S —«¿En qué me había convertido?»— y el sentimiento de culpa que sintió tras los atentados de Bali.

El ataque contra los clubes Sari y Paddy's en la playa balinesa de Kuta fue el primero de varios atentados terroristas que cubriría para el periódico. Cuando llegué, los edificios donde se encontraban las discotecas habían desaparecido. Los operarios recogían pedazos de cuerpos de los alrededores y de tejados de casas cercanas. Heridos buscaban alivio en las piscinas de los hoteles de la zona porque no había en toda la isla una unidad para tratar quemados. Jóvenes que horas antes bailaban y se divertían yacían ahora en una sala sin aire acondicionado del hospital Sanglah, con sus cuerpos abrasados. Los cadáveres de los fallecidos estaban alineados y envueltos en bolsas de plástico. Familiares y amigos buscaban a los suyos, parándose en cada bolsa y abriendo la cremallera sin querer mirar. Pero no había nada identificable en aquellos cuerpos. Los pasillos se habían ido llenando de carteles con las fotografías de los desaparecidos: «Natalie, francesa de 20 años, 160 centímetros de altura, pelo castaño. Tenía un pequeño tatuaje en el hombro izquierdo con la palabra 'Holy' [Sagrado]». «Mark, 20 años, vestía una camiseta azul balinesa, pelo teñido de rubio, una cicatriz en la rodilla derecha». «¿Alguien ha visto a este chico? Danny Lewis. Australiano, pelo rizado. Por favor, póngase en contacto con sus padres. Teléfono...». Cada poco tiempo una enfermera venía y ponía un nombre en una de las dos listas pegadas en la pared, la de los «encontrados vivos» y la de los «confirmados muertos». En la parte trasera del hospital balinés, en un jardín abandonado, se amontonaban decenas de ataúdes improvisados con maderas y clavos para ir colocando en ellos a los 202 fallecidos. Junto a la sala mortuoria, en un pequeño despacho, seis funcionarios atendían las llamadas de padres que telefoneaban desde todos los rincones del mundo preguntando por sus hijos. «Encontrado vivo», respondían a unos. «Confirmado muerto», decían a los otros.

Como uno de los cuatro líderes de Yemaa Islamiya, el brazo armado de Al Qaeda en el sureste asiático, Abas había reclutado y entrenado a los responsables de la masacre de la playa de Kuta. Los autores eran amigos e incluso familiares suyos. Esta vez, en lugar de la sensación de justicia que experimentó al ver caer las Torres Gemelas, Abas sintió náuseas. En una reunión de la cúpula terrorista en la ciudad javanesa de Tawangmangu, donde se planeaban operaciones con las que causar el mayor número de

víctimas, se había dirigido a sus compañeros para expresar su oposición a las acciones contra objetivos civiles:

—Quiero ayudar a los musulmanes, en Afganistán o donde sean oprimidos. Todavía pienso que es una lucha legítima. ¿Masacrar a gente en una discoteca? No es guerra santa. Es un crimen.

Uno a uno, los miembros de Yemaa Islamiya fueron arrestados. El turno de Abas llegó en abril de 2003. Lo primero que le llamó la atención fue la suavidad con la que fue interrogado. Se había preparado para soportar torturas e insultos, pero el director del grupo antiterrorista indonesio, Bekto Suprpto, le habló como lo haría un padre con un hijo descarriado.

—Mírame a los ojos, ¿te parezco un enemigo del islam? —preguntó el policía, recordándole que también él era musulmán—. Si no estás de acuerdo con los atentados, ayúdanos a pararlos.

Nasir Abas asintió con la cabeza. Y con ese simple gesto dijo adiós definitivamente a una vida en permanente fuga que le había llevado a unirse al Frente Moro de Liberación Islámica (MILF) en Filipinas, dedicar sus energías a la formación de cualquiera que quisiera empuñar un arma en defensa del islam y luchar en Afganistán junto a Osama Bin Laden, con el que había compartido la ambición de aterrorizar a Occidente. Ese sueño había terminado para él con el arrepentimiento y lo haría, unos años después, para el líder de Al Qaeda. Con una bala en la frente.

Había imaginado tantas veces la noticia urgente anunciando la muerte de Bin Laden, desde que cubrí para el periódico su huida a través de las montañas de Tora Bora en diciembre de 2001, que cuando finalmente llegó sentí que ya la había escrito. Lo único sorprendente era el tiempo que habían tardado los americanos en encontrarlo, en parte porque habían buscado con demasiado celo. Lo imaginaban en montañas remotas, cuevas inaccesibles y tierras de nadie, protegido por tribus afines. En realidad estaba viviendo una vida plácida y familiar en una mansión de Abbottabad, con vistas a la Academia Militar de Pakistán.

Una larga fila de periodistas esperábamos al día siguiente el visado que nos permitiera viajar a Pakistán. El cónsul iba repasando las solicitudes, decidiendo quién podría coger el próximo vuelo a Islamabad y quienes lo perderían. Como casi todos los diplomáticos, no soportaba a los periodistas,

siempre escribiendo cosas negativas sobre su país. Pero a mí me tenía aprecio. Un año antes me había denegado un visado, protestando por la cobertura de los medios. Le aseguré que los reporteros también contábamos lo bueno que tenía Pakistán y que un tiempo atrás había escrito un bonito artículo de viajes sobre la ciudad de Lahore.

—Vaya —me dijo—. Yo soy de allí. Si es verdad lo que dices, tráeme la revista y te daré tu visado.

Dos horas después volví y le enseñé el que quizá fuera el único reportaje positivo que había escrito sobre Pakistán en una década, con un gran despliegue de fotografías de puestas de sol, ruinas ancestrales y mezquitas históricas.

—¿Ve? —le dije—. No todo lo que escribimos es negativo.

Esta vez el cónsul me retuvo en su despacho durante cerca de una hora, describiéndome teorías conspirativas que siempre terminaban responsabilizando a la India de todos los males de su país, hasta que perdí la paciencia y le dije bruscamente que si no salía de allí enseguida no llegaría a tiempo al aeropuerto.

—Y créame si le digo que he esperado una década para cubrir esta historia.

—Entonces, no se hable más —dijo aprobando mi visado—. Si encuentra tiempo, vuelva a escribir de algún destino turístico. Las montañas de Chitral, ¿quizá?

Esa tarde cogí un vuelo a Islamabad y desde el aeropuerto partí por carretera a Abbottabad. Los curiosos se agolpaban frente a la casa de Bin Laden. Un vendedor ambulante anunciaba con la bocina de su motocicleta ofertas especiales en ramos de flores, mientras otro empujaba un carrito de helados. Varios niños se acercaban a los visitantes ofreciendo supuestos restos del helicóptero estadounidense siniestrado durante la *Operación Gerónimo*.

—Es auténtico, un tornillo de la hélice —decía Ahmad, que lo ofrecía por cinco dólares.

Pensé que Bin Laden no estaría feliz al ver que horas después de su muerte no había manifestaciones de protesta, funerales en su honor ni peregrinaciones para recordarle. Solo turistas, periodistas y avisados comerciantes de nostalgia terrorista.

Abbottabad había sido un popular destino turístico desde su fundación por el oficial británico James Abbott en 1853. Jubilados y visitantes de fin

de semana disfrutaban de su paisaje, su clima y lo poco que quedaba de la arquitectura colonial del siglo XIX. Algunos vecinos dejaban ahora caer la idea de revivir una industria turística en decadencia, convirtiendo la casa del líder de Al Qaeda en un museo. Pero las grúas se presentaron a los pocos días para demoler sus planes. No porque las autoridades de Pakistán temieran que el complejo fuera a convertirse en un símbolo para los radicales, sino porque recordaba al mundo dos opciones igualmente incómodas sobre lo ocurrido. O Islamabad había estado protegiendo al fugitivo más buscado del mundo o sus fuerzas armadas eran patéticamente inútiles, permitiendo que un comando estadounidense llevara a cabo una operación militar de esa envergadura a pocos metros de una de sus bases. En cualquier caso, Abbottabad no tendría su *Binlandia*, parque temático del yihadismo.

Abas no sintió nada especial al conocer la muerte de Bin Laden. Lejos quedaban los tiempos en los que había visto en él al Comandante de los Creyentes y esperanza del mundo islámico. Su redención, dejar atrás culpas pasadas, requería traicionar al líder de Al Qaeda, a sus compañeros de Yemaa Islamiya e incluso a su familia. No había vuelto a mirar atrás, colaborando en la detención de decenas de ex compañeros y haciendo bueno su compromiso de que haría todo lo posible por evitar nuevos atentados. Había visitado a más de 700 terroristas encarcelados en Indonesia, buscando la manera de que también dejaran la violencia y logrando rehabilitar a decenas de ellos. Iba por aldeas y ciudades javanesas explicando su transformación de terrorista en aliado contra el terrorismo. Pero todo su poder de persuasión, sus esfuerzos por compensar los errores del pasado, habían fallado con los más cercanos: los terroristas que él mismo había adoctrinado y entrenado.

Un día, poco después de que empezara a colaborar con la policía, Abas recibió una carta remitida desde prisión. Era de Mujlas, uno de los tres principales participantes en los atentados de Bali y marido de su hermana. Le acusaba de ser «un traidor y un infiel», reiteraba que no se arrepentía de las muertes que había causado y le hacía saber que nada de lo que él hiciera acabaría con la causa que ambos habían compartido en el pasado. Otros tomarían su lugar. Cuando fue condenado a muerte, junto con su hermano

Amrozi e Imam Samudra, el cuñado de Abas gritó tres veces «¡Alá es grande!», y después pidió que le ejecutaran por el más islámico método de la decapitación. Era una solicitud chocante, teniendo en cuenta que él no había dejado a sus víctimas escoger de qué manera deseaban morir.

El 9 de noviembre de 2008 fue fusilado.

Las escenas del atentado de Bali habían aumentado mi interés por comprender la psicología del terrorista. Incluso si se prefería explicar su existencia en que se trataba de simples «monstruos», era evidente que no siempre lo habían sido. ¿Qué los había convertido en personas capaces de masacrar indiscriminadamente, sin que les importara siquiera su propia vida? La escuela coránica Al Mukmin donde Mujlas y otros autores de los atentados de Bali habían estudiado queda en la ciudad de Solo, en Java Central. Decenas de niños inclinan la cabeza sobre el Corán en una habitación sin adornos, repitiendo versos que han memorizado sin comprender su significado. La peculiaridad del lugar, en comparación con otros colegios islámicos que había visitado en Pakistán, es que la mayoría de los alumnos no han adornado las paredes de sus dormitorios con fotografías de Bin Laden, eligiendo en su lugar a futbolistas del Real Madrid y el Manchester United. Los niños ríen, bromean y hablan de fútbol como los de cualquier otro sitio. Cuesta imaginarse a ninguno de ellos, en unos años, volando discotecas por los aires.

El objetivo de la escuela es mantener a sus alumnos lo más aislados posible, lejos de la contaminación exterior que pueda hacerles ver que no hay tanto que les separe de esos otros niños de Londres o Madrid que también adornan sus cuartos con las imágenes de sus jugadores de fútbol favoritos. Las matemáticas o la literatura son lo de menos: la asignatura más importante es el miedo. Los profesores tratan de reforzar la idea del enemigo por encima de todas las cosas. Uno feroz e implacable. Que busca destruirte. Corromperte. Que odia el islam y todo lo que representa. Por encima de la religión incluso, se enseña a temer. La forma de evitar el gran peligro que se cierne sobre cada alumno, sus familias y sus comunidades es destruir la amenaza antes de que te pueda destruir a ti. Y si el enemigo busca tu aniquilación y la de los tuyos con tanta determinación, ¿no está justificado eliminarlo antes?

El líder espiritual de la escuela, Abu Bakar Bashir, repite el mensaje de que los verdaderos terroristas están en los países occidentales. No son solo sus líderes: cada uno de sus ciudadanos. Ellos elijen a sus dirigentes y, por lo tanto, comparten la responsabilidad en las injusticias que se cometen contra los musulmanes. Los fallecidos en Bali eran «serpientes y gusanos» que vivían en la decadencia y merecían morir. Antes de ser arrestado y encarcelado, Bashir me resume en una frase su visión del mundo, la que durante años ha enseñado a sus alumnos de Al Mukmin:

—Los muertos palestinos van al cielo, los de Bali han ido al infierno.

Nasir Abas entiende mejor que nadie cómo funciona Al Mukmin. Fue formado en un lugar parecido y sabe que la clave para fabricar un terrorista está en los primeros años de su vida, cuando su mente puede ser moldeada con mayor facilidad. Mientras conversamos en el apartado del hotel de Yakarta, Abas saca de su cartera el cómic que ha empezado a distribuir entre las escuelas indonesias, protagonizado por él mismo. El libro narra sus inicios en una escuela coránica, su reclutamiento a los 15 años, su bautizo de fuego tres años después, en Afganistán, su formación como experto en bombas y el entrenamiento que ofreció a otros militantes, antes de renunciar a la violencia. El cuento de su vida, representado en ese superhéroe que la prensa ha bautizado como *Capitán Yihad*, es su respuesta a los ulemas y los colegios donde se ponen las semillas de futuros atentados. Podía comprender los motivos que habían llevado al ex miembro de Al Qaeda a renegar de la violencia, pero sorprendía la energía con la que había abrazado su nueva misión contra sus ex compañeros. Al preguntarle el porqué, Abas lanza un prolongado suspiro y menciona una cifra: 800. Dice que es el número aproximado de jóvenes que entrenó en el uso de armas y explosivos, en campamentos repartidos por el sureste asiático.

—Algunos han sido detenidos —dice—. A otros los he convencido de que deben dejar la lucha armada. Pero todavía hay muchos que siguen operativos, planeando nuevos ataques. Cada vez que escucho la noticia de un nuevo atentado, temo que haya sido llevado a cabo por alguno de mis alumnos.

Amaneceres

## Grandes esperanzas

Puntual como cada mañana, el doctor Liu recorre habitación por habitación alargando, milímetro a milímetro, los sueños de sus pacientes. «Una y dos», repite al girar un par de veces las tuercas de los artilugios ortopédicos que estiran las piernas de las jóvenes ingresadas en el hospital del Ejército del Aire de Cantón, al sur de China. El mecanismo ideado por los médicos extiende el cuerpo 0,07 centímetros al día, 0,5 centímetros a la semana, dos centímetros al mes...

—Quiero ser alta, más alta, altísimaaaaaaa —dice la joven Linyin entre risas mientras trata de mover sus piernas, enredadas en un amasijo de hierros y tornillos.

Linyin supo de la operación para prolongar las piernas gracias a un programa de la televisión china. A la mañana siguiente sacó todos sus ahorros del banco y pidió hora para operarse. La intervención ha supuesto cortar los fémures de sus dos extremidades inferiores y unir las dos mitades con clavos de metal. Después se incorpora el aparato ortopédico con el que cada día los médicos estiran los músculos, huesos y nervios de las piernas. La secretaria de una empresa de distribución, de 26 años, asegura que no tuvo más remedio que someterse a la operación tras leer un anuncio de un casting de modelos en el que se pedía una altura mínima de 170 centímetros. Ella solo medía 162.

—Pronto mediré 1,70 y seré una estrella —dice, decidida a cambiar la oficina por la pasarela.

China ha recuperado su lugar entre las grandes potencias del mundo. Los líderes del resto de países hacen cola para ser recibidos por los nuevos emperadores de Pekín. Sus empresas compran multinacionales americanas

y europeas. Su influencia se extiende a los confines de África, América Latina y las remotas islas del Pacífico. Los académicos hablan de su dominio como algo inevitable y citan incansablemente la advertencia de Napoleón 200 años antes: «Cuando China despierte el mundo temblará». Es muy posible que ningún país haya progresado más rápido en menos tiempo. A veces se olvida que en los años 50, China era tan pobre como las más subdesarrolladas naciones del África subsahariana y que durante mucho tiempo su población tuvo problemas para alimentarse. Hoy compite en todo con las naciones más avanzadas. Que hay que fabricar: China lo hace más rápido y en mayor cantidad que nadie. Levantar infraestructuras: sus trenes son los que llegan más lejos, sus aeropuertos los más grandes, sus rascacielos los más altos. No pasa un día sin que la prensa destaque un nuevo récord. Y, sin embargo, un dirigente advierte, en algún despacho del partido, una sombra que empaña el viaje del país hacia la supremacía global: los ciudadanos de Japón, un rival siempre detestado, superan en altura a los chinos. Exactamente, 68 centímetros más de media.

El régimen comunista organiza una campaña para corregir semejante afrenta al orgullo nacional. La propaganda habla de la necesidad de una alimentación adecuada y pone como ejemplo a camaradas que han logrado con su esfuerzo crecer unos centímetros extra. Huang Xinye, una niña de 14 años, es aupada a la condición de heroína después de que abandonara su pobre pueblo de pescadores del sur del país para ganar un importante concurso de modelos gracias a sus 180 centímetros de altura. Huang, «que bebió mucha leche en su infancia», ha sido seleccionada por la agencia de modelos internacional Elite y ha comenzado a trabajar en las pasarelas de Europa. Yao Ming, el jugador de baloncesto convertido en estrella de la NBA, se hizo fuerte gracias al deporte y la alimentación adecuada. En algunas aldeas los padres empiezan a enviar a sus hijos a la escuela con una tabla de madera atada a la espalda, para que crezcan altos y derechos. Las guarderías han recibido la orden de dar un vaso de leche al día a cada niño, decenas de científicos han sido destinados a programas que buscan el secreto del crecimiento humano y los hospitales públicos han sido autorizados a alargar, giro de tuerca a giro de tuerca, a todo aquel que esté dispuesto a pagar la operación.

En el hospital del Ejército del Aire de Guangzhou, sobre cada camilla, una joven y su sueño.

—Encontrar trabajo —dice una.

—Encontrar la felicidad —dice otra.

—Encontrar marido —dice la de más allá.

Atrás quedan los intentos fallidos de ganar altura con Preparados del Crecimiento Feliz, un fármaco que promete seis centímetros más, las caminatas llevando el calzado con supuestas capacidades magnéticas que estimulan la circulación hasta potenciar el crecimiento o las dietas a base de lácteos. El doctor Liu recuerda que, una vez llegada a la edad adulta, su método es lo único que funciona. «Una y dos», repite al girar las tuercas de los artilugios ortopédicos capaces de expandir personas, al menos físicamente. Linyin soporta el dolor con una sonrisa. El anuncio en el periódico dice que las candidatas a modelo deben medir al menos 170 centímetros. Ni uno menos. Ha invertido el salario de un año en ganar ocho centímetros. También ella, como China, tiene un sueño:

—Ser más grande.

Antes de que el Gobierno de Pekín me prohibiera la entrada en el país, ofendido por mis reportajes sobre el Tíbet, me fascinaba viajar por China. No la de los rascacielos de Shanghái que tanto deslumbra a diplomáticos y empresarios, sino la China rural que lucha por conservar su espíritu en mitad de una carrera por el dinero que ha deshumanizado las ciudades, afeado los paisajes y contaminado el medio ambiente.

Quizá China se encuentra en mitad de un nuevo amanecer, como vaticinó Napoleón, pero en lugares como Linfen es difícil distinguir si ha comenzado un nuevo día. En la ciudad de la provincia de Shanxi el reloj marca las ocho de la mañana y la predicción del tiempo anuncia cielos despejados, pero al descorrer la cortina de la habitación de mi hotel todo sigue oscuro. Una penumbra grisácea y espesa envuelve la ciudad. Los coches que cruzan la avenida principal llevan las luces encendidas y la falta de visibilidad no permite distinguir edificios situados a 100 metros de distancia. Miles de personas caminan de un lado a otro hacia sus trabajos con los rostros cubiertos por mascarillas, abriéndose paso a través de la densa niebla de polución que mantiene este lugar en tinieblas. Linfen, en el corazón minero de China, es la ciudad más contaminada del mundo.

Peng Xinding, uno de los pacientes que viven conectados a tanques de oxígeno en la unidad de respiración asistida del principal hospital de la

ciudad, es lo que los funcionarios comunistas describen como una víctima colateral del progreso. La escasez de medios obliga a los enfermos a turnarse para conectarse a los tres respiradores disponibles. Los médicos dicen que un día respirando el aire de Linfen equivale a fumar 30 cajetillas de tabaco.

—Este ha dejado de ser un lugar donde los seres humanos pueden vivir —dice resignado Peng, que como tantos otros pensionistas de Linfen ha recibido la recomendación médica de no volver a poner un pie en la calle.

Mirando las cifras macroeconómicas, ¿quién puede discutir el éxito de China? Desde su apertura en 1979, cientos de millones de personas han dejado atrás la pobreza. Nuevos ricos cruzan las ciudades en coches deportivos. La economía crece una media del 10% anual. Y, sin embargo, en Linfen —y en menor medida en decenas de ciudades similares— el sol no se deja ver más de 20 días al año, la mitad de las fuentes de suministro de agua de la ciudad están envenenadas, los agricultores se han arruinado porque nadie quiere unas verduras que se presumen contaminadas y las tiendas de moda han dejado de vender ropas de colores claros porque se ennegrecen nada más salir a la calle. Dieciocho de las veinte ciudades más contaminadas del planeta están ahora en China, sus cinco principales ríos han sido tan intoxicados que en algunas zonas son dañinos incluso al tacto, la mitad de los bosques han desaparecido desde 1978 y monstruosas ciudades industriales se levantan sobre lo que antes eran aldeas.

En Xiditou, un pueblo de 6.000 habitantes situado cerca de la ciudad de Tianjin, los vecinos llevan un tiempo anotando los nombres de los muertos por cáncer. Wang Peiting, de 41 años, vencido por la leucemia; Liu Dequan, de 52, por el cáncer de pulmón; Zaho Cuian, de 40, cáncer de huesos. Cuando los muertos superan los 300, los vecinos convencen a un grupo de científicos para que investiguen por qué la incidencia de cáncer entre sus habitantes es 30 veces superior a la media del país. La respuesta está en lo que una vez fue conocido como Río de la Fertilidad. Los niños solían bañarse desnudos en sus aguas, los jubilados pasaban los domingos pescando a su vera y sus carpas se servían en los restaurantes con salsa de soja. Nadie se pone de acuerdo sobre el momento en que el agua empezó a bajar turbia, los peces a morir sin explicación y el hedor a hacerse insoportable. Un día alguien dijo que se marchaba al Río Negro y en adelante ese fue su nuevo nombre.

Los habitantes del pueblo se concentran frente a las oficinas del partido. Quieren que su afluente vuelva a ser el Río de la Fertilidad. Piden el cierre de fábricas y normas sobre polución. Los funcionarios responden:

—¿No somos acaso más ricos ahora?

Todo cuesta un poco más en el país más poblado del mundo. Cuando te presentas a las pruebas de acceso a la universidad, lo haces con otros nueve millones de estudiantes. Cuando acudes a una entrevista de trabajo, la cola de candidatos da la vuelta a la manzana. ¿Quieres ser modelo? También decenas de millones de chicas tanto o más altas que tú. Es difícil negarle a los chinos, con su historia de sacrificios y penurias, el derecho a avanzar. Pedirles que sigan siendo el país donde la gente lo tenía todo, porque había aprendido a vivir sin nada. Pero entristecía verles abocados a cometer el primer gran suicidio medioambiental de una nación. El Gobierno parece darse cuenta al fin de la urgencia de la situación. Refuerza las leyes e invierte grandes cantidades de dinero en tratar de recuperar lo perdido y proteger lo que queda. La prensa recibe autorización para denunciar los desastres ecológicos. Poco a poco, se desarrolla una conciencia nacional que pide avanzar sin destruir. Se pregunta: ¿de qué nos sirve el dinero si no podemos respirar el aire de nuestras ciudades? Teme que sea demasiado tarde.

Es posible admirar el viaje chino hacia el progreso y preguntarse si con el tiempo su gente no echará en falta las cosas que han ido quedando en el camino. Si miro atrás a los tres lustros que he pasado recorriendo Asia, no puedo evitar pensar que algo parecido ha sucedido con el resto del continente. Los centros comerciales, los rascacielos, los puentes, aeropuertos y nuevas urbes, todo lo que he visto crecer delante de mis ojos, se revela como una indiscutible historia de éxito. Y, sin embargo, ese desarrollo me resulta cada vez más superficial y desequilibrado, porque a menudo se ha basado en potenciar cosas y no personas. La nueva riqueza se ha llevado la esencia de muchos países, ha dañado sin remedio el medio ambiente, ha comprometido la calidad de vida de próximas generaciones, no ha ido acompañada de un refuerzo de la sociedad civil o el Estado de derecho y tampoco ha suavizado el nacionalismo de los pueblos orientales, que dibuja un futuro de conflictos en el horizonte. Quizá lo que falta está en

camino y pronto se sumará a la capacidad de trabajo y de superación de los asiáticos para llevarles a dominar el mundo, como predicen los analistas más optimistas. Tal vez pueblos como el chino encuentren aún la manera de continuar su viaje sin borrar su historia ni cambiar su carácter, una vez descubran que pueden cumplir sus grandes esperanzas sin huir del pasado.

## El sueño del hobbit

El primer conductor que he contratado para que me lleve a Rampasasa, donde espero encontrarme con los pigmeos de la isla indonesia de Flores, no se ha presentado a la cita. El segundo me ha pedido una fortuna al advertir mi desesperación. Un tercero se ha presentado con un coche que circulaba cuando el Muro de Berlín seguía en pie y un ordenador era «portátil» si podían llevarse de una habitación a otra en carretilla. A mitad de camino, como me temía, nos deja tirados.

—*Not good* —dice Bambang, mi conductor.

—*Not good* —asiento.

Había dado por hecho que pasaríamos la noche en el camino cuando vemos acercarse un coche con una pareja de turistas suecos. Les doy el alto, se detienen amablemente unos metros más adelante y camino hacia ellos para explicarles nuestra situación. La mujer saca la cabeza por la ventanilla, me observa de arriba abajo, dice algo a su acompañante y arrancan a toda prisa como Bonnie and Clyde tras el asalto a un banco, desapareciendo en el horizonte. ¿Qué ha sido de la solidaridad entre viajeros? Al caminar de regreso me veo reflejado en la luna lateral de nuestro coche: un tipo andrajoso, con barba de seis días, la camisa ennegrecida con aceite de coche y una llave inglesa en la mano. También yo habría pisado el acelerador si me hubiera encontrado a alguien con esas pintas en un lugar remoto de las Islas de la Sonda, con la comisaría de policía más cercana a varias horas de distancia.

El viajero no cuida su aspecto como solía. Antes de la masificación del turismo, de los vuelos de bajo coste y los cruceros de oferta, cuando todavía era fácil llegar a un lugar al que llamar el fin del mundo, los más

distinguidos cruzaban el mundo sin quitarse el sombrero. William Somerset Maugham (1874-1965) completó algunos de sus viajes míticos acompañado de servicio, desplazándose en coche por lugares donde nunca habían visto uno, cruzando selvas sin despeinarse y bajando el Mekong con traje y corbata, desafiando el calor tropical. La presencia era importante, incluso si el mayor compromiso social previsto consistía en visitar una tribu de Papúa.

Somerset tenía una razón para viajar que siempre he compartido. Aunque difícil de creer en alguien que compaginó los oficios de médico, explorador, escritor y espía, manteniendo romances con mujeres y hombres indistintamente, e incluso a la vez, el autor de *El filo de la navaja* aseguraba cansarse de sí mismo con frecuencia. Solo viajando a lugares que le eran extraños y conociendo a gentes diferentes, sintiéndose libre de lazos y responsabilidades, conseguía ser otro por un tiempo.

—Nunca vuelvo con la misma personalidad con la que partí —decía.

En Bangkok, el escritor se hospedaba en el Mandarin Oriental en una época en la que su lobby solo podía cruzarse si se tenía apariencia de poder pagar la habitación. Cuando visité el hotel por primera vez, hace 16 años, todavía mantenía estrictas normas de etiqueta que incluían la prohibición de pasearse en bermudas y chanclas. Pero llegó la crisis en Europa y Estados Unidos, la emergencia de Asia se hizo cada vez más evidente y se produjo un cambio geopolítico que los académicos explican con sesudos ensayos y que puede simplificarse en una escena cada vez más corriente: la de esos hoteles de lujo donde el botones es francés o australiano y el tipo al que tiene que recibir con una reverencia indio, ruso o chino. Este es un cambio difícil de dirigir para los occidentales, tan acostumbrados a ser tratados con atenciones ligadas a su nacionalidad, el color rosado de su piel y la suposición de que siempre llevan más dinero en el bolsillo que sus anfitriones. Los nostálgicos ven con aprensión como el lobby del Mandarin Oriental se ha llenado estos días de bermudas y que en su veranda ya no se sientan tipos como Somerset, sino turistas chinos que se hospedan en la suite que lleva su nombre y mezclan el mejor vino francés con Coca-Cola. A estos establecimientos ya no les importa que sus clientes tengan aspecto de no poder pagar la habitación porque han comprendido que el mundo ha dejado de estar regido por Occidente o sus normas. Puede que todavía queden junglas blancas donde el europeo o estadounidense es tratado con deferencia colonial, pero empiezan a ser la excepción.

Bambang logra arrancar el coche y continuamos nuestro viaje hasta parar en el único puesto de comida que hay antes de llegar a Rampasasa. Los turistas suecos que pasaron de largo han tenido la misma idea y, al vernos, no saben dónde meterse.

—Se nos había estropeado el coche, pero entiendo que con este aspecto... —digo para romper el hielo.

—Vaya, lo siento mucho —dice él.

—¿Van ustedes a Rampasasa? —pregunto.

—Allí vamos.

—¿Los pigmeos?

—Eso es.

—¿Puedo pedirle un favor? —pregunto, esperando haberles convencido de que no soy un asaltador de caminos.

—Usted dirá.

—Vamos a salir delante de ustedes y el coche no parece fiable. Si nos volvemos a quedar tirados, ¿serían tan amables de recogernos? No me gustaría pasar la noche en la carretera.

—Cuenta con ello.

Dice la leyenda que la isla de Flores fue habitada por unos seres peludos y diminutos que vivían en cavernas, medían poco más de un metro, tenían largos brazos, caderas curvadas y el cerebro del tamaño de un mango. Los locales los han conocido siempre como los Ebu Gogo, una raza de antropomorfos que bien podría haber inspirado las historias de J. R. R. Tolkien. Nadie fuera de este lugar ha creído nunca que esos hobbits indonesios fueran más que creaciones mitológicas, pero un día se presentaron en la isla paleontólogos australianos e indonesios, escarbaron donde nadie lo había hecho antes y descubrieron el esqueleto de una mujer diminuta a la que pusieron el elegante nombre de la Dama de Flores. Su hallazgo, desvelado por primera vez en 2004 en la revista *Nature* y cuestionado después por otros investigadores, revelaría la existencia de una nueva especie humana, el *homo floresiensis*, que habría vivido en Flores hasta hace 13.000 años.

Los científicos, que suelen ser una especie educada, hace tiempo que han perdido las formas en el debate sobre la autenticidad de Flo, como se la

conoce cariñosamente. Se insultan en congresos sobre paleontología, se difaman en artículos de prensa y buscan cualquier indicio que menoscabe el prestigio del rival. ¿Es Flo parte de una nueva y desconocida especie como aseguran sus descubridores o un *homo erectus* aquejado de enanismo? ¿Son los pigmeos que viven en los alrededores de la cueva donde fue hallada sus descendientes?

Los habitantes de Rampasasa no tienen tiempo para largas discusiones científicas ni estudios paleontológicos. Las primeras columnas de madera se levantan a la entrada de la cueva de Liang Bua en lo que pronto será un museo en honor a la Dama de Flores, cuya estatua adorna ya la entrada. Está prevista la apertura de hostales, restaurantes y tiendas de recuerdos que transformarán para siempre esta pequeña aldea de 270 habitantes formada en su mayoría por hombres y mujeres con diminutos cuerpos de niño. Kornelis Jaman, el único vecino que puede chapurrear algo de inglés, ha sido nombrado responsable de la recién inaugurada oficina de turismo de Rampasasa, ubicada provisionalmente en su cabaña de madera. A la espera de la llegada de las hordas turísticas, por ahora limitadas a un matrimonio sueco y un periodista español, los vecinos se han reunido con funcionarios regionales para elegir el lema que acompañará folletos promocionales, carteles de bienvenida y anuncios de agencias de viajes: «Flores, tierra de los hobbits».

Mientras los investigadores debatían sobre la autenticidad de la nueva especie o qué hacer con los restos de Flo, los vecinos de este lugar dejaban alimentar el sueño de un nuevo amanecer: su rincón olvidado y pobre se convertirá en el próximo destino vacacional de los pudientes turistas chinos, americanos y europeos. Los visitantes tendrán la oportunidad única de convivir con los «descendientes de las cavernas» y experimentar un mundo que en teoría desapareció hace milenios. La aldea se transformará en pueblo, el pueblo en municipio, el municipio en ciudad... Y todas las cosas de la ciudad, las lavadoras y televisores grandes como las lavadoras, llegarán al fin a Rampasasa.

Vicktor Jajabud, un anciano de 80 años y escasos 125 centímetros de altura, imagina cómo será la vida sin las escaseces de siempre, cuando las nuevas generaciones no tengan que malgastar sus mejores años en el ingrato trabajo del campo ni marcharse a la capital. Habrá suficiente dinero para construir una clínica, una escuela y quizás llevar agua corriente a cada vivienda. La población local se quintuplicará en apenas dos años. Gentes de

otras partes de Flores vendrán en busca de trabajo y no al revés, como hasta ahora.

La cabaña del patriarca de los pigmeos de Flores se erige, proporcional a su tamaño, en lo alto de una pequeña colina con vistas a un bosque de café. El techo tiene poco más de metro y medio de altura, hay tres camastros que parecen sacados de un cuento infantil y una cocina a ras de suelo, con cacharros que parecen haber encogido. De una columna de madera cuelga un retrato de cómo debió ser la Dama de Flores, el regalo que dejaron los paleontólogos en agradecimiento por la hospitalidad recibida. Lo que no se explica Vicktor Jajabud es por qué a esos hombres tan estudiosos les llevó tanto tiempo concluir que ellos descenden de los seres que vivían en la cueva de Liang Bua donde se encontró a Flo, situada a escasos metros de su casa.

—Si nos hubieran preguntado, se lo habríamos explicado —dice.

Los vecinos de Rampasasa crecen escuchando historias sobre su parentesco con los Ebu Gogo. Su versión, aderezada con detalles mitológicos que difícilmente pasarían el corte de ninguna revista científica, es que hobbits y humanos convivieron en Flores durante siglos y que todo se complicó, como suele ocurrir, por culpa del amor. Uno de los habitantes de las cuevas quedó prendado de una joven de la aldea, se juntaron, tuvieron hijos y crearon la primera generación de pigmeos de Flores.

—Todos venimos de ahí dentro —dice Vicktor señalando la cueva de Liang Bua—. Basta con ver el retrato de Flo para ver que tenemos la misma nariz, el mismo gesto, todo. Escriba eso en el periódico y diga a todo el mundo que vengan a vernos.

Los pequeños habitantes de Flores fascinarían con el tiempo a Marco Polo en el siglo XIV y a los primeros misioneros portugueses que llegaron a la isla después de él. Dicen los lugareños que entonces había hombres de un metro de altura y que en la generación de sus abuelos no era extraño encontrar personas que apenas medían 110 centímetros, más pequeños que otros pigmeos conocidos. Todavía hoy es fácil ver adultos de poco más de 130 centímetros. Pero generación a generación, los vecinos de Rampasasa han ido ganando altura, en parte por los cada vez más comunes matrimonios mixtos entre pigmeos y residentes de aldeas vecinas. Es un crecimiento visto con preocupación en la comunidad, por temor a que ponga en peligro los planes de situar el pueblo en el mapa turístico internacional. ¿Quién

querría cruzarse el mundo para llegar a un sitio donde sus habitantes fueran tan altos como los de cualquier otro?

En reuniones al anochecer, mientras discuten los detalles de la transformación de la aldea, sus habitantes se comprometen a relacionarse solo con los suyos, garantizando la continuidad de la raza. Vicktor Jajabud pone como ejemplo a su hija Veronica, que ha contraído matrimonio con el pigmeo Fidelis, ambos con una altura de 135 centímetros. De ellos se espera que sus hijos sean pequeños. Que los hijos de sus hijos sean pequeños. Para mantener vivo, generación tras generación, el gran sueño de los pigmeos de Flores.

## El beso de Gandhi

La erukku mezcla la belleza de sus colores rosado y blanco con el líquido lechoso y altamente tóxico de su tallo. Los campesinos del estado de Tamil Nadu la han utilizado desde siempre para sanar enfermos, tratar la lepra y curar las heridas de sus elefantes. Pero su veneno, desarrollado como una fuente de autoprotección de la adelfa, es mortal cuando se ingiere directamente, sobre todo para los niños. Hay muchas formas de matar a una hija en la India. Las mujeres de Pudhupalayam prefieren utilizar el «beso de la flor del mal»: abren la boca del bebé, rompen el tallo de la planta y dejan caer unas gotas. A los pocos minutos se producen convulsiones. Después, el sueño.

Es mediodía y las mujeres de esta aldea del distrito indio de Salem han dejado sus trabajos en el campo para resguardarse bajo las palmeras y discutir abiertamente la ausencia de niñas en el pueblo. No hay falsas pretensiones de inocencia ni excusas. Las madres de Pudhupalayam admiten haber dado el «beso de la flor del mal» a decenas de sus hijas y se preguntan en voz alta qué otra cosa pueden hacer. Durante años han celebrado ceremonias, sacrificado animales y rezado a los dioses para que no les traigan más niñas.

—Pero siguen viniendo —protesta Pavayee, una campesina de 40 años que fue abandonada por su marido porque no le dio un hijo varón.

Tradiciones centenarias, pobreza y presión social han convertido el distrito indio de Salem en el lugar del mundo donde una niña tiene menos posibilidades de llegar a cumplir los cinco años. Las autoridades locales aseguran que más de la mitad son abortadas antes de nacer o asesinadas en sus primeros tres días de vida. La llegada de una hija es recibida en la capital del infanticidio con el pesimismo de un monzón sin lluvias o la muerte del ser más querido. No pueden heredar propiedades ni trabajar el

campo como los hombres. Cuando llega el momento de casarlas, la dote para encontrar novio obliga a sus familias a endeudarse de por vida.

«Paga 500 rupias ahora y ahórrate 50.000», dice uno de los carteles de Salem.

Uno podría morirse tranquilo habiéndose perdido la experiencia de viajar toda la noche en la tercera clase del tren indio que me ha traído a Salem desde la ciudad de Chennai. Es un tipo de aventura que atrae a muchos jóvenes mochileros, y sobran heroicas crónicas viajeras que aportan todo tipo de detalles sobre el mal olor soportado, la sensación de pasar horas encerrado con más personas de las que físicamente caben en el vagón o la desesperante lentitud con la que se avanza. Pasada cierta edad, uno prefiere trenes cómodos y puntuales, que huelen a perfume de damas distinguidas y sirven cócteles en el bar. Pero esto es la India y su red ferroviaria un vestigio de la época colonial, con vagones masificados, estaciones decrepitas y ninguna garantía de llegar a tu destino a la hora prevista. O de llegar, simplemente. Tras el choque de trenes de Gaisal, en el que murieron 290 personas en 1999, el periódico me encargó un artículo sobre los trenes de la India. Yo entonces era un joven y arrojado reportero que pensaba que una historia no estaba completa si en su elaboración no se pasaban grandes penurias, así que cogí un billete de tercera clase y me dispuse a cruzar el estado de Uttar Pradesh a bordo del *Maharaja*, que paraba en ciudades como Meerut —donde comenzó en 1857 el levantamiento contra los británicos—, Shamli y Saharanpur, casi en la frontera con China. Una muchedumbre se subía en cada parada, llenando el convoy hasta que fue físicamente imposible meter a nadie más. Entonces la gente empezó a subirse al techo. Alargué el cuello por la ventana y me dije que aquello podía aportar color a la historia. Si lo hacían los indios, ¿por qué no yo? Una vez arriba comprobé con aprensión que el techo estaba hecho de un metal resbaladizo, diseñado con una leve pendiente en los bordes, y que no tenía a qué agarrarse. Quise bajarme, pero ya era tarde: el traqueteo había empezado y con él la sensación de que en cualquier momento caería por uno de los lados. Los indios que también habían elegido viajar sintiendo el golpe del viento en la cara —además de gratis— se reían de mis apuros para mantener el equilibrio, sentados con las piernas cruzadas como si

estuvieran en el salón de sus casas. Varios jóvenes jugaban a las cartas y me preguntaban si quería entrar en la partida. Un anciano me ofrecía cacahuets. Y a todo respondía con una mirada embobada, incapaz de articular palabra porque todos mis esfuerzos se concentraban en evitar lo que para mis compañeros de viaje parecía tan sencillo: no morir como un idiota. Cuando finalmente el tren paró en la siguiente estación, las piernas me temblaban como flanes, tenía la garganta seca como si acabara de atravesar el Gobi y podía sentir los latidos de mi corazón. Los jóvenes que me habían ofrecido jugar a las cartas no entendían por qué abandonaba un asiento que consideraban de primera clase.

—En ningún sitio se viaja mejor —dijo uno de ellos ofreciéndome su mano para que volviera a subir.

Más adelante supe que cada año, efectivamente, decenas de personas morían en la India al caer desde lo alto de los trenes, electrocutadas o golpeándose con árboles y túneles.

En la estación de Salem me espera G. George, director de Community Services Trust, la única ONG que lucha contra el infanticidio en esta zona del sur de la India. De camino a la aldea de Pudhupalayam me va poniendo al día de la situación, me cuenta detalles de su lucha *gandhiana* por vencer tradiciones milenarias —con el limitado poder de la razón— y me ofrece una explicación marcial sobre el origen de la preferencia por los varones en las comunidades de la región. La zona de Salem vivió siglos de invasiones, conflictos y guerras en las que se necesitaban hombres para formar ejércitos y defenderse. La supervivencia dependía del tamaño de las fuerzas armadas.

—La llegada de una mujer era vista como un soldado menos y una carga más —dice George—. La idea ha perdurado hasta hoy.

Pudhupalayam es un pueblo polvoriento donde el monzón determina cada año si sus habitantes pasarán poca o mucha hambre. Ninguno de los mayores ha ido a la escuela. No hay agua corriente ni electricidad. La primera vez que George visitó el lugar, cinco años antes, solo corrían niños por sus campos. Reunió a las mujeres y pidió que levantaran la mano aquellas que dejarían vivir a su bebé si nacía niña. Ninguna lo hizo. El activista, entonces un joven veinteañero, pensó que era un buen sitio para empezar su trabajo: frecuentó la aldea, ayudó a mejorar las cosechas con la

ayuda de fertilizantes y promovió la alfabetización de los campesinos. Poco a poco se ganó la confianza de las mujeres, aprovechando la ausencia de sus maridos para hablarles de una discriminación que ellas conocían mejor que nadie. Transmitida de generación en generación. Fomentada desde el nacimiento. Y aceptada sin más, no solo por los hombres, sino por ellas mismas.

El papel secundario que se reserva a las mujeres en muchos países asiáticos siempre me ha chocado, porque a menudo son ellas las que cargan con las responsabilidades familiares, trabajan el mayor número de horas en el campo, gestionan la economía familiar e incluso gobiernan la nación. La región tiene una larga tradición de lideresas que en momentos críticos de la historia han tenido que cargar con las expectativas de sus pueblos. Suelen ser hijas, esposas o viudas de dirigentes históricos, aupadas a lo más alto por la nostalgia y el simbolismo de sus apellidos. Indira Gandhi en la India, Corazón Aquino en Filipinas, Megawati Sukarnoputri en Indonesia, Benazir Bhutto en Pakistán, Pak Geun-Hye en Corea del Sur, Aun San Suu Kyi en Birmania... Más o menos competentes, de todas se podía decir lo mismo: su posición apenas había avanzado la causa de la igualdad, especialmente en lugares como la India donde la mujer paga su condición desde la cuna a la vejez, cuando es desposeída de casi todos sus derechos y propiedades. La mujer india es propiedad primero de su padre, después de su marido y, al final de su vida, de sus hijos. Los hombres apenas tienen ya que esforzarse por prolongar una discriminación que las propias mujeres se encargan de transmitir a sus hijas.

George había llegado a Pudhupalayam con el propósito de cambiar el estado de las cosas, impulsando una revolución de lo más atrevida, en su simpleza: en adelante, las mujeres solo debían respetar las tradiciones que merecieran ser respetadas. Pocos después sucedió lo impensable. Sevandhi Ammal, una de las campesinas de la aldea, dio a luz una niña y se negó a quitarle la vida.

—¿Cuándo lo harás? —preguntó su suegra al conocer el nacimiento de su nieta.

—¿Cuándo lo harás? —insistió su marido.

—¿Cuándo lo harás? —preguntaron sus vecinas.

—Todo el mundo me decía que debía matarlas —recuerda Sevandhi, abrazada a las tres hijas que ha tenido—. Tuve la tentación de darles el veneno. Estuve a punto de hacerlo con cada una de ellas. Rompí el tallo y puse el veneno en un cazo, pero no pude dárselo.

Sevandhi rompió el círculo de ignorancia y presión social que condenaba a las hijas de Pudhupalayam, dado fuerzas a otras mujeres para decir que tampoco ellas lo harían. Una veintena de niñas nació en la aldea en los siguientes tres años. Las ancianas de la comunidad alzaban ante mí, orgullosas, a Punida. Tenía dos años, pelo rizado y la piel oscura tostada por el sol. Sus padres, Chinna Ponnu y Chinnaraj, habían decidido darle el beso de la muerte en cuanto ella se quedara embarazada de un varón.

—No lo permitiremos —decían ahora las mujeres, posando sus manos sobre la cabeza de Punida en señal de protección.

George las había convencido de que no había indignidad en su pobreza, sino en la forma en la que se la hacían pagar a sus hijas. Si podía contagiar con su idealismo a gente que había nacido atrapada en tradiciones centenarias, mi cinismo periodístico difícilmente iba a ser rival. Durante los siguientes días, en visitas a pueblos y aldeas, lo fue desarmando con sus planes de un mundo mejor, su convencimiento de que las cosas podían cambiar y su filosofía de que para lograrlo había que empezar con un gesto aparentemente insignificante, seguido de otro y otro, hasta que juntos dejaran de ser insignificantes. ¿No había empezado Mahatma Gandhi así, poniendo una primera piedra para terminar logrando la independencia de la India y devolviendo la dignidad a sus compatriotas?

—Mucha gente me dice que esta es una lucha que no puedo ganar —dice George—. No se dan cuenta de que ya la he ganado, muchas veces. Con cada niña que corre por el campo o va a la escuela, con cada madre que se niega a dar el beso de la flor del mal a su bebé.

Camino de Salem paramos frente a un edificio con la fachada desconchada y ningún cartel identificativo. Es un centro de acogida de bebés. Una hilera de cunas ha sido colocada en perfecta fila india junto a un cartel que anuncia que ahora es posible renunciar «de forma segura» a una hija sin necesidad de matarla. Pushparani, la encargada, ha anotado la última llegada en la hoja de ingresos: «Bebé 834». Alguien lo abandonó en la cuna

de la entrada hace nueve días. George asegura que no me puedo marchar sin antes sujetar en mis brazos lo que él ve como una prueba irrefutable de las pequeñas victorias que dice haber logrado:

—¿Te das cuenta? No la hemos salvado solo a ella. Sino a las hijas que tendrá cuando crezca y a las hijas de sus hijas.

A la mañana siguiente, mientras me lleva a la estación, donde debo iniciar otro viaje inolvidable en tren, mi anfitrión continúa describiendo futuros proyectos y desgranando ambiciosos planes para llevar su lucha contra los infanticidios por toda la India, donde en los últimos años han dejado de nacer 50 millones de niñas y se ha condenado a la soltería a otros tantos niños. Abrirá centros de acogida donde las mujeres puedan abandonar a sus hijas. Recorrerá escuelas para educar a las niñas y recordarles que valen tanto como sus hermanos. Reducirá los infanticidios, hasta convertirlos en manchas del pasado. No me atrevo a contrariarle, porque su determinación solo crece cuando se enfrenta al pesimismo de los demás. Todavía hoy, cuando pienso en el Gandhi anónimo e idealista de Salem, puedo sentir la envidia que me provocaba su infatigable espíritu soñador.

# La montaña del amor

¿Cómo decirlo sin que suene cliché? El amor mueve el mundo. Con sus primos hermanos: el sexo y dinero.

Los tres se han juntado durante siglos en lo alto del monte Kemukus los viernes *pon*, una fecha del calendario lunar javanés que tiene lugar cada 35 días. Los peregrinos van llegando por una carretera flanqueada por arrozales, atravesando el lago Kedungombo en pequeñas embarcaciones iluminadas por farolillos blancos o tras completar largas caminatas a pie. Suben los dos centenares de escalones que llevan a lo alto del monte, rezan ante la tumba de un príncipe muerto cinco siglos antes y aguardan a que el reloj marque la medianoche. Y es entonces, en la oscuridad, sin preguntas ni compromisos, cuando hacen el amor con extraños en la creencia de que les traerá buena fortuna. Hay mujeres casadas que piden un trabajo para el marido en paro, padres que esperan curar el cáncer de un hijo, empresarios cuyos negocios se encuentran en dificultades y madres que suspiran por la entrada de una hija en la universidad.

Es Lourdes, en versión oriental e impura.

La leyenda asegura que para conseguir el deseo solicitado hay que repetir el ritual siete viernes *pon* seguidos. El amante debe ser alguien a quien no se ha visto nunca. La relación, consentida. Y en teoría no se pueden utilizar condones porque no existían cuando los primeros lugareños iniciaron las procesiones a Kemukus en el siglo XVIII.

—Todo debe ser como antes —dice uno de los chamanes que bendice a los amantes furtivos antes de que se pierdan en el bosque.

En cualquier otro lugar del mundo la peregrinación a Kemukus podría ser desechada como una mala excusa para pasar un buen rato, pero el pueblo indonesio es lo suficientemente supersticioso para que muchos lleguen convencidos de que la experiencia cambiará sus vidas.

En 2006 viajé a Java para cubrir un terremoto en Yogyakarta. Mientras se llevaban a cabo las labores de rescate de las víctimas, el volcán Merapi empezó a amenazar con entrar en erupción y agravar el desastre. Los científicos no han encontrado la manera de predecir los terremotos, pero son bastante más precisos con las erupciones volcánicas. El Gobierno, siguiendo sus recomendaciones, pidió a los vecinos de las aldeas que vivían junto al volcán que evacuaran la zona. Pero las comunidades más cercanas al cráter se negaban a abandonar sus casas: para ellos la única predicción válida debía venir del viejo Maridjan, guardián del Merapi por gracia del difunto sultán de Yogyakarta, Hamengkubuwono IX. Solo él podía saber cuál era el estado de ánimo de los espíritus de la montaña de fuego, determinar qué sacrificios debían hacerse para calmarlo y, en caso de que la cosa no tuviera solución, pedir a la gente que se alejara. Subí a ver al chamán a su aldea de Umbulharjo, a cinco kilómetros del cráter, para preguntarle qué iba a pasar. Cerró los ojos, entró en trance, se comunicó con los espíritus y después, para alivio de quienes aguardaban ansiosos su respuesta, dijo:

—No entrará en erupción.

Los vecinos habían hecho su parte, arrojando animales, arroz y algunas joyas baratas al cráter. Ninguno de los habitantes dudaba ni por un momento de la magia de Maridjan y les parecía ridículo compararla con los conocimientos de los científicos y sus instrumentos. Así que a pesar de la humeante amenaza del volcán, los niños seguían jugando en la calle, las mujeres colgaban la colada y los hombres iban y venían de los arrozales. Dos días después el volcán se calmó y Maridjan se convirtió en una celebridad nacional. Políticos y periodistas subían a la montaña para fotografiarse con él. Una bebida energética lo contrató para protagonizar uno de sus anuncios de televisión. Los periódicos se llenaron de historias sobre su infalibilidad.

—Solo hago mi trabajo —decía quitándose importancia.

Cuatro años después el Merapi volvió a amenazar con una erupción. Maridjan se resistió una vez más a las órdenes de evacuación, desmintiendo a los vulcanólogos que avisaban del peligro inminente. Se comunicó con los espíritus, comprobó el estado de ánimo del volcán y dijo que no era más que otro aviso y que no había necesidad de salir corriendo. Poco después una nube de gas arrasó Umbulharjo y mató a 30 vecinos que habían seguido

su recomendación. Entre los cadáveres encontrados por los servicios de rescate, calcinados y cubiertos de ceniza, había uno en posición de rezo.

Era Maridjan, el guardián del Merapi.

Los ulemas maldicen a quienes vienen buscando sexo a la montaña del amor. Lo único que consiguen, aseguran, es cerrarse las puertas del paraíso. Desde la caída del general Suharto y el final de la dictadura en 1998, los sectores más conservadores de Indonesia han iniciado una ofensiva para radicalizar a la población, impulsando una agenda social que rompe con su tradicional tolerancia religiosa y busca marginar a quienes no la asumen. Nuevas leyes contra la pornografía y las conductas «inmorales» han dado armas a los imanes en su batalla por enderezar a los javaneses, que a lo largo de los siglos han incorporado al islam elementos del hinduismo, el budismo o el animismo. Los clérigos, sin embargo, se estrellan una y otra vez contra la fuerza de las supersticiones. Las revistas con más tirada del país siguen siendo las especializadas en brujería, magia negra y fantasmas. Los programas de contenido paranormal obtienen audiencias millonarias en la televisión. Hechiceros de la lluvia son contratados en Yakarta para garantizar que un chaparrón no estropea la inauguración de la última sucursal bancaria o restaurante. ¿Por qué no creer que una noche con un desconocido salvará a ese hijo enfermo? ¿Y si falla, no habrá merecido la pena el intento?

Los imanes han instalado una pequeña mezquita en lo alto de la montaña y varios hombres tratan de imponer algo de orden en la peregrinación. Lo que durante décadas ha sido un ritual local, minoritario y secreto ha ido creciendo hasta concentrar en sus días concurridos a 10.000 personas. Todos se declaran fieles seguidores del príncipe Samodra, el heredero del último rey hindú del imperio Majapahit que se suicidó o fue ejecutado, según quién cuente la historia, después de que su padre descubriera su amor incestuoso con su madre. Muerto y enterrado, la creencia es que el príncipe premia a quienes como él tienen el valor de romper los tabúes y entregarse a los atrevimientos sexuales sin tener en cuenta lo que digan los demás.

La subida hasta la tumba de Samodra, en lo alto de la montaña, es un viaje a otro tiempo. La escalinata está flanqueada por decenas de charlatanes, magos y vendedores ambulantes que han ido tomando posiciones desde primeras horas de la noche. Un encantador de serpientes corta la cabeza a una cobra antes de exprimir su sangre, mezclarla con Red Bull y ofrecerla como remedio contra la impotencia. Otro vende pelucas de mujer para quienes quieran buscar pareja en la ambigüedad y el anonimato. Comerciantes llegados desde aldeas vecinas venden cabezas de cocodrilo disecadas, brebajes afrodisiacos y todo tipo de medicinas tradicionales para el vigor sexual.

Yanti, sentada en una piedra en una de las laderas del monte, espera a su amante desconocido enfundada en un top blanco y una falda negra. Siluetas de hombres y mujeres deambulan por los alrededores, sus rostros iluminados brevemente por el encendido esporádico de los mecheros.

—Pasó hace cuatro años —dice la mujer recordando la desaparición de su hijo en la vecina ciudad de Solo, a 28 kilómetros de aquí—. La policía no ha podido encontrarlo y pensé que quizá si venía...

Los creyentes se mezclan con jóvenes que llegan en motocicletas dispuestos a pasar un buen rato, curiosos y prostitutas dispuestas a pretender ser una amante desconocida por un puñado de rupias. Vera, una de ellas, espera clientes apoyada en un árbol, observada por varios jóvenes que no terminan de decidirse. «Te quiero», ha escrito con rotulador en su camiseta ajustada. Dice que en una noche puede ayudar a media docena de peregrinos a cumplir el ritual y lograr su sueño. Con el dinero que va ahorrando, espera lograr alguno de los suyos.

—No cobro dinero por irme con nadie, pero si alguien quiere darme algo es asunto suyo.

Decenas de viviendas han sido divididas en cuartos separados por cortinas, donde las recién formadas parejas pueden alquilar las habitaciones por horas. Algunos establecimientos añaden un servicio de karaoke, irritando a los tradicionalistas y a los vecinos que se quejan de que no pueden dormir. Rosmini, que regenta una tienda de comestibles a los pies de la montaña, asegura que los peregrinos han mejorado la vida de los locales. Las ventas se quintuplican los viernes *pon*. Varios vecinos han instalado un puesto de control exigiendo el pago de una entrada, aportando ingresos adicionales a la comunidad.

El intercambio de miradas, roces e insinuaciones continúa en Kemukus durante toda la madrugada, el proceso de encontrar pareja dificultado por el previsible desequilibrio. Las mujeres van desapareciendo con el paso de las horas, dejando a los hombres en minoría. Un grupo de siete rezagados parece haber perdido la esperanza y juega a las cartas bajo la lumbre de una fogata. Una mujer de mediana edad es cortejada por varios hombres a la vez. Dwi, uno de los dos guardianes de la tumba del príncipe Samodra, dice que las cosas no siempre fueron así:

—Hubo un tiempo en que las parejas hacían el amor bajo los árboles porque realmente creían en Samodra. La gente pedía una buena cosecha de arroz o un hijo varón que pudiera trabajar la tierra. Ahora vienen a pasar un buen rato, nada más.

Cuando la primera luz de la mañana empieza a aclarar el cielo, los magos y brujos recogen sus puestos y las cortinas de las pensiones empiezan a descorrerse. Los dos clérigos que han hecho guardia duermen, agotados tras otra noche batallando contra las debilidades de la naturaleza humana. Las parejas que han tenido éxito van saliendo de sus nidos de amor, caminando cada uno por su lado hacia el embarcadero del lago Kedungombo. La mayoría estará de vuelta cuando el calendario lunar marque de nuevo el viernes *pon* dentro de 35 días. Será el momento de volver a subir los escalones, rezar ante el príncipe incestuoso y perderse en mitad de la noche en busca de amor, sexo o dinero. O quizá un poco de las tres.

# Palacio de Cristal

El marine Michael Christopher Ross se despidió desde la cubierta de su buque y partió de regreso a EE. UU. hace dos décadas. Para encontrar lo que dejó atrás hay que adentrarse en la zona de burdeles de la avenida principal de Angeles, en la provincia filipina de Pampanga, y detenerse frente a un local que se anuncia como el Crystal Palace. Shaleka trata de llamar la atención de clientes que doblan su edad y peso, contoneándose en un diminuto bikini y esperando que su piel oscura, sus grandes labios algodónados y sus cabellos rizados atraigan al primer comprador de la noche.

—Muchas veces imagino que mi padre entra en el bar, me reconoce y me lleva con él a América —dice.

A Shaleka, de 19 años, no se le escapa la contradicción: efectivamente, su padre podría ser uno de los turistas que cada día visitan su Palacio de Cristal. Sus rasgos la distinguen como una *babay na sa* (adiós papi), el mote con el que se conoce a los 52.000 bastardos que dejó la presencia militar estadounidense en esta región de Filipinas. Olvidados por EE. UU. y discriminados en su propia tierra, donde forman parte de la clase más baja, muchos viven atrapados en la pobreza, las drogas y la prostitución.

La bandera americana fue arriada de las bases de Clark (Aérea) y Subic (Naval) a principios de los 90, poniendo fin a una intervención que había comenzado un siglo antes tras el desmoronamiento del imperio español y su reemplazo colonial por Washington. Algunas mujeres supieron que estaban embarazadas cuando su marinero ya había zarpado. Otras tuvieron tiempo de decírselo, manteniendo hasta el final la esperanza de que las llevaran con ellos. Pocos lo hicieron. Los *babay na sa* fueron educados por madres

solteras sin apenas recursos o abandonados en orfanatos. Ridiculizados en el colegio, incluso por sus profesores, la mayoría dejaron la escuela y crecieron en la calle. Con los años se han hecho adultos y han empezado a preguntarse por sus padres biológicos, con la esperanza de encontrarlos. Robert se sabe de memoria el número de Seguridad Social de su progenitor, un dato que su madre le dijo que no debía olvidar nunca; Melissa nunca se separa de la vieja fotografía del suyo, donde aparece uniformado y con sus medallas colgadas al pecho; y Joseph logró localizar al marine que le abandonó, para descubrir que no quería saber nada de su hijo.

Josefina Canlas, la madre de Joseph, conoció al sargento David Silva en 1983 en el club de oficiales de la base aérea de Clark, en Angeles. Fueron novios durante seis años y tuvieron tres hijos antes de que llegara su orden de traslado. El soldado se marchó el 6 de julio de 1989 y poco después llegó una carta llena de promesas:

No os he olvidado ni a ti ni a los niños. Estoy intentando volver y creo que estaré allí en junio. Te volveré a escribir mañana. Te quiere, David.

Han pasado 20 años.

Joseph creció junto a sus hermanos, Rachell y Raul, escuchando las historias que su madre contaba del sargento Silva, preguntándose por qué, a pesar de los años transcurridos, seguía esperándole.

—Cada vez que alguien ha llamado a esa puerta he imaginado que era él —reconoce Josefina.

—¿Por qué, si nos abandonó? —pregunta su hijo, mientras su madre saca fotografías y recuerdos en los que se le ve junto a su padre.

—Era un buen hombre. Pero tenía otra vida en América. Y eligió esa vida.

El año pasado Joseph se decidió a encontrar a su padre. Rastreó en internet, contactó con el Ejército americano, habló con ex compañeros del sargento y logró un número de teléfono.

—Marqué el número y respondió una voz de mujer —recuerda—. Cuando dije el motivo por el que llamaba, colgaron. Al día siguiente el teléfono había sido dado de baja.

Los primeros prostíbulos de Angeles abrieron sus puertas tras la recuperación de la base de Clark en 1945, después de que hubiera sido ocupada por los japoneses durante la II Guerra Mundial. El general Douglas MacArthur había vuelto a Filipinas, como había prometido, y con él lo hicieron miles de soldados dispuestos a preservar la hegemonía de EE. UU. en el Pacífico. La ciudad vivió una época de bonanza económica y prosperidad. Abrieron tiendas llenas de cosas que los locales nunca habían visto. Llegaron restaurantes de comida rápida. Surgieron oportunidades de negocio para suministrar productos de todo tipo a las tropas. Bares y cafeterías. Cuando los militares se marcharon, no solo sus novias, esposas e hijos se sintieron abandonados. Toda la ciudad entró en un largo periodo de nostalgia, mientras la actividad económica decaía y Angeles se convertía en una caricatura de sí misma. El sueño se había venido abajo, sin tiempo de sustituirlo por otro.

Permanecieron los burdeles, adaptados a los turistas. Y abrieron nuevos que hoy llenan la avenida Fields y exhiben carteles con ofertas de empleo para «chicas jóvenes y bonitas que sepan bailar». Los locales que no han sido ocupados por prostíbulos exhiben descuentos en operaciones rápidas de cirugía estética: aumento de pecho para ellas y nuevas dentaduras o tratamientos contra la calvicie para ellos. Vendedores callejeros ofrecen Viagra con descuento, mientras la policía mira a otro lado a cambio de pequeños sobornos. Todo es parte de lo que los promotores de este lugar publicitan como el paraíso sexual de los desesperados. «No importa tu edad, peso, apariencia física, cualidades comunicativas, riqueza o clase social — dice un folleto turístico—. Aquí encontrarás atractivas mujeres dispuestas a hacértelo pasar bien». Las chicas de Angeles que solían quedarse embarazadas de soldados americanos lo hacen ahora de pensionistas de Kansas, camioneros de Hamburgo o mochileros de Ámsterdam. Una nueva generación termina en la calle y, al llegar a la pubertad, se buscan la vida ofreciéndose a clientes que bien podrían ser sus padres en lugares como el Palacio de Cristal, donde los sueños son demasiado frágiles para que nadie espere que se cumplan. Es la rueda de vida, en lugares como Angeles.

Una fotografía del marine Michael Christopher Ross cuelga de la pared de la chabola del distrito de Cutud donde Shaleka vive con su madre y su hermana Vanessa. Es, junto a las dos medallas militares del *héroe* que las abandonó en 1991, el único recuerdo de lo que pudo haber sido. Evelyn Angoluan trabajaba de camarera cuando conoció a su soldado, empezaron a

verse y cuando se confirmó el cierre de la base él prometió volver tan pronto arreglara algunos asuntos. ¿Cómo no iba a hacerlo, si tenía dos hijas pequeñas? Pero tras la despedida en el muelle, nada. Ni una carta. Ni una llamada de teléfono. Ni un cable con algo de dinero. Tampoco la posibilidad de lograr la ciudadanía estadounidense y empezar una nueva vida al otro lado del Pacífico. El nacimiento de decenas de miles de asiático-americanos en lugares como Corea del Sur o Vietnam forzó a Washington a aprobar en 1982 una ley que permitía a los hijos de los soldados regularizar su residencia en EE. UU. Filipinas quedó excluida del acuerdo. Solo aquellos *babay na sa* que encuentran a sus padres y son aceptados por ellos pueden aspirar a vivir el sueño americano. Cientos de madres e hijos de Angeles llevan a cabo sus propias pesquisas, ponen denuncias exigiendo a los padres que paguen la manutención de sus hijos y piden pruebas de ADN que confirmen su paternidad. Se han creado webs de búsqueda y bases de datos para facilitar el rastreo de los padres americanos. Pero muchos han formado nuevas familias en EE. UU. y no quieren enfrentarse al pasado que dejaron en Filipinas.

Evelyn se negó a buscar al hombre que le traicionó, decidida a sacar adelante a sus hijas sin su ayuda. Durante años trabajó como camarera en clubes de alterne, un oficio del que te jubilan a los 30. Hizo de cocinera, limpió letrinas y pidió prestado. Mantuvo a duras penas a la familia hasta que hace dos años cayó enferma. Ahora no hay dinero para comida, mucho menos para las medicinas que necesita. Shaleka dice que ha encontrado un trabajo, y en el barrio todo el mundo sabe lo que eso significa. ¿Dónde darían empleo a una *babay na sa* si no es en los burdeles de la avenida Fields? Llega al amanecer y deja una caja de medicinas sobre el televisor. Su madre le dice que no las quiere. Así no. Decide tragarse el orgullo y buscar a su marine con ayuda de una amiga filipina que vive en América. Le escribe:

No tenemos dinero. A veces no puedo poner comida en la mesa. He enfermado y no tengo fuerzas para trabajar. Tu hija Shaleka ha encontrado trabajo. Como prostituta en un burdel. Llega al amanecer y me compra medicinas. No me escucha. Dice que necesitamos el dinero. Que lo dejará cuando las cosas mejoren. Eso es lo que hace tu hija. Espero que todo te haya ido bien estos años.

Evelyn.

La respuesta de Christopher Ross llega unos días después. Pide perdón por haberlas abandonado. Dice que nada ha funcionado para él desde que dejó Filipinas. Fue expulsado de la Marina, se casó y ahora está divorciado. No tiene trabajo. Asegura que todo va a ser diferente en adelante. Va a reunir el dinero para ir a verlas. Se llevará a las niñas a América y podrán estudiar en la universidad. No volverá a fallarlas, esta vez no.

Ahora, cuando vuelve del Palacio de Cristal, Shaleka mira al retrato de su padre, colgado de la pared de la chabola familiar, y relee sus últimos mensajes, en los que dice que pronto vendrá a Angeles.

—En cuanto arregle los papeles me va a llevar a América con él —dice contando los días que quedan para su nueva vida—. Quiero marcharme lejos de aquí. Lo más lejos posible.

# Retornos

## El último de Fukushima

Al despertar he bajado al vestíbulo del hotel, pero los últimos empleados se han marchado. He salido a la calle: no hay nadie. Ninguna tienda abierta. Ningún coche circulando por la ciudad. Anoche una voz pidió a través de los altavoces que los vecinos se quedaran en sus casas, sellaran las ventanas y estuvieran al tanto de las noticias de la radio. Los que han podido se han marchado, incluidos los cientos de periodistas que habían venido a cubrir el terremoto de Tohoku, el tsunami posterior y el accidente de la central nuclear de Fukushima. Entre ellos había veteranos de una docena de guerras, recién llegados de las revoluciones de Oriente Medio y quienes habían cubierto desastres naturales en varios continentes. ¿Una crisis nuclear? Nadie ha informado de una ni sabe cómo hacerlo. Las balas se ven o al menos se oyen pasar, a veces desde una distancia imprudente. Existe la posibilidad de refugiarte de ellas. Pero la radiación ni se ve ni se oye. Puede estar o no. Algunos reporteros han huido en un ataque de pánico, conduciendo hasta llegar al aeropuerto más cercano y sumándose a los miles de extranjeros que buscan la manera de salir de Japón.

—No me pagan lo suficiente —dice un colega estadounidense mientras carga el ordenador, la cámara y los bultos en el coche que le llevará a Tokio.

He ido dejando pasar las oportunidades de sumarme al éxodo. La última, hace unas horas. Mi colega de la agencia EFE, Jairo Mejía, ha llamado para decirme que la oficina le ha dado instrucciones para que se marche y me aconseja hacer lo mismo. Llevamos tres días en la ciudad de Fukushima, alimentándonos de las provisiones que hemos traído y lo que sacamos de las máquinas expendedoras japonesas, conocidas por ofrecer desde ropa interior a café caliente. El Toyota Prius de alquiler que hemos venido utilizando se ha quedado sin gasolina. No hay donde repostar y la ciudad no

tiene agua corriente. En la lejanía, la central nuclear de Fukushima Daiichi sufre explosiones que mantienen al mundo en vilo.

—Sale un tren en una hora —dice Jairo—. ¿Vienes?

—No puedo... no puedo pensarlo ahora. Tengo que dormir. Decido en cuanto abra los ojos.

—¿Estás seguro?

—Sí, vete tú. Tengo que dormir...

Había aterrizado cinco días antes en el aeropuerto de Tokio, donde miles de personas habían pasado la noche ante la suspensión del transporte público. Tras coger un taxi que le supuso una factura de 1.500 euros al periódico, la carrera más cara de mi vida, había llegado a la zona del desastre. Las memorias del tsunami del Índico, siete años antes, se mezclaban con las imágenes de las ciudades arrasadas frente a mí. De nuevo, me rodeaba la nada más absoluta. Podías conducir 10 kilómetros hacia el interior de la costa sin ver un edificio en pie. Los supervivientes deambulaban entre los escombros buscando a familiares y amigos. Los servicios de rescate estaban desbordados. Y, cuando parecía que nada podía empeorar, empezaban a llegar noticias de que las olas habían dañado Fukushima Daiichi, añadiendo una crisis nuclear. En medio de todo aquello, apenas había tenido tiempo para dormir. Los pocos momentos que no estaba visitando lugares devastados o haciendo entrevistas los pasaba escribiendo, radiando, fotografiando y grabando en vídeo. El oficio de periodista había cambiado radicalmente. Atrás quedaban los tiempos en los que podías dedicar gran parte del día a recoger información para escribirla al final de la jornada. Internet exigía ahora actualizaciones constantes y dejaba poco tiempo para profundizar. Contaban más la rapidez y la cantidad: mi trabajo había dejado de gustarme tanto como solía. Agotado, la noche en la que la mayoría de los periodistas había decidido marcharse me había quedado dormido tratando de terminar mi crónica. Si no me hubieran llamado por teléfono en el último momento, nunca la habría enviado. Las réplicas que hacían temblar mi cama y mi escritorio habían dejado de inmutarme. No encontraba fuerzas para correr escaleras abajo y evacuar el edificio, como en días anteriores. Empezaba a comprender la efectividad de la privación del sueño como método de tortura. Hay un punto en que dejas de controlar tu cuerpo y todo lo demás deja de importar. Ni el hambre ni la sed. Solo quieres dormir. El mundo podría desmoronarse a tu alrededor y escogerías dormir.

Al despertar, Jairo se ha marchado. Las empleadas del hotel se han marchado. Toda la población de la ciudad de Fukushima parece haberse marchado. No tengo coche ni apenas comida. Luces rojas indican en las máquinas expendedoras que casi todo está agotado. Empiezo a pensar que debería haberme marchado, también. Cada vez que he sentido la tentación de hacerlo, una de las cosas que me ha retenido es el recuerdo de Hiroko Hatakeyama, Etsuko Kanemitsu, Atsumo Kubo y los otros supervivientes de la bomba atómica de Hiroshima a los que había entrevistado unos años antes. ¿Acaso no habían soportado ellos la radiactividad y vivido hasta la vejez? Aunque me encuentre dentro de un radio que los Gobiernos occidentales aconsejan evacuar, la central está a 60 kilómetros de la ciudad y en mis desplazamientos no me he acercado a más de 20 kilómetros, una distancia que los expertos consideran segura. Algunos *hibakusha* habían sobrevivido a pesar de que la bomba atómica explotó a escasos metros de donde estaban.

En el centro encuentro a gente que ha salido de sus casas, protegida por mascarillas. Buscan comida y hacen cola frente a las pocas tiendas abiertas. El pabellón del Centro Deportivo Azuma ha sido convertido en un inmenso refugio para quienes han huido de las cercanías de la central nuclear. Operarios enfundados en trajes blancos pasan el medidor de radiactividad a las personas que hacen cola en la entrada.

—¡Limpio! —dice el funcionario mientras me entrega un certificado de no contaminación.

Todo está organizado con precisión japonesa. Los periódicos del día perfectamente colocados sobre una mesa, el centro de información atendido por jóvenes que hacen amables reverencias y los carteles de búsqueda de familiares desaparecidos pegados en un tablón de anuncios de forma lineal. Madres que buscan a hijos. Hijos a padres. Hermanos a hermanos. Los japoneses esperan horas a que alguien les dé alguna pista sin desesperarse ni perder la paciencia. Hacen cola en gasolineras con un recipiente o en tiendas donde se reparten víveres. No hay empujones. Ni un mal gesto. Nadie protesta si se terminan los suministros y hay que seguir esperando. Se comportan de una manera cívica impensable en la mayor parte de las sociedades occidentales. La idea del bien colectivo se impone de manera espontánea al interés individual, incluso a la hora de expresar las emociones. La prensa extranjera publica a diario informaciones sorprendiéndose de que los damnificados y supervivientes no lloren. Y, sin

embargo, basta hablar con ellos u observarlos de cerca para ver que lo hacen. Sin lágrimas. Para sí mismos. En silencio. Lloran sin necesidad de mostrar su sufrimiento ni esperar que los demás lo compartan. Con el pudor de quien sabe que hay otras personas que han perdido tanto o más.

No importa en qué dirección mire, desde lo alto de Natori, una de las localidades devastadas por el tsunami, la escena se parece a las fotografías que se exhiben en el Museo de la Paz de Hiroshima.

Un horizonte interminable de desolación.

Bomberos y soldados llevan días buscando supervivientes, pero solo encuentran cadáveres. Me piden que no los fotografíe. Admira ver cómo recogen cada cuerpo. Lo envuelven con delicadeza, lo alzan como si ya hubiera empezado la procesión funeraria y lo depositan en el camión, posándolo con cuidado, como si quisieran evitar hacerle daño. Como si todavía estuviera vivo. Los supervivientes han encontrado refugio en el colegio Masuda, en las afueras de la ciudad. Las paredes están llenas de carteles con mensajes de búsqueda. «Hijo, soy tu madre, Yoko. ¿Dónde estás?». «Yoshiro, si ves este mensaje llámame al tel...». «Busco a mis padres», dice el pequeño Taro, de siete años. Viendo su entereza, la dignidad con la que los japoneses evitan cargar el peso de su desgracia en los demás, sabes que cuando vuelvas —en un año, dos o tres—, su gente se habrá puesto de pie. Una vez más.

La capacidad de la condición humana para destruir solo es comparable a su determinación de empezar de nuevo. En las aldeas devastadas por el tsunami de Tohoku, un año después de la tragedia, miles de operarios trabajan como hormigas levantando puentes y urbes tras meses de trabajo retirando escombros. Es un proceso en el que no se ha descuidado a los muertos. Las tumbas del antiguo cementerio de Natori quedaron esparcidas por la fuerza del mar: han sido recogidas una a una, ordenadas y colocadas en un nuevo camposanto donde la gente puede seguir honrando a sus ancestros. Carreteras que habían quedado inutilizadas se han reabierto al tráfico, inmensas grúas se erigen en el horizonte formando lo que parece una invasión de robots extraterrestres y miles de personas han regresado para reconstruir sus casas.

En la Zona de Exclusión Nuclear llama la atención el estado immaculado de los lugares que, sin llegar a ser dañados por el terremoto o el tsunami, fueron abandonados por miedo a la radiactividad. Es como si alguien hubiera apretado un botón y hubiera detenido el tiempo aquel 11 de marzo de 2011. Bicicletas y carritos de bebé en mitad de las aceras recuerdan la rapidez con la que la población huyó de la amenaza atómica. Los escaparates de las avenidas comerciales todavía muestran carteles anunciando las últimas rebajas, y filas de coches sin dueño hacen cola en gasolineras que agotaron el combustible. Las mesas de algunas casas tienen servida la última cena antes de la evacuación. En la taquilla de la estación de trenes de Okuma, donde un cartel da la bienvenida a viajeros que no vendrán, una nota advierte de que el «servicio ha sido suspendido temporalmente». Está fechada el 12 de marzo, el día que las autoridades ordenaron desalojar las 12 ciudades que se encontraban dentro de un radio de 20 kilómetros alrededor de la central nuclear. Todas eran prósperas localidades que durante años se beneficiaron de la cercanía de la central, motor de la economía y garantía de empleos que pasaban de padres a hijos. Todo lo que queda del confortable sueño de clase media japonesa es un cartel que el desastre ha cargado de ironía: «La energía nuclear garantiza un futuro brillante».

Solo el ruido del motor de la furgoneta de Naoto Matsumura rompe la quietud de las ciudades fantasma. El único habitante de Tomioka, donde hasta hace un año vivían 16.000 personas, se detiene en un cruce, mira a ambos lados y continúa conduciendo por calles completamente vacías.

—Es la costumbre —dice justificando su innecesario respeto a las normas de un tráfico inexistente.

No hay más coches circulando que el de Matsumura, un granjero de 54 años. Ningún vecino al que saludar o visitar. Ninguna tienda abierta o servicio público. La basura de los últimos meses se acumula frente a la entrada de su vivienda, donde ha vivido todo este tiempo como un ermitaño. El buzón vacío recuerda que el cartero ya no trae el correo. Pilas de latas de conservas vacías se amontonan en el jardín, hoy descuidado. Fogatas y un generador ayudan al último de Fukushima a pasar noches con temperaturas de hasta 10 grados bajo cero. Las velas iluminan cenas

solitarias en las que le acompaña su inseparable perro Aki, que se mueve nervioso ante los aullidos de los perros hambrientos que rompen el silencio sepulcral de Tomioka.

Matsumura, que solía ser un hombre adinerado gracias a una fábrica de acero, arrozales y su granja de animales, vive ahora en la indigencia. Su intención fue marcharse cuando se produjeron las primeras fugas radiactivas y el Gobierno ordenó la evacuación. Podía escuchar las explosiones que estaban poniendo fuera de control los reactores de Fukushima Daiichi, donde cientos de trabajadores arriesgaban la vida en un intento desesperado por evitar un desastre mayor. Despidió a su familia —mujer y dos hijos mayores— y prometió seguirles en cuanto pusiera a salvo sus propiedades. Un vecino le preguntó si podía cuidar de su perro hasta que se marchara. Otro le dejó dos gatos. El granjero de la finca de al lado le pidió que vigilara sus vacas.

—Yo era el último que quedaba y pensé que si me iba todos los animales de Tomioka morirían de hambre —recuerda—. ¿Qué tipo de persona haría algo así? Decidí quedarme y salvarlos.

Matsumura vive ahora pegado a su medidor de radiactividad. Junto a la central, un mensaje en la pantalla anuncia que es urgente abandonar el lugar. Conoce los niveles de contaminación de cada calle, parque o casa por la que pasa. Bastaría entrar en una de ellas para coger algunas de las cosas que harían su vida más llevadera, pero la tradicional honestidad japonesa se lo impide. Ni siquiera la desaparición del estricto orden social y la libertad de tener una ciudad para él solo han logrado que rompa un código de valores transmitido de generación en generación. Respeta las normas de tráfico de la misma forma que se niega a coger la gasolina que necesita de un vehículo abandonado o el aceite dejado en la despensa de una familia.

Mientras conducimos por las calles desiertas, nos encontramos con los primeros operarios que, enfundados en trajes blancos y mascarillas protectoras, limpian centímetro a centímetro cada fachada, farola, parque infantil, casa o edificio. Japón se ha propuesto hacer lo que nadie ha logrado antes, recuperando una zona dada por perdida y devolviendo a sus antiguos habitantes la vida que abandonaron. Matsumura, con entereza nipona, es la prueba de que si alguien puede conseguirlo son los japoneses, pero dice tener la certeza de que él no estará aquí para verlo:

—Según mis cálculos, enfermaré de cáncer en tres o cuatro años y todo habrá acabado para mí —dice mostrando el medidor que indica una

radiactividad 30 veces superior a la aconsejable—. Es mejor eso que vivir el resto de mi vida mendigando un lugar donde pasar la noche.

## El lugar más feliz del mundo

Me han pedido que me ponga elegante para visitar al Gran Líder. Corrijo: uno no viene a visitar a Kim Il-sung. Es él quien te recibe en audiencia, aunque lleve muerto desde 1994. Para llegar ante su presencia hay que dejarse llevar por kilómetros de suelo corredizo pintado en rojo comunista, caminar por cepillos rodantes que te dejan los zapatos como nuevos y ser desinfectado en una cámara de aire que despeina el tocado de las señoras y estropea el tupé de los militares norcoreanos que van entrando por riguroso orden de rango. Ni una mota de polvo puede ensuciar la sala donde descansa el muerto mejor cuidado del mundo. El mausoleo ocupa 100.000 metros cuadrados de un palacio que incluye jardines adornados con árboles de especies traídas de todo el mundo, lagos con cisnes y un servicio de seguridad privada formado por un millar de guardias. En cualquier otro lugar todo esto podría parecer excesivo para un finado, pero ni Corea del Norte es un país cualquiera ni el difunto está considerado un mortal más.

Kim Il-sung permanece inmóvil en su sarcófago de cristal, impecablemente vestido con traje y corbata, con la cabeza descansando en una almohada tradicional coreana y el cuerpo envuelto en la bandera del Partido de los Trabajadores. Tiene tan buen aspecto que da la sensación de que en cualquier momento podría levantarse y darte los buenos días.

—Yace en estado de perpetuidad —puntualiza un funcionario gubernamental a las puertas del Palacio Memorial de Kumsusan.

Entré en Corea del Norte hace ocho años haciéndome pasar por comerciante de papel —describí el viaje en *Hijos del monzón*— y esta vez lo he hecho como representante de una empresa de lencería femenina y trajes de baño de una amiga de Bangkok. Hay lógica detrás de la elección: cuanto más

surrealista es la ocupación que uno alega al pedir el visado, más creíble resulta para los funcionarios encargados de impedir la entrada de periodistas. Nada de ello sería necesario si este no fuera el país más hermético, aislado y represor de nuestro tiempo, una inmensa cárcel de la que sus 24 millones de habitantes tienen prohibido salir y en la que no es nada fácil entrar. Especialmente si tu trabajo consiste en lo que el fotógrafo Enrique Meneses describió como «ir, ver, oír, volver y contar».

Aunque el país ha vivido algunos cambios desde 2002, lo esencial permanece. El totalitarismo enfermizo, con los altavoces apostados en las plazas y edificios de Pyongyang despertando a la población con loas al líder y marchas militares. El culto a los Kim, cuyos retratos cuelgan de la pared de cada casa, la fachada de cada edificio y la camisa de cada uno de sus súbditos, que los llevan permanentemente pegados junto al corazón en forma de pin. Y continúa siendo obligado, también, comprar un ramo de flores, depositarlo ante la gigantesca estatua de Kim Il-sung —35 metros de altura— en el centro de Pyongyang y presentar tus respetos, no sin antes recibir un breve cursillo sobre postración ante tiranos.

—No se incline mucho porque parecería exagerado para un extranjero, ni poco porque mostraría falta de respeto —explica el señor L., uno de los dos guías que me acompañaron durante mi estancia (siempre son dos, porque deben vigilarse entre ellos).

—¿Cuántos grados de inclinación? —pregunto.

Pero el señor L. no tiene humor para preguntas impertinentes y se limita a entregarme el programa de mi estancia en Pyongyang.

La visita incluye los monumentos victoriosos, bibliotecas del pensamiento único y demás símbolos de propaganda comunista, lugares aburridos que se hacen aún más fastidiosos con los discursos de funcionarios que parecen confiados en su capacidad de convertir a los escépticos. El itinerario menciona un lugar que promete: los Estudios Cinematográficos de Pyongyang. Kim Jong-il, que sucedió a su padre y ha logrado convertir Corea del Norte en un lugar aún más pobre y paranoico que su progenitor, es un amante del cine. En los años 80 mandó secuestrar primero a la actriz surcoreana Choi Eun-Hee y más tarde a su marido, el director Sang-Ok, para que desarrollaran la industria cinematográfica local. Como en *El*

*Padrino*, les hizo una oferta que no pudieron rechazar. El dictador puso a su disposición los Estudios Cinematográficos de Pyongyang, 100 hectáreas donde el régimen construyó réplicas de aldeas tradicionales norcoreanas, avenidas de ciudades de Japón o símbolos representativos del imperialismo occidental donde poder filmar éxitos locales como *Fragancia de la Nación*, *Océano de Sangre* y las 11 secuelas de *Nación y Destino*.

Mis anfitriones han preparado el visionado de una película norcoreana en una sala con medio centenar de butacas de madera y un ruidoso proyector. La película cuenta la historia de dos adolescentes que se enamoran en una aldea campesina del norte del país, viviendo entre el trabajo en el campo y su devoción al amado líder. Su lealtad obtiene finalmente premio cuando reciben el permiso oficial que les permite casarse en un país donde todo, desde el lugar de residencia al puesto de trabajo, es decidido por el régimen. Celebran una boda en la que no se ven indicios de las hambrunas que han afectado a los norcoreanos. En la gran pantalla, al menos, no faltan la comida y el vino de arroz. Es una narración anodina que no alcanza el éxtasis hasta la última escena, en la que se ve a los recién casados entrar en la casa comunal que les ha entregado el Partido, abren la puerta y descubren que han recibido un regalo de boda.

—¡Un retrato del Querido Líder! —exclaman sin poder contener la alegría, antes de sollozar como niños ante la imagen del dictador.

La cámara ofrece un primer plano de los novios, cuya mirada se pierde en el horizonte: han descubierto que no importa lo fuerte que sea el amor que sienten el uno por el otro, nunca podrá igualar al que profesan a Kim Jong-il.

—Vivimos en el lugar más feliz del mundo —dice él suspirante.

—Sí, todo se lo debemos al Querido Líder —dice ella.

Fin.

Se encienden las luces y adviertes que los funcionarios que te acompañan están escrutando las pupilas de tus ojos, quizá con la esperanza de que hayas compartido su emoción. Y buscas toda tu fortaleza interior para mantener la compostura y contener la risa, en parte por no decepcionar a tus acompañantes y en parte porque el esperpento totalitario pierde toda su gracia cuando piensas en los norcoreanos. No solo deben vivir en la pobreza y la represión, sino actuar como si lo hicieran en el paraíso sobre la tierra, bajo el mando del más virtuoso de los dirigentes. Corea del Norte es una versión extrema de la mezcla de comedia y drama de otras dictaduras.

Los generales birmanos, en los peores años de la represión, imponen a sus ciudadanos qué deseos deben perseguir si quieren realizarse. Los dirigentes chinos informan a los tibetanos de que gracias a su ocupación viven donde «el cielo es el más azul, las nubes las más blancas, el agua la más limpia y su gente la más feliz». Siguiendo la lógica de los déspotas, tiene sentido que el peor de ellos se atribuya el mérito de haber creado el lugar más feliz del mundo. Aunque tú mires alrededor y solo veas oscuridad y tristeza, represión y miedo, pensamiento único y totalitarismo, pobreza y ruina económica.

Pero si Corea del Norte no es el lugar más feliz del mundo, ¿dónde se encuentra? ¿En el Bután que dice medir el bienestar de su pueblo de acuerdo a la Felicidad Bruta Interna (FBI) pero sigue siendo uno de los países más pobres de Asia? ¿En alguna de las potencias occidentales que se empeñan en definir la felicidad de su gente con datos macroeconómicos, ignorando la desigualdad de sus sociedades? ¿En la calma embriagadora del lago Dal, antes de que la artillería de Cachemira te recuerde que estás en la guerra? Quizá ese lugar no existe como un punto que pueda marcarse en un mapa y las escrituras budistas —y los libros de autoayuda que los plagian con tan buen instinto comercial—, tienen razón al asegurar que está más cerca de lo que creemos, al final de un viaje hacia el interior de uno mismo. Pero partir en su busca no es posible allí donde el individuo es anulado, la libertad de elegir su camino coartada y su dignidad reducida al papel de mero actor sobre un escenario construido para mayor gloria del líder. El lugar más feliz del mundo siempre será, en países como Corea del Norte, un destino inalcanzable.

Kim Jong-il es consciente de que muy pronto dormirá junto a su padre en el palacio de los líderes eternos. Durante mi visita ha aparecido débil y delgado, su salud mermada desde que sufrió una apoplejía dos años antes. Mientras el país celebra su cumpleaños, y miles de bailarines y soldados toman las calles en masivos desfiles públicos, el régimen ultima los detalles del proceso que designará al sucesor de la única dinastía comunista hereditaria del mundo. Se llama Kim Jong-un, es el hijo predilecto del Querido Líder y a pesar de no haber cumplido los 30 ha sido aupado por la propaganda oficial al rango de «Comandante Brillante». Su juventud, y el

hecho de que pasara algún tiempo estudiando en Suiza, llevan a los optimistas a pensar que acelerará una tímida apertura que los reformistas esperan siga los pasos de China. El último bastión libre de consumismo, en cuyas calles no se puede anunciar nada que no sea la infalibilidad de sus líderes, vive algo remotamente cercano a la emergencia del capitalismo. Nuevos comercios han abierto discretamente por toda la ciudad, sin llamativas luces de neón ni ofertas en los escaparates. La capital presenta por primera vez algo parecido a tráfico, a diferencia de las calles completamente desiertas con las que me encontré en mi primer viaje. Los trajes grises y monótonos han dejado paso a prendas más coloridas en los días festivos, aunque el Gobierno sigue prohibiendo los pantalones para las mujeres —salvo en los uniformes— y el pelo largo en los hombres. Las peluquerías exhiben fotografías de los cortes de pelo permitidos.

Pyongyang vive un modesto *boom* de construcción, con cientos de obreros trabajando en una docena de nuevos edificios. El rascacielos del hotel Ryugyong, que con su figura piramidal a medio terminar ha simbolizado la ruina del país, ha sido finalizado dos décadas después de que se iniciara su construcción en 1992. Viandantes que hace unos años se cambiaban de acera o gruñían proclamas marxistas al verte sonrían, tratan de entablar conversación y se dejan fotografiar, en las pocas ocasiones en las que los guías permiten el contacto. Los primeros teléfonos móviles han empezado a ser comercializados, aunque las autoridades siguen impidiendo que sus ciudadanos hagan llamadas al exterior.

Todos los días visito una librería del centro, donde la mayoría de los títulos forman parte de bibliografía del Querido Líder, a quien la propaganda atribuye la autoría de 10.000 obras. Una biografía de 300 páginas narra los tres primeros años de su vida, empezando por su supuesta llegada al mundo en un campamento guerrillero del Monte Paektu, donde su padre estaba luchando contra los japoneses. El nacimiento del líder vino acompañado de la aparición de una nueva estrella y un arcoíris doble en el cielo. Mi librera me habla todos los días de fútbol, un interés que me desconcierta hasta que el último día, en un momento en el que no hay nadie más en la tienda y los guías esperan en la calle, susurra lo más cercano a una crítica al régimen que he escuchado en mis viajes a Corea del Norte.

—Nuestro país... nunca ganará al fútbol —dice la joven.

—Bueno, nunca se sabe —digo, recordando el Mundial del 66 en el que los norcoreanos asombraron al mundo con su victoria sobre Italia—. Lo

mismo el equipo se clasifica para el próximo mundial.

—Es por el Gobierno. No es como el suyo...

Días después, a la salida de un restaurante, varios oficiales comunistas cruzan la calle a toda prisa a bordo de sus limusinas.

—Ahí va la monarquía del dinero —susurra el joven camarero que ha abierto la puerta.

¿He escuchado bien? ¿Han empezado los norcoreanos a perder el miedo? Sus dirigentes han logrado mantenerse en el poder gracias a la transformación del país en una inmensa cárcel, aislando a su población e imponiendo su totalitarismo a través de una red de gulags donde se envía al olvido no solo a los disidentes, sino a sus familias y amigos, de quienes se sospecha que han sido contagiados de sedición. Los muros de esa prisión presentan las primeras grietas. La ruina económica ha obligado a las autoridades a dejar comerciar a su población. Ciudadanos que viven junto a la frontera con China se comunican con el exterior, robando la señal de telefonía móvil del país vecino. Miles de refugiados huidos del hambre y la represión envían de regreso noticias de lugares más prósperos y libres. En mi retorno al país, tras ocho años de ausencia, presiento que cada vez más norcoreanos están descubriendo que no están en manos del comunismo, sino de un fascismo que se ha disfrazado de tal. Que no los dirige un Gobierno, sino una secta. Que no tienen igualdad, sino monarquía hereditaria. Y que no viven en el lugar más feliz del mundo, sino en uno donde todas sus aspiraciones han sido sacrificadas en nombre de un líder que lleva tres lustros muerto y dirige sus destinos desde un féretro de cristal.

## El país de las memorias tristes

Cuando paseo por Rangún ya no veo su encantadora decadencia colonial, sino a los soldados persiguiendo a manifestantes desarmados en la fallida revolución del Azafrán. Si me cruzo con una joven con el rostro embadurnado en tánaka, la pasta blanquecina que protege los rostros de las mujeres birmanas, me vuelve a la memoria aquella adolescente con el pecho reventado por las balas. Los mantras de los templos me devuelven a la escena del monje que, levantándose ensangrentado del suelo, me preguntó si no iba a venir nadie a ayudarles. Y al silencio con el que le respondí en la avenida que lleva a la pagoda Sule, cuando tocaba esquivar las balas.

Inconscientemente, he empezado a evitar Birmania. No me conceden visado, me digo sin tramar los engaños que durante años me han servido para despistar a las autoridades. Tengo que cubrir esto o aquello. Volveré después del verano, tras la época de lluvias, cuando tenga unos días. La miseria moral de los generales durante el desastre del ciclón Nargis, dejando morir a su gente al retrasar la distribución de la ayuda internacional meses después de aplastar las revueltas, ha mermado mi afán de seguir cubriendo sus injusticias. Los disidentes birmanos, en cambio, muestran una total incapacidad para rendirse ante la dictadura. Siguen pagando con la cárcel, las torturas y las desapariciones su oposición al régimen.

Tras la masacre estudiantil del 88, los generales creyeron haber aplastado toda resistencia. ¿Quién podría atreverse a enfrentarse a ellos, tras demostrar de lo que eran capaces para aferrarse al poder? La respuesta iba a ser un buen puñado de opositores testarudos y una mujer menuda, de apenas 160 centímetros de altura y aspecto frágil. Tras la muerte de su padre y héroe de la independencia birmana Aung San, asesinado cuando tenía dos años, Aung San Suu Kyi vivió unos años en la India, donde su madre

trabajó como embajadora. Después fue enviada a los mejores colegios, matriculándose en la Universidad de Oxford para estudiar Políticas. Fue allí donde en 1967 conoció al académico británico Michael Aris. La pareja se casó cuatro años después e inició una vida tranquila: él siguiendo sus estudios sobre los pueblos del Himalaya y ella escribiendo una biografía sobre su padre, ayudando en las investigaciones de su marido y cuidando de sus dos hijos. Todo cambió con una llamada el 31 de marzo de 1988 anunciando la enfermedad de su madre. Suu Kyi volvió a casa para cuidarla, aterrizando en un país convulsionado donde los militares estaban a punto de masacrar a cientos de manifestantes en las calles de Rangún. Unos días después, Aung San Suu Kyi se dirigió al medio millón de personas que había concentrado frente a la pagoda de Shwedagon para escucharla. Y fue en ese momento cuando lanzó la promesa que la convertiría en un icono internacional, destruiría su vida personal y la llevaría a pasar 15 de los siguientes 21 años bajo arresto:

—No puedo, siendo hija de quien soy, permanecer indiferente. Juntos lograremos nuestro objetivo.

Durante los siguientes años, cada vez que Suu Kyi era puesta en libertad, los corresponsales destinados en Asia salíamos disparados a Rangún para intentar entrevistarla. Un taxista ingeniero —o quizá era físico nuclear— me dejó a las puertas de la sede de la Liga Nacional para la Democracia (NLD) en uno de esos breves periodos de libertad, en 2002. Unos minutos después un viejo Toyota se detuvo en la entrada y Aung San Suu Kyi se bajó del vehículo, sonriendo a los espías del Gobierno que la fotografiaban desde el otro lado de la calzada.

—¿No tendría unos minutos...?

Otra sonrisa y desapareció, subiendo las escaleras hasta el despacho que había permanecido vacío durante los últimos años. Escribí una nota a mano en la que le pedía una entrevista y uno de sus ayudantes se la hizo llegar.

—Puede subir —dijo al bajar.

Suu Kyi estaba de pie al final de una mesa de reuniones con la madera carcomida, en una habitación presidida por el retrato de su padre. Llevaba el pelo recogido y tocado por una flor, la imagen que durante años había sido vendida clandestinamente en los mercados de Rangún. Su marido, Michael Aris, había muerto de cáncer sin que hubiera podido estar con él en su lecho de muerte y sus hijos habían crecido lejos de ella. Poco después de la entrevista iba a ser detenida y puesta bajo arresto domiciliario otros siete

años. La pregunta sobre los sacrificios personales que había conllevado su desafío al régimen resultaba obvia y, sin embargo, pareció sorprendida de que se la hiciera:

—La vida es una elección y yo he elegido implicarme en el movimiento por la democracia en Birmania —dijo—. Nadie me ha forzado a hacerlo. Gran parte de nuestro pueblo ha sufrido durante esta lucha y puedo decir sin temor a equivocarme que muchísima gente ha sufrido más que yo, mucho más. No tengo ningún derecho a quejarme.

Suu Kyi tenía razón. Su apellido había permitido a *La Dama* cumplir sus encierros en su vieja mansión del lago Inya, en lugar de las mazmorras donde se pudrían los demás opositores. Junto a sus inseparables asistentes, Khin Khin Win y su hija Win Ma Ma, había pasado los últimos años meditando, leyendo y escuchando los boletines de la BBC por la radio. Otros disidentes llevaban décadas encarcelados en condiciones de aislamiento que les alejaban de cualquier contacto humano, eran torturados con total impunidad o morían en sus celdas. Habría bastado dejar de oponerse al régimen, aunque solo fuera de palabra, para acabar con todo aquel sufrimiento. Nadie, dentro o fuera del país, se lo habría echado en cara. Pero ocurría al contrario: cuanto más duras eran las condiciones que se les imponían, mayor su compromiso de seguir peleando. ¿De dónde salía su fuerza para cargar sobre sus hombros con el último atisbo de dignidad de los suyos? ¿La determinación de pasar el resto de la vida en la cárcel antes que renunciar a sus ideales? ¿La capacidad de sacrificarse para que algún día gente con la que solo compartían la nacionalidad pudiera vivir en libertad?

Los disidentes birmanos habían logrado que siguiera entrando un resquicio de luz en el cuarto oscuro en el que los generales habían convertido el país. Es más: aseguraban sin dudar un instante que estaban ganando. ¿No estaban ellos en la cárcel y los generales en sus mansiones? No fue hasta mucho tiempo después que empecé a pensar que quizá tenían razón. Su victoria consistía en no dejar que la esperanza de libertad de los birmanos muriera del todo. Mientras siguieran demostrando que el Tatmadaw no podría atemorizar a todo el pueblo, que siempre habría quienes tendrían el coraje para enfrentarse a ellos, los militares no podrían sentirse vencedores. Permanecía la posibilidad de que la valentía de unos pocos se contagiara al resto, como había ocurrido con las revueltas del 88 y 97. El régimen podría disfrutar de lo robado, pero jamás lo haría con

tranquilidad. Los opositores sabían, al igual que el rebelde desconocido que se enfrentó al Ejército chino en Tiananmen, que la batalla entre tanques y personas era desigual. Siempre terminan ganando las personas, aunque a veces lleve mucho tiempo darse cuenta.

He vuelto finalmente a Birmania, dejando atrás mis reticencias. El cartero que llegó a rey, Than Shwe, ha dicho que va a democratizar el país. Al principio nadie le cree. Ha renunciado a su uniforme, ha creado un Gobierno civil en el que no tiene ningún cargo y ha liberado a Aung San Suu Kyi, otra vez. Más disidentes salen de la cárcel, se celebran elecciones amañadas que ponen al partido de los militares en el poder, se crean leyes que protegen a los trabajadores y se autorizan las primeras manifestaciones en años. Las pensiones de los más pobres son aumentadas y algo parecido a una Constitución aprobada. ¿Es posible que haya llegado la primavera a Birmania? Los amigos de Rangún son escépticos. Cambios cosméticos para contentar a Occidente, dicen. La dictadura sigue intacta. No te puedes fiar de los generales. Otoño a lo sumo, y con previsión de que cualquier día vuelva el invierno de la represión y la tiranía. Los birmanos, más que nadie, quieren pensar que todo será diferente. Serían capaces de perdonárselo todo a sus opresores a cambio de la oportunidad de vivir en un lugar digno.

Los cambios se aceleran. Nuevos decretos reformistas se anuncian casi a diario. En la calle la gente empieza a creer en la abdicación del último rey de Birmania y se preguntan por qué ahora. ¿Pensaba realmente Than Shwe que tarde o temprano el pueblo volvería a levantarse y quería preservar la riqueza que él y los suyos habían acumulado? ¿Temió que el mal karma le condenará a reencarnarse en un ser miserable? La versión más inverosímil afirma que el general ha vuelto a consultar con su astrólogo, el mismo que supuestamente le recomendó construirse una capital nueva en Naypyidaw, y que le ha alertado de un gran peligro.

—Las estrellas no mienten —habría dicho el adivino—. Habrá una tercera revolución y esta vez triunfará.

Los carteles anunciando qué debe desear el pueblo han sido retirados de las calles. Un joven vende en un semáforo periódicos en los que se entrevista a disidentes recién liberados de las cárceles. Tint Swe, que como jefe del Departamento de Registro y Escrutinio de la Prensa ha pasado las

últimas tres décadas enviando a la cárcel a reporteros rebeldes, asegura que su trabajo ha dejado de tener sentido y que se jubila. Gente que antes vivía en el miedo y jamás habría hablado de política bromea en los cafés sobre la corrupción de los militares y revela abiertamente su intención de votar por Suu Kyi en las elecciones legislativas convocadas por el régimen, las primeras a las que se presenta tras su victoria invalidada de 1990. Hace tan solo unos meses no se la podía nombrar y ahora los birmanos se disponen a votar por ella.

Una muchedumbre se apiña a ambos lados de la carretera entre Rangún y Kawmoo, donde *La Dama* disputará su escaño al Parlamento. El distrito está situado en el delta del río Irrawaddy, símbolo de casi todos los males que han azotado el país. Aldeas construidas con cabañas de paja desaparecen al anochecer ante la falta de electricidad. No hay agua corriente, escuelas ni hospitales. La tierra, fértil, ha sido saqueada por militares que durante las últimas seis décadas han obligado a los locales a entregarles el fruto de su trabajo. Nada de ello importa hoy. Campesinos pobres han caminado durante horas para ver a una mujer a la que en algunas comunidades se atribuyen poderes sobrenaturales. ¿Cómo si no podría haber desafiado durante todo este tiempo al invencible Tatmadaw?

—¡Ya llega! —gritan los niños al avistar la comitiva electoral.

—¡Madre Suu!, ¡madre Suu! —corean ancianas que ondean pequeñas banderas birmanas y alzan fotografías de la líder de la oposición.

Ha pasado casi un cuarto de siglo desde el discurso que dio en la pagoda de Shwedagon —«no puedo, siendo hija de quien soy, permanecer indiferente»— y los birmanos lloran incrédulos al verla pasar frente a ellos. Cuando al día siguiente se confirma su victoria, miles de personas se agolpan frente a la sede de la Liga Nacional para la Democracia (NLD). Se miran incrédulas unas a otras. Te abrazan, olvidando las muchas veces que los extranjeros les fallamos. Mientras me dejo arrastrar por la masa de seguidores que celebran jubilosos el triunfo de Aung San Suu Kyi, recorriendo con ellos las mismas calles donde hace unos años caían abatidos por las balas, también yo me contagio del sueño de una Birmania que busca dejar de ser el país de las memorias tristes.

## La habitación rosa

Uno de los primeros reportajes que escribí al llegar a Asia me llevó hasta Svay Pak, un pueblo prostíbulo de las afueras de Phnom Penh, en Camboya. Cada vivienda había sido transformada en un burdel y al caminar por la avenida principal las puertas corredizas de los garajes se abrían a mi paso, dejando al descubierto niñas enfundadas en llamativos trajes de charol y embadurnadas del carmín con el que habían sido disfrazadas de mujeres. Un cartel en la entrada pedía el uso de preservativos y los establecimientos competían por atraer al mayor número de clientes ofreciendo a las chicas más jóvenes. Uno de los prostíbulos era conocido como *La habitación rosa*, donde los traficantes vendían vírgenes de siete a 12 años a quienes estuvieran dispuestos a pagar entre 500 y 1.000 dólares.

Mei, una adolescente vietnamita desdentada y delgaducha, atendía una media de siete clientes al día. Al terminar su jornada, la encerraban en una habitación situada en la parte trasera del burdel, donde los propietarios guardaban también dos monos atados con cadenas.

—Son mis únicos amigos —me dijo Mei.

Tenía 15 años y la *madame* solo pedía cinco dólares por pasar la noche con ella. El valor de las niñas descendía con cada abuso, hasta que eran desechadas y reemplazadas por otras. Seis meses después de su llegada, Mei estaba demacrada. Muy pronto no valdría nada a los ojos de sus captores, los clientes o una sociedad que estigmatizaba a las niñas prostitutas. Su futuro estaba en las habitaciones de carretera, donde las desahuciadas eran ofrecidas por un dólar la hora hasta que contraían sida y regresaban a sus aldeas para dejarse morir.

En ninguno de mis destinos como corresponsal, ni siquiera bajo la bruma de la guerra, volvería a encontrarme con un lugar que concentrara las desviaciones de la condición humana como Svay Pak. La explotación del

débil, la ausencia absoluta de compasión, la violación de la infancia y la impunidad de hacerlo sin tener que temer las consecuencias —policías y políticos también esperaban su turno en los burdeles— se mezclaban para crear una atmósfera de insoportable decadencia. Cuando creías que el lugar no podía hacerse más irrespirable, los relatos de las niñas lo conseguían.

La mayoría había sido vendida por sus familias.

Ni la pobreza ni las heridas recientes del genocidio camboyano podían justificar la existencia de un lugar como Svay Pak, conocido como K11 por la distancia que lo separaba de Phnom Penh, pero ayudaban a explicarlo. Cuando se habla del Holocausto asiático se cuentan los muertos: 1,7 millones. Se relatan los abusos: miles ejecutados por llevar gafas, hablar un idioma extranjero o ser propietarios de un negocio. Se recuerda la ruina económica: Pol Pot, el Hermano Número 1, abolió el dinero y castigó cualquier iniciativa privada. Pero rara vez se menciona que el más prolongado efecto de aquella limpieza ideológica fue la destrucción de la estructura familiar y el orden moral que permite a una sociedad diferenciar el bien del mal. Si adolescentes habían sido obligados a ejecutar a sus propios padres para mostrar su fidelidad a Pol Pot, si se había torturado por los motivos más nimios, si se habían evacuado las ciudades y condenado a la hambruna a poblaciones enteras, ¿por qué no iba a ser aceptable vender una hija al prostíbulo del barrio o al extranjero dispuesto a pagar 20 dólares por ella?

Han pasado 15 años desde mi primera visita a Svay Pak y la aldea presenta el mismo aspecto descuidado de entonces. La calle principal sigue sin asfaltar, la basura sin recoger y las casas, destartaladas, sin reformar. Pero esta vez las puertas correderas de los garajes no se abren a mi paso y los chulos no se acercan arrastrando su oferta del brazo. Uno de los burdeles es ahora una escuela, otro ha sido transformado en un gimnasio de boxeo y el mayor de todos, donde las menores eran expuestas y desnudadas ante los clientes, ha sido convertido en un taller de ropa. Niñas que eran obligadas a prostituirse zurcen camisetas que son empaquetadas, enviadas a Estados Unidos y vendidas a adolescentes de su misma edad, pero con vidas muy diferentes.

Las denuncias de periodistas y ONG llevaron finalmente al Gobierno camboyano a prestar atención a lo que estaba pasando en Svay Pak. Una de las primeras redadas tuvo lugar en 2003, en un edificio decrepito situado al final de la avenida principal. El burdel tenía un recibidor, dos baños y nueve cubículos sin ventanas, de dos metros de ancho por dos de largo, cada uno con un pequeño camastro de madera sin colchón. Todas las habitaciones eran idénticas salvo la número 9, cuyas paredes habían sido pintadas de rosa. *La habitación rosa*, la de las vírgenes.

Un cartel en la fachada del edificio anuncia que el prostíbulo es hoy la Casa de Rahab, un refugio para menores nombrado en honor de la prostituta que según los textos bíblicos vivió en la Tierra Prometida y ayudó a los israelíes a capturar la ciudad de Jericó. Los muros que separaban las habitaciones han sido demolidos para hacer sitio a una escuela, las paredes pintadas para borrar huellas del pasado y los proxenetas sustituidos por activistas sociales. Solo la habitación número 9 permanece tal como fue encontrada: las paredes rosas, el camastro donde las víctimas esperaban la entrada de su violador y el autorretrato dibujado por una de las niñas durante su encierro, todo conservado en un museo contra el olvido.

Las niñas que solían ser vendidas en *La habitación rosa* son ahora mujeres que en muchos casos han rehecho sus vidas. Mien, explotada durante años, trabaja en uno de los talleres textiles, se ha casado y se dispone a formar una familia. Chang, una joven vendida por su madre en dos ocasiones, se matriculó en un curso de pastelería y tiene entre sus clientes al rey de Camboya. O Nary, una de las últimas en llegar. Tiene ocho años y al ver al pastor presbiteriano Don Brewster se agarra a sus piernas con fuerza, negándose a soltarse.

—Vamos, vamos, ya está bien —dice el religioso apartándola—. ¿No es increíble? Esta chiquilla fue violada y sufrió abusos desde los cuatro años, pero vuelve a confiar en los hombres. Eso es lo que hacemos aquí.

La redada de 2003 fue el comienzo de la ofensiva de un grupo de misioneros estadounidenses por transformar Svay Pak. Se instalaron en el pueblo y ocuparon locales utilizados como burdeles, a menudo pagando alquileres con los que los proxenetas no podían competir. Persiguieron en motocicletas y con cámaras de vídeo a los pederastas que venían buscando relaciones con menores, enviando a algunos a la Jungla Blanca, la prisión donde había entrevistado a varios de ellos.

Al principio, Brewster y su organización, Agape International Missions, chocaron con la realidad del país. Los detenidos lograban eludir condenas sobornando a los jueces, los burdeles manipulaban los certificados de nacimiento de las niñas, haciéndolas pasar por mayores de edad, y las que eran rescatadas volvían a ser reclutadas a los pocos días, porque no tenían un oficio alternativo con el que mantener a sus familias. El tráfico sexual estaba tan enraizado en la comunidad que los niños no crecían queriendo ser futbolistas o abogados. La imagen del éxito eran los proxenetas que cruzaban el pueblo en ruidosas motocicletas, exhibiendo el respeto y el dinero que se habían ganado con el tráfico. Si el salario medio de un camboyano no llegaba a 50 dólares al mes, ellos ganaban 5.000. El misionero neoyorquino, que se había instalado en Svay Pak con su mujer, Bridget, entendió que nunca lograría acabar con los abusos mientras las víctimas fueran estigmatizadas y sus explotadores glorificados. Fue así como surgió la idea de darle a los jóvenes de la aldea una alternativa que pudiera competir en prestigio: convertirlos en boxeadores profesionales.

Una imagen de Jesús haciendo flexiones con la Cruz a la espalda adorna la fachada de lo que también fue un burdel. Es el Gimnasio del Señor y a primera hora de la tarde se ha llenado de jóvenes saltando a la comba, golpeando con sus puños un viejo saco de arena y recibiendo las instrucciones de Bird Somkhan, una de las leyendas del boxeo tailandés en Camboya, donde suma 285 victorias y 15 derrotas. Su objetivo es convertir a los traficantes de Svay Pak en campeones, gota de sudor a gota de sudor.

—Venir a entrenar me aleja de los malos pensamientos —dice Bunyan, un joven de 18 años que dejó la calle hace un mes y prepara su primera pelea—. Si lo hago bien, espero poder ganarme la vida honradamente.

El programa, en su tercer año, ha empezado a dar sus frutos. De la veintena de muchachos que se han unido al gimnasio, siete de ellos están compitiendo en peleas profesionales que se televisan en directo. El resto tienen garantizada una bolsa de 30 dólares por combate, 50 si ganan. Atrás quedan los días en los que recorrían las casas de la aldea ofreciendo dinero a las familias a cambio de que entregaran a sus hijas o esperaban a que salieran del colegio para llevárselas de todas formas. El pastor Brewster no esconde que su idea ha supuesto tener que perdonar y dar una oportunidad a

quienes menos la merecían. Pone el ejemplo de Sokunthy, un pandillero de 19 años que introdujo a decenas de niñas en los burdeles de Svay Pak, incluidas sus dos hermanas. A una de ellas la violó él mismo.

—Le dijimos que odiábamos lo que había hecho pero que Dios le perdonaba —dice el pastor—. Empezó a entrenar en el gimnasio y hoy es un hombre cambiado. Gracias al poder del rezo y el trabajo del Espíritu Santo, no ha vuelto a hacer daño a más niñas.

Svay Pak es un lugar infinitamente mejor que el que conocí en 1999. Que los misioneros hayan encontrado en su fe cristiana las fuerzas para transformarlo es secundario. Pero hay algo familiarmente incómodo en el proselitismo con el que prestan una ayuda que recuerda a los religiosos cristianos y musulmanes que había encontrado en desastres naturales, donde aprovechan el momento de debilidad de los damnificados para convencerles de que tienen un Dios a su medida. El pastor Brewster y sus compañeros de congregación no solo se proponen terminar con el tráfico sexual, sino convertir al cristianismo a la población mayoritariamente budista de Svay Pak. Aceptar a Jesús como salvador es una de las exigencias del programa de rehabilitación. Se instruye a las víctimas en una religión de la que no conocen nada y se espera de ellas que con el tiempo ayuden a difundirla. Aunque uno prefiere la asistencia que se ofrece sin esperar nada a cambio, ni siquiera afinidades religiosas, los habitantes de Svay Pak parecen aceptar un trato que les da la oportunidad de rehacer su comunidad. El tráfico sexual persiste, pero en menor medida. Nuevos burdeles han abierto en las afueras del pueblo, cada poco tiempo desaparece alguna niña y turistas sexuales siguen acercándose hasta aquí preguntando por menores. Los voluntarios de la Casa de Rahab los ahuyentan o les dicen que les enviarán una a la habitación de su hotel, mandando en su lugar a la policía con la esperanza de que no acepten sobornos. Los vecinos de Svay Pak son conscientes de que, sin los misioneros, todo volvería a ser como antes.

Antes de marcharme, he preguntado por las niñas que en mi primer viaje se descubrían en la avenida principal, tratando de atraer a los hombres que visitaban su pueblo prostíbulo. Hoy deben ser mujeres de entre 25 y 35 años. Nadie parece conocer su paradero. Los vecinos dicen que algunas volvieron a Vietnam para tratar de rehacer sus vidas. Otras enfermaron de

sida en una época en la que Camboya no tenía acceso a las medicinas que podían salvarlas. La mayoría fueron revendidas a prostíbulos de Tailandia y China, su valor reducido a un puñado de dólares. El burdel donde conocí a Mei permanece cerrado y vuelve a ser una vivienda particular. Me parece reconocer en la anciana sentada en la entrada a la *madame* que 15 años antes atendía a los clientes, pero no puedo estar seguro. Su rostro se ha acartonado y ha perdido varios dientes. La mujer asiática mantiene un extraño pacto con el diablo que hace que se mantenga joven por más tiempo que la occidental. A cambio, la vejez le llega de golpe. Un día la piel que se ha mantenido tersa se arruga, el cuerpo se encorva y los huesos se debilitan. El pacto se rompe.

Le pregunto si recuerda a la niña prostituta que vivía en la parte trasera de la casa, con dos monos.

—Hace mucho tiempo que se marcharon todas —dice.

Me gustaría pensar que el Dios del pastor Brewster llegó a tiempo de salvarla y que empezó una nueva vida, lejos de aquí.

# Volver

Cuando nos despedimos hace más de una década, a bordo de ese barco que había botado con intención de no zarpar nunca, el doctor Guru me dijo que volveríamos a encontrarnos antes de lo que creía. Y en parte llevaba razón, porque entonces dudé que fuera a volver a Cachemira.

Un cartel de bienvenida en el aeropuerto de Srinagar me recuerda que he regresado al «paraíso en la tierra», a pesar de que camino del hotel me encuentro un atasco de lo más terrenal. Gentes con prisas yendo de un lugar a otro, ruidos que se mezclan en un indistinguible barullo, polución y caos, todo hace que la capital de Jammu y Cachemira se haya transformado en una ciudad asiática más. Nuevos hoteles, restaurantes y cafés de Internet han abierto junto al lago Dal, en cuyo muelle no esperan ya los viejos barqueros a bordo de sus *shikaras* de madera, con las que solían remar silenciosamente por el almarjal. Su lugar ha sido ocupado por cientos de góndolas que se amontonan junto a la orilla con llamativos nombres y toldos que publicitan refrescos, bancos y compañías telefónicas. *Romeo*, la embarcación que me lleva camino del hotel flotante del doctor, tiene la tapicería rosa, cojines con forma de corazones y cortinas de estilo barroco.

—Es una lástima que haya venido solo —dice el barquero—. Mi barca gusta mucho a las parejas de enamorados.

La basura flota sobre aguas que recordaba cristalinas y en mitad del lago fondea un barco que se anuncia como el restaurante de «comida rápida Raja». Varios domingueros practican esquí acuático, arrastrados por lanchas motoras mientras hacen equilibrio sobre rudimentarias tablas de madera. Es posible hacerse una foto vestido con ropas tradicionales cachemires y, por algo más de dinero, entorpecer las vistas del Himalaya a bordo de globos aerostáticos. Empiezo a pensar que no debí volver, pero ya es tarde. No quieres que lo que tienes delante reemplace las memorias de la primera vez,

cuando el lago Dal te pareció el lugar más bello del mundo. Cierras los ojos. Te gustaría que, al abrirlos, todo fuera como antes. Te dejas llevar por la nostalgia, esa pésima compañera de viaje que vuelve a susurrarte al oído:

—¿Te das cuenta? Nada permanece.

El New Gulistan Palace, al menos, sigue en el lugar donde lo dejé. Ramzan Guru, de pie en su diminuto muelle, saluda desde la distancia y alza la voz sin esperar a que toque tierra, regañándome paternalmente:

—Te dije que volverías. ¿Qué te llevó tanto tiempo?

—Querido amigo, solo han pasado 13 años.

—¿Crees acaso que a un viejo como yo le sobra el tiempo? Si Alá te perdona, yo no tendré más remedio que hacerlo. Tu camarote está preparado.

Ambos, el doctor Guru y su barco, han envejecido. Mi anfitrión, cumplidos los 76, luce una barba blanca que aumenta su aspecto distinguido y le hace parecer más sabio, incluso cuando no dice nada. Aunque camina con una leve cojera, y se queja de dolores de espalda, mantiene la vitalidad de siempre y habla sin parar de los planes que tiene preparados para mí. Su mente no ha perdido agilidad: sigue recordando cada detalle de su vida, extrayendo del baúl de los recuerdos eventos que nadie haría un esfuerzo por guardar. Qué día de la semana era cuando se marchó de casa por primera vez, qué tiempo hacía en aquella manifestación del 91, cuánto le costó la última reparación del New Gulistan Palace, céntimos incluidos. Su hotel flotante ha vivido momentos mejores. El suelo cruje incluso cuando se camina con tiento, los baños están oxidados y los muebles parecen sacados de un viejo museo que ya nadie visita. Sobre la mesa del recibidor, ejemplares amarillentos del *National Geographic* recuerdan la época en la que Cachemira era visitada por exploradores y no por parejas en luna de miel. Los turistas europeos y americanos siguen sin venir, pero nadie los echa en falta. Una emergente clase media india ha encontrado en Srinagar su destino vacacional favorito. El negocio no podría ir mejor:

—Llevamos cuatro meses seguidos completos. ¿Recuerdas? Cuando viniste no había nadie más. Tenías el lago para ti solo.

—Entonces era un sitio muy diferente.

—Mira a todos esos turistas —dice el doctor, señalando las góndolas que cubren el lago—. El dinero lo cambia todo. Ahora se trata de ver quién les engaña mejor y les saca más dinero. Hemos vendido nuestra alma, para llevar una vida mejor. Y, ahora que hemos prosperado, miramos atrás y queremos lo que teníamos antes. Pero se ha perdido. La pureza del lago Dal se ha perdido.

—No se puede tener todo.

—No, amigo, no se puede.

Me reencuentro con viejos amigos que me hacen olvidar momentáneamente la decepción de ver tan desmejorado un lugar mágico. El gruñón de Bashir, el encargado del New Gulistan Palace, apenas ha cambiado. Mohamed Ismail, el sonriente vendedor de pashminas, cuenta que sus chales se exportan ahora a países de todo el mundo. Los buenos tiempos han traído de regreso a Kissu, el comerciante de joyas, que vuelve a recorrer los hoteles flotantes con su maletín lleno de zafiros. Solo Nasir, el viejo barquero, protesta por la llegada masiva de visitantes. Sigue siendo el capitán solitario de una *shikara* tradicional, pero tras 50 años en el oficio sus brazos cansados no pueden competir con los jóvenes y sus taxis acuáticos. Quiere jubilarse y volver a la aldea de la que vino cuando aún podía cruzar el lago sin escuchar más que el suave sonido de su remo deslizándose por el agua. A Nasir no se le escapa la contradicción: cuando la guerra enmudece en Cachemira, el ruido se apodera del lago Dal. Bastaría el sonido de una pieza de artillería en la lejanía para que los turistas salieran espantados y regresara la quietud que ya solo añoran los ancianos y los viajeros nostálgicos.

—Pero rezo para que no vuelva la guerra —dice Nasir—. Porque eran tiempos muy difíciles y no había forma de ganarse la vida. Ahora los jóvenes tienen más oportunidades. Eso es bueno.

Los últimos años han sido de relativa calma. Hay atentados ocasionales y manifestaciones esporádicas de la población local contra el control indio de Jammu y Cachemira, que los militares reprimen con la incontinenia de costumbre. Los soldados indios y pakistaníes todavía se desafían a cada lado de la Línea de Control. La frontera, durante décadas invisible, ha pasado a ser también física. El Gobierno de Delhi ha levantado una

alambrada para separarse de forma definitiva de su enemigo, dejando sin sellar solo desiertos y glaciares que nadie podría atravesar con vida. Gigantescos focos de luz iluminan la separación por la noche, dibujando a través del Himalaya una línea anaranjada que puede divisarse desde los aviones que sobrevuelan sus montañas. No importa: el muro del fin del mundo, como otros levantados a lo largo de la historia, desde la Gran Muralla a Berlín, presenta sus grietas. Varios kilómetros de verja sufren desperfectos cada año por las bajas temperaturas, las nevadas y los vientos. Campesinos acostumbrados al clima son contratados para repararla una y otra vez, en mitad de la noche para evitar que sean confundidos con soldados. El peligro de un enfrentamiento abierto no ha desaparecido. Semanas antes de mi regreso, la India y Pakistán han protagonizado su choque más grave desde el alto el fuego alcanzado en 2003. Murieron cuatro soldados pakistaníes y dos indios, uno de los cuales fue devuelto decapitado.

Relativa calma, para un lugar acostumbrado a vivir al borde del precipicio.

El doctor Guru ha preparado un viaje con el que espera demostrarme que Cachemira sigue siendo la antesala del paraíso, el mejor lugar para acostumbrarse a lo que vendrá en la próxima vida. Se pone al volante de un diminuto utilitario, pisa el acelerador y nos alejamos de Srinagar en dirección al bosque Sindh. Pasamos por los arrozales cultivados a pies del Himalaya, ríos plateados que en invierno se pueden atravesar a pie y valles donde pastan las cabras de cuyas barbillas Mohamed Ismail extrae la lana con la que fabrica sus pashminas.

—Capaces de suavizar a las damas más ásperas —promete Mohamed.

Nos detenemos en aldeas sin turistas ni timadores, comemos en casas de viajeros donde nadie tiene prisa y llegamos al lago Manasbal, en cuyos jardines los enamorados se han besado furtivamente desde tiempos del Imperio mogol. Y en cada parada, el doctor me observa de reojo, como queriendo preguntarme:

—¿No es esto el paraíso? ¿Hay acaso otro lugar con montañas más bellas, lagos más claros y valles más verdes? ¿No te dije que si regresabas todo seguiría tal como lo dejaste?

De vuelta a Srinagar nos desviamos por la carretera que lleva hacia el norte del lago Dal, cogemos un camino de arena y terminamos en un claro en mitad de un bosque. Un arco anuncia la entrada a una villa. La casa permanece discretamente oculta tras cuatro Plátanos Orientales, los árboles centenarios del Himalaya que bordean el lago, altos como edificios.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa —dice el doctor—. A partir de ahora te hospedarás con mi familia. Este es mi refugio. Compré esta tierra hace 40 años y he invertido en ella todo el dinero que los turistas iban dejando en el New Gulistan Palace.

—Un edén secreto.

—Solo algunos amigos conocen este lugar. El terreno me costó unos pocos miles de dólares. Eran otros tiempos. Ahora valdría millones. Pero, ¿quién vendería un lugar así?

—Nadie.

—Si sigues por ese camino, al final encontrarás el lago.

Abriéndome paso a través de árboles frutales, cruzando jardines entre cuya maleza se asoman varios faisanes reales, llego hasta la orilla. No hay turistas haciendo esquí acuático ni barqueros regateando el precio de un paseo. A los lejos se escucha el canto del almuédano de una mezquita cercana. Cuando la llamada a la oración cesa, nada. Todo queda en silencio. La quietud del agua hace que parezca posible caminar sobre ella. A lo lejos, un barquero se desplaza acariciando la superficie con su remo. No tiene prisa. ¿Por qué habría de tenerla, si nada puede haber más allá del fin del mundo? Es el lago Dal como lo conocí en mi primer viaje, prueba de que todavía quedan sitios a los que merece la pena regresar.

Más que nunca, tengo la sensación de que el viaje no termina hasta que vuelves. No a los lugares visitados, sino a las gentes que conociste en ellos. A las comunidades arrasadas por los tsunamis del Índico y el Pacífico, para quedarme con la fortaleza de quienes las reconstruían, no con su desolación; a la aldea explotada de Camboya, para escribir de quienes trataban de devolverle la dignidad, no de aquellos que se la habían robado; a países sometidos por la tiranía como Birmania, para celebrar con los manifestantes su primer paso hacia su libertad, sin olvidar nunca a los que dieron la vida por ella; a la Cachemira que desafiaba con su belleza la fealdad de los hombres, para comprobar que sus paisajes podían cambiar, y

Ramzan Guru seguiría siendo el mismo patrón cascarrabias y bohemio de un barco que nunca partía.

El doctor dice que si algún día suelta amarras, el New Gulistan Palace cruzará el lago para pasar aquí sus últimos días, fondeado en la tranquilidad que una vez conoció, en el último rincón virgen del lago Dal. Sería una jubilación merecida, tras décadas permaneciendo a flote en mitad de la guerra, los largos inviernos y las épocas de abandono, cuando no tenía visitantes a los que hospedar. Mi anfitrión asegura que siempre habrá un camarote esperándome, convencido de que volveremos a vernos y de que será antes de lo que imagino.

## El autor

David Jiménez (Barcelona, 1971) ha cubierto como corresponsal de *El Mundo* los grandes acontecimientos de Asia en los últimos quince años. Sus reportajes han sido publicados en *The Guardian*, *Toronto Star* o *Corriere della Sera*, entre otros medios extranjeros. Además, ha colaborado con las cadenas CNN y BBC. Es autor de la novela *El botones de Kabul*, inspirada en su experiencia como corresponsal de guerra en Afganistán. Su estreno literario, *Hijos del monzón* (Kailas, 2007), ganó el Premio Internacional de Literatura de Viajes Camino del Cid 2008.